

# Retazos de intimidad de un psicoanálisis

## I



**Hugo Monteverde**

*"...Y sin embargo no podía retroceder en el camino emprendido, porque nada hay más incitante, que más desencanto produzca y que más logre esclavizar, al mismo tiempo, que la vida del mar."*  
*Joseph Conrad.*

A Mariano Liber, tierno  
impulso en mi discurso.

### **Introducción\***

Provengo de una familia, ni más ni menos común que la inmensa mayoría de los matrimonios que se gestaban por aquellos años, en Buenos Aires, cuando la mítica Europa se hallaba en la posguerra y la Argentina, "baluarte civilizado" del cono sur, se encontraba por delante de la mayor parte de los países del globo. Todo aquello me parecía, sencillamente, el ombligo del mundo en lugar de su culo.

Claro, no era estrictamente un problema personal, casi todos pensaban lo mismo, incluidos por supuesto mis padres.

Bastaba, por un momento, detenerse en el globo terráqueo y ver que lejos estaba aquello de todo lo que era hablado como ideales europeístas; bastaba, pensar que el "peso" siempre tendía a bajar después de que hubiese finalizado la segunda guerra mundial, para haber comprendido rápidamente que allí algo no marchaba bien.

Pero en los tiempos de la infancia, y que en el continente americano toma la dimensión gloriosa de la "patria", era difícil de escapar de aquellas presunciones.

En una palabra, la confusión entre el culo y el ombligo era por aquellos años un fenómeno bastante generalizado en la llamada República Argentina.

Tal confusión, con el paso del tiempo reconvirtió ese baluarte cárnico, lechero y cerealero en la primera potencia mundial de los divanes.

Los divanes no hicieron otra cosa que aumentar aún más la confusión y todo intelectualito de medio pelo ya solo podía ver su ombligo recostado sobre su trasero.

Sólo supuso un cambio de la vertical a la horizontal, con horrores de torturas en "divanes" eléctricos incluidos.

Pero por mucho psicoanálisis, mucha cultura y otras "yerbas" militaristas de peor gusto, la "patria" y sus "próceres" estaban allí impertérritos. Eso sí todavía

peleándose los unos contra los otros después de muertos como si de una "mitologización" griega se tratara.

Pues el concepto de nación, de tener tal o cual estatus social por esos "nuevos mundos" pernoctan en otra dimensión.

El europeo sólo deja de ser fascista cuando no le queda más remedio que retirarse a las salvajes selvas.

Allí, se está en la selva.

Desde la Alaska robada a los rusos a la Patagonia propiedad británica, con más o menos dinero, con inglés o castellano, no hay esa pasión tan arraigada por el padre que uno encuentra al desembarcar en las Europas.

Es verdad, que la América sajona comparte el gusto por la piratería con sus primos ingleses, pero más allá de esas bagatelas, por esos lares no se glorifica tanto la cultura, lo que cuenta de fondo es lo salvaje.

Seguramente, la abundancia natural no deja de tener, en esta característica, su "peso".

Allí, en la América latina o sajona, lo que realmente "pesa" son las mujeres y evidentemente mi familia no iba a ser una excepción.

No pasaron muchos años que me largué de la comfortable casa paterna.

Mientras todos ansiaban ser propietarios de un diván, yo francamente me fui a las calles como vendedor. No tenía edad para esas cosas.

Como no lo pasé nada bien, todavía no tenía derecho al voto y ya me encontraba en un diván confundiendo mi magro culo con el respingado ombligo.

El germen de este libro fue un trabajo que, luego de algunos avatares, terminó denominándose *Del acting out al tiempo del acto*, y que ha servido de argamasa para las dos primeras partes de este libro.

Hace de referencia a lo particular de la historia de mi última demanda de realizar un psicoanálisis, en París; sueño dorado de todo buen sudaca con pretensiones culturales.

Después de diez años de mi último análisis, en la inmigración del ingenio español, la confusión anatómica terminó siendo alta.

Me resultaba evidente que el otro no existía, pero jodía.

Yo no sabía que era lo mejor, sí el ombligo de la fascista Europa o el culo de la salvaje América.

En fin, lo mejor es ser un lobo solitario, un poco romántico y sin pasarse.

Así desde la segregación que la estructura remite al sujeto inmigrante, en los países donde la diferencia no es, para colmo, lo suficientemente amplia como para hacer de reconocimiento, es donde precisamente el ser encuentra lo más salvaje desplegado en la estructura.

En ese canibalismo provinciano el punto de confusión fue máximo, fascismo y salvajismo se articulaban al unísono.

Del *acting out* al *acto* no son más que los tiempos de la entrada en esa demanda y que tuvo todas las características del horror de la verdad, cuando uno empieza a percibir que una cosa es su trasero y otra muy diferente su ombligo.

Así no quedó más remedio que tirarse "un pedo" a la entrada del análisis y hacer un *acto* a la salida.

*Acto*, que tengo que decir estuvo allí toda mi vida.

Presencia misma, en donde este propio texto cobra una dimensión pacificante.

Me resultaba impensable como finalizar un psicoanálisis, sin introducir la dimensión pública de éste mi último y definitivo análisis.

Porque después de todo me resulto sorprendente que un "fascista" y un "salvaje" pudieran mutuamente escucharse.

No soy un hombre muy optimista con el destino del homínido, pero si alguna esperanza queda sólo la puedo encontrar precisamente en ese encuentro analítico, que no tenía -por otra parte- otro destino que el desencuentro.

Cruel encuentro, del que mejor es guardar silencio.

Sesgo particular por donde se me ocurrió desde primera hora la cosa pública del Pase.

Pues es verdad que Jacques Lacan nos lega su técnica, y ésta difícilmente puede ser transmitida por fuera de una experiencia directa.

Entonces por qué no pensar una dimensión pública de un final de análisis en un sentido más general. Sentido que no dejará de arrojarnos a una empresa de lo imposible y de allí que hayamos optado por sólo mostrar fragmentos, retazos, "saldos" del mismo.

Sin embargo, a pesar de lo imposible de la tarea, es hora que los psicoanalistas discriminemos entre nuestro culo y nuestro ombligo.

Carnavales de 1994  
Segur de Calafell

\* El presente texto, introducción de este libro "Retazos de un psicoanálisis", el autor describirá -a partir de ahí- exclusivamente sus ideas sobre la transmisión del psicoanálisis y su quehacer profesional como psicoanalista, obviando el recorrido más personal de su último psicoanálisis realizado en París con Eric Laurent. El motivo de tal elisión, en relación a lo personal, es simplemente motivado por la incapacidad de las diferentes Escuelas psicoanálisis de sostener una transmisión verdadera de la doctrina psicoanalítica.

Salvo el texto de nuestro colega AE, Sra. Camila Vidal, con su exposición de su análisis realizado con Marie-Hélène Brousse, en su libro "Niebla" todo lo demás es un páramo desértico ocupado solamente con las estulticias de los "supuestos grandes maestros".

## Retazos de intimidad de un psicoanálisis II



### Primera Parte\*

#### I

Hay un tiempo en Josef Breuer, es el tiempo de la historia, del relato que pretende la reconstrucción de la fidelidad de los hechos, el tiempo de la metodología de la investigación histórica, el tiempo de la autenticidad.

En este tiempo, de un adelante hacia atrás, de un presente hacia un pasado, paso a paso, en una perfecta cronología pensaba Breuer hacer recorrer a Ana O. su historia inconsciente.

Sin embargo, el tiempo de la realidad, de los auténticos hechos traumáticos que en su recordatorio efectuaban "la limpieza de chimenea" no eran otros que el tiempo de la mentira, el tiempo de la ocultación de este buen padre, "prodigador" de préstamos al hijo freudiano.

El tiempo del historiador siempre es un tiempo mentiroso. La historia se basa en la mentira, trata de ocultar las pasiones que la fundamentan.

El embarazo histérico de Berta Pappenheim, que como transferencia habla del deseo del terapeuta, no hacía punto de vasta. No retroactuaba en la propia historia de este buen padre, que a los tres años pierde a su madre en el parto de su hermano.

Es desde este dato como se comprende no sólo su repudio por la sexualidad, sino, el suicidio de su descendencia recapitulando otra forma de entender la historia.

Detrás de la aparente realidad traumática, su deseo que, como transferencia, no es ajeno a los avatares de su historia, como nos lo advierte Lacan.

El tiempo de Josef Breuer es el tiempo donde la transferencia no sólo es el deseo del analista, sino que éste juega como resistencia al despliegue del inconsciente.

Deseo de encuentro con lo inconsciente para obturar el propio y no sufrir los efectos de la verdad y de la división subjetiva.

Tiempo de obturación inconsciente.

## II

Hay un tiempo en Sigmund Freud, es el tiempo del mito, de la novela familiar, el tiempo de la mentira que revela la verdad. El tiempo de la ficción más conveniente al relato del otro, para facilitar la asociación libre; como en "El hombre de las ratas", que ocupa sin dudarle, el lugar del inquisidor para obtener el relato del tormento del capitán cruel.

El tiempo del semblante adecuado.

En definitiva, el tiempo, donde la transferencia fracasa en su resistencia al inconsciente.

Transferencia de la representación, no de la autenticidad del ser.

No es la autenticidad de la amenaza de castración lo que la hace surtir efecto, sino su condición mentirosa, su representación a nivel del semblante, que revela la verdad del fantasma del otro. Es decir, la verdad de que el otro goza por castración.

El tiempo freudiano es el tiempo que media entre la visión de la castración y la anterioridad del semblante de la amenaza paterna.

El tiempo que hay de un después hacia un antes, desde, lo anterior de la amenaza de castración, a lo posterior de lo ya visto de la castración en la madre.

Esta última que, en términos significantes, retroactúa en lo real del cuerpo materno, es decir, en lo real de la *Bejahung* del significante, o sea, de su falta para instaurar en el sujeto el tiempo de la castración.

¿O qué otra cosa es la castración en la madre, sino lo real del significante?

O lo que es lo mismo, todo significativo tiene su raíz en lo real que es lo que le falta para su completud simbólica. Es decir, lo que determina siempre una cierta forclusión en lo real de lo simbólico.

El tiempo freudiano no es la linealidad de la aparente autenticidad histórica, basada en la mentira de los hechos, sino el tiempo de la retroacción y que se

inscribe en la historia bajo la terminología francesa del *après-coup*, aunque su acepción alemana es *natráglich*, tal como la recreó Freud.

*Après-coup* necesario para dar cuenta de que todo recuerdo es encubridor y que en su mentira se revela la verdad de su retroacción, su verdad, en términos, de realidad psíquica. De lo que se aloja más allá de un sentido, es decir, lo que se incrusta como un saber de goce.

El *après-coup* como categoría temporal, es decir, como articulación que funda un discurso y en especial el discurso psicoanalítico, ha sido poco desmenuzado. Su definición como retroacción significativa, no aclara esencialmente la naturaleza del proceso. Pues es a considerar, que su retroacción no es simplemente de significativa a significante. En esto Freud nos ilumina en su "mitoginia" castratoria y que comentamos hace un momento.

La amenaza paterna solo surte efecto, es decir, se metaforiza cuando lo real de la castración materna se presenta. Verbigracia, el artículo "La cabeza de la Medusa" es muy clarificador al respecto.

¿Pero qué significa que algo de lo real de la falta en el propio cuerpo materno se torna necesario para que la palabra del padre adquiera valor? Como nos lo propone Freud en el texto citado, donde decapitar es equivalente a castrar. Sabemos que es un valor de semblante. Semblante de una falsa amenaza y que inscribe a la figura paterna en la falta a su propia palabra en la historia humana. Al mismo tiempo que esa mentira funda la verdad del goce en la división sexuada de los sujetos.

Pero lo que es más importante, si lo previo, la amenaza de castración, adquiere valor de verdad en la medida que la falta es presente a posteriori en lo real del cuerpo de la madre, esta retroacción no es de significativa a significante. No se aloja exclusivamente en la cadena simbólica, sino que, del registro simbólico en su anudamiento a lo imaginario del semblante paterno, retroactúa sobre el significante, pero al nivel de su anudamiento a lo real. Es decir, a lo que queda en falta y que se designa como la *Bejahung* imposible de negativizar, en la medida que es el resto real del significante; lo que le falta al mitificado *corpus* materno.

*Après-coup*, retroacción, desde el anudamiento entre lo simbólico y lo imaginario al nudo entre lo real y la letra.

Retorno que desde el menos fi (-j) del goce fálico se dirige al plus de goce, anudamiento de lo simbólico en un más allá, fi mayúscula (F).(1)

Dado que el tan cacareado plus de goce no es otra cosa que la raíz misma, por donde pensar el estatuto del falo simbólico en la teoría psicoanalítica.

Es lo que queda señalado en la *Verwerfung* del "Hombre de los Lobos". Resto forcluido de la neurosis infantil y por donde adviene el falo articulando al sujeto como estructura.

Así, del alucinado dedo particionado, el *après-coup* es lo que nos articula el ya visto, del *déjà-vu*. Siempre en el *après-coup* hay algo del *déjà-vu* en la medida que es retroacción sobre lo real del significante.

Cuestión que hemos desmenuzado en una lectura atenta y vigorosa y de la que se dará cuenta en otros capítulos. Interés que se remite al *natráglich* de nuestra propia historia adolescente.

Así hay un tiempo freudiano, tiempo de la ruptura en la explicación de la linealidad histórica, pues siempre habrá precisamente un resto retroactuado y al mismo tiempo imposible de ser negativizado en toda historia. Cuyo estatuto es forcluido en tanto goce.

Plus de goce que escapa como real a todo anudamiento exclusivamente simbólico.  
Mitología pulsional.

Tiempo Freudiano en la articulación de la retroacción significativa desde su anudamiento imaginario a su anudamiento a lo real.

Este es el tiempo que a Sigmund Freud le permitió inventar el psicoanálisis.

### III

Hay otro tiempo en Jacques Lacan. No es el tiempo que permite inventar el psicoanálisis sino el que permite rescatarlo de la obturación del inconsciente. Lo enuncié en el año 1981, bajo los significantes freudiano-lacaniano en Barcelona. Y así, como algunos significantes están condenados a desaparecer pues entran en la cronología de la historia, es decir, de lo mediocre que señalábamos en Josef Breuer, de las secuencias transferenciales para vencer resistencias narcisísticas, otros están condenados a resurgir cuando son producidos por la verdad, lo que de por sí no garantiza su historicidad.

Cruel realidad a soportar en todo final psicoanalítico.

Sin embargo, no por ello, el tiempo de Jacques Lacan dejará de ser una articulación freudo-lacaniana.

Freudiano-lacaniana en tanto es una retroacción que va más allá de un simple retroactuar significativo.

Va más allá de una simple retroacción de la palabra pues es la frase latente, inconsciente, el lugar que la representación ocupa en la cadena discursiva, lo que produce y que cursa efecto aún antes de que el discurso posible se despliegue.

Todo el colectivo marchó en contra; ahí esta la historia que lo corrobora.

Ningún discípulo de Freud supo retomar su enseñanza, toda producción teórica marchó en oposición a su enseñanza.

En contra del concepto de la castración, sus derivaciones, conceptos y enunciados, pero allí quedaron agazapados en el silencio esperando una nueva enunciación.

Y en nuestra pequeña, y sin duda mucho más intrascendente historia barcelonesa, allí dejamos los significantes inéditos freudiano-lacaniano cesados en sus actividades públicamente, en el entonces "Correo del Campo Freudiano en España" para que sirviera en el horizonte de la historia de lo que hoy ejemplificamos, como retroacción discursiva.

Y es que el inconsciente se abre allí por donde pretende obturársele.

Al igual que en las telenovelas, que fijan el interés de la audiencia en el simple hecho retroactivo de mostrar un despliegue de un final conocido y al mismo tiempo oculto.

Después de todo esta es la mecánica del síntoma, donde un discurso aún no desplegado, desconocido para el sujeto, no deja de cursar efecto como verdad en el comportamiento del individuo.

A diferencia del tiempo freudiano, el tiempo que nos dona Jacques Lacan se ubica por fuera de todo anudamiento de lo simbólico entre lo imaginario y lo real.

Implica el tiempo freudiano pero lo retroactúa confrontándolo con la pureza simbólica. Por fuera de la vertiente imaginaria o real.

No es el psicoanalista quien debe habitar esas dimensiones, es el científico, nos recuerda Lacan en su carta a los italianos.

Es un tiempo que tiende a destituir todo otro registro que no sea exclusivamente el simbólico.

En su límite no alcanza la pureza significativa, pero tiende a ella.

Tendencia siempre destinada al fracaso en el muro del plus de goce. Pero insistencia en lograr una retroacción pura significativa. Es el síntoma Lacan. En Freud era el mito, en Lacan es el nudo.

Es retroacción pura de lo simbólico, pero no exactamente de un significante sobre otro para procurarle una nueva significación a esa anterioridad.

El tiempo que nos lega Lacan, es un tiempo que se aloja en la dialéctica de la metáfora paternal. Pero a diferencia de ésta simplifica en lo posible, hasta las últimas consecuencias, todas las articulaciones imaginarias a nivel del semblante como en el ámbito de las irrupciones de lo real.

No es que el discurso lacaniano no se ocupe de tales fenómenos y anudamientos, pero los reduce, los minimaliza al registro de su imposible límite simbólico. De allí lo imposible de nuestro discurso en su reducción final.

De allí, también, la disciplina de no tener ninguna certeza del inconsciente en el ámbito de lo real o lo imaginario del deseo; para preservar esta reducción significativa en la articulación teórica del psicoanálisis.

Es precisamente tal reducción lo que favorece, en el sujeto cierta soltura a nivel del juego de semblantes y de escucha de lo real al final de un análisis.

Pues este tiempo lacaniano en su pureza de simplificación simbólica crea un nuevo real, circunscribe un nuevo deseo cuyo objeto es lo que cercó en la historia de la humanidad el texto freudiano.

Pero el discurso analítico como tal se produce por fuera de los afectos y del universo pulsional, en la frialdad del significante. Al mismo tiempo su devenir produce un real que podemos designar en lo que se sostiene más allá de un sentido.

El tiempo freudo-lacaniano que produce el Dr. Lacan, es un tiempo que se aloja en la dialéctica producida en la retroacción de los discursos, no de simples palabras.

El sujeto de la enunciación, el cristiano Jacques Lacan, retroactuando sobre el sujeto *askenazy* Sigmund Freud.

Es decir, el discurso freudiano -que hay que decirlo, la Asociación Psicoanalítica Internacional lo transformó en ni siquiera una cuestión judía- recibiendo la retroacción del discurso de Jacques Lacan. Estableciéndose así más que un retorno a Freud una retroacción sobre la globalidad de sus palabras, es decir, sobre su discurso.

Un horizonte, un destino, una obra condenada a su desaparición en las versiones infantilizadas de sus seguidores, vira en otra direccionalidad histórica por obra de la retroacción discursiva elaborada por Lacan, para obtener la dignidad de La Cosa. De la "cagada de mosca" en que se había convertido el discurso freudiano a la dignidad de la nobleza.

¿O es que algo de esto no está en juego en el final de un análisis?

¿El paralelismo de los procesos no es acaso sorprendente?

En la reunión parisina del "Sí... y del entonces...", Jacques-Alain Miller, año 1992, nos hacía referencia a la pérdida de estatuto del sujeto de la enunciación, al detrimento de tal categoría al final de la obra de Lacan, para acentuar la importancia de la "frase bruta".

Pero tal cuestión es posible, sí y solo sí, tal proceso de retroacción se ha consumado.

Si el lugar por donde un discurso se enuncia es relativizado en los años finales de la enseñanza de Jacques Lacan -cuestión que yo desconocía- en el alcance de la "frase bruta" misma, es porque ésta ha alcanzado cierta entidad.

Un horizonte, el freudiano, cambia de destino en la retroacción que el sujeto Lacan produce y tanto el uno como el otro, el sujeto de la enunciación freudiana, como el sujeto de la enunciación lacaniana, se diluyen en lo bruto de la dignidad de la frase. En la dignidad que adquiere el discurso psicoanalítico.

El sujeto de la enunciación es relativizable, efectivamente como nos lo comentaba Miller en aquel coloquio, siempre que se haya producido el proceso retroactivo en el ámbito discursivo, siempre que haya aparecido esta dimensión del tiempo.

Lo que ya no está tan claro es la lógica del proceso.

La entidad de esta retroacción, que hemos designado de discursos y no de aislados significantes, no es tan evidente.

Pues este verdadero proceso de retroacción tiene estatuto inconsciente. Es decir, el texto de retroacción no tiene que ver con el sentido, o con la lectura y menos aún con la globalidad de lo producido.

Retroacción de un texto para no ser leído.

¿Pero como ejemplarizamos esta oscuridad?

¿Acaso esta retroacción misma, encontrada en la historia del movimiento analítico, esta dimensión del tiempo, no tiene algo de la clínica analítica?

¿No son acaso necesarios dos sujetos con lugares de enunciaciones precisas y diferenciadas para producir esta clínica?

Pero aún hay más. ¿No está en juego una retroacción de discursos en el final del análisis?

El sujeto de la enunciación de la asociación libre retroactuando sobre la enunciación del objeto "a", es decir, el analista, para arribar en su final a la "frase bruta" que da cuenta de la lógica del fantasma más allá de todo sujeto de enunciación.

Retroacción posible pues el objeto "a" se destituye y el lugar del analista adviene como sujeto. Hay una pureza significante al final del proceso analítico.

O lo que es lo mismo:

En la retroacción del discurso lo bruto del fantasma alcanzando la dignidad de "La Cosa" en lo denegativo de su lógica.

Es esto lo que está en juego en todo análisis. Del lugar de resto del sujeto frente a la lógica de su fantasma, a la nobleza del saber de su uso.

Pero aún hay más pues la puerta de salida de un análisis, las condiciones del llamado atravesamiento del fantasma, no es más que un proceso retroactivo de un discurso que en su inicio no está desplegado.

Si la puerta de salida del análisis no es más que el lugar de la entrada es porque el discurso ha retroactuado aún antes de su despliegue que se produce en el decurso de un análisis.

¿Pero como ejemplificar aún más esta retroacción?

Hubo un enseñante de psicoanálisis que tenía la virtud de producir una muy buena introducción al discurso analítico, desde un punto estrictamente universitario.

Producía esto con un programa que no sólo cayó en el más completo de los olvidos, sino que, además, ninguno de sus alumnos ha tratado o ha podido reproducir hasta el momento(2).

Este programa, por ejemplo, en su segunda articulación lógica, se remitía a la lectura del artículo freudiano "La organización genital infantil". Allí lo masculino-castrado, presentado por Freud en la lógica del pensamiento infantil, sólo era reinscribible en sus esquemáticos comentarios como lo real de la femineidad, es decir, como la no-inscripción de lo femenino en el inconsciente.



Lo que le hacía plantearse lo misterioso de la cuestión; "...tan misterioso como el camino que en la pecera traza el pez."

Si ésta, como otras tantas articulaciones eran posibles de comentar en un programa de Freud finalizando los años 60, creo que es un hecho que merece una explicación más allá de las personas.

Es decir, que si un enseñante, con apenas escasos conocimientos de clínica analítica y una deficiente lectura de la obra de Jacques Lacan, podía producir semejantes articulaciones, no nos engañemos, se debía al portentoso ingenio personal de Oscar Masotta; pero, éste sólo podía desplegarse en la medida que había podido escucharse que el horizonte freudiano había obtenido la dignidad de "La Cosa" más allá de un sentido. Pues la retroacción que implica un tiempo freudo-lacanian, no es cuestión de la globalidad del discurso en el ámbito de su sentido. Es simplemente la parte, que en su lógica, nos remite a la globalidad del texto aún antes de ser producido en su totalidad, precisamente por implicar lo bruto de la frase una vez diluido los sujetos de enunciación.

Es el texto para no ser leído, el texto que en sí mismo retroactúa produciendo un real digno, no necesariamente analítico en todos los casos, pero digno.

El tiempo de Jacques Lacan es entonces el tiempo de la retroacción de los discursos, más allá del sentido, en la pureza significante y cercado el real de un nuevo deseo propuesto por Freud.

#### IV

Hay otro tiempo a producir. A producirlo hoy que tenemos el entramado de trabajo de una Asociación Mundial de Psicoanálisis. El tiempo freudo-lacanian es como se habrá observado en mi exposición una dimensión que se disuelve por sí misma.

Esta disolución es lo que entraña su propia enunciación, en tanto implica, la retroacción de un discurso, el lacanian, sobre otro, el freudiano, que disuelven el sujeto de sus respectivas enunciaciones.

Claro que lo que es válido para mí, sujeto disuelto de mi propia enunciación, puede con toda seguridad no serlo para otros. Más aún, debería no serlo para muchos de los canallas con los que tengo que cohabitar en el psicoanálisis.

Sin embargo, hay algo mucho más urgente para el conjunto de las diferentes Escuelas de la Asociación Mundial de Psicoanálisis pues es el tiempo de poner en acto un cuarto tiempo.

Poner en acto el deseo creado por Freud y cercado por Lacan a la dignidad de "La Cosa".

El deseo de analista como producto de la nobleza humana.

Es un trabajo a realizar, es un trabajo de Pase, de Pase del psicoanálisis al discurso científico, en el Pase de los analizantes.

Hasta ahora se ha pensado el Pase como una cuestión del sujeto. Como forma de una garantía clínica para los pacientes, como nos lo recordara Colette Soler en más de una ocasión. Cuestión no poco importante, por cierto, pero que podemos radicalizarla aún más si cabe, articulándola al propio progreso del discurso analítico de manera directa. En las propias razones que creo le llevaron al Dr. Lacan proponerlo.

Discurso, éste que expongo, que pretende dar una vuelta de tuerca a un dispositivo, el "Cartel del Pase" que ha perdido en su mismo inicio el filo cortante de la verdad que pretendía Jacques Lacan encontrar en él.

Cuestión que no merece más justificación que la propia contundencia de los hechos.

Comentario, entonces, el de este texto de un nuevo estilo discursivo, que no es ni simple, ni breve.

No sólo no es breve, sino que es espinoso, sobre todo para una comunidad que en líneas generales a través de su historia nos hemos caracterizado por ser mojigatos, sordos e incultos a nivel del ser.

Es un discurso que pretende dar cuenta de las razones que lleven a instaurar una dimensión pública del Pase por fuera de toda obscenidad.

Instaurar un cuarto tiempo de retroacción donde el dar cuenta de los análisis, no sólo esté al servicio de la autorización del sujeto de la enunciación, sino al servicio de la "frase bruta" misma. Es decir, al servicio del propio progreso del discurso analítico.

Al progreso del discurso psicoanalítico, para que éste ingrese al poder dar cuenta de manera rigurosa a los efectos del discurso de la ciencia.

Para que la dimensión pública del Pase no disocie la cura, de una política psicoanalítica y del propio progreso del discurso psicoanalítico.

Es como se verá, un cierto reverso de lo que mi analista Eric Laurent planteaba, también en unas Jornadas Nacionales españolas, sobre los límites entre la cura y la política en psicoanálisis.

Que como se ha dicho en un libro escrito y publicado en el verano de 1993 en Francia, "Diario apócrifo de un presidente", se pueda articular a la cura la propia política del psicoanálisis:

"No se comprende nada de la enfermedad si no se descubre su parecido con la política. Hay que saber llegar a compromisos, fintearla, engañarla, ceder y someterse a sus exigencias".

En definitiva, proponemos una dimensión pública del Pase como condición necesaria aunque no suficiente para el ejercicio de una profesión denominada la de Psicoanalista.

## Reverso

Bellas palabras, y no menos hermosas intenciones la de este ya no tan novel psicoanalista.

Pero cuanto te costaba detenerse, como analizante, en que la belleza esta simplemente en este mundo para ser vejada.

(1)Fi: Vigésima primera letra del alfabeto griego. No tenía sonido de nuestra F española o de la F latina, sino el de una P aspirada. Por eso los romanos cuando querían imitar su sonido la reproducían por medio del signo Phi.

*Phalus*, igual a *Fallós* en griego.

(2)Nosotros desarrollamos años más tarde de este trabajo un Seminario de lectura freudiana donde se recoge de manera crítica algunas articulaciones de la enseñanza transmitida por Oscar Masotta. Publicado por el Ayuntamiento de Málaga y el Grupo de Estudios Andaluz de la Escuela Europea de Psicoanálisis, bajo el título "Bases Freudianas". (Nota adicionada en 1998, para la presente edición.)

\*Trabajo expuesto en las jornadas parisinas de "*Le temps fait symptôme*", organizadas por la Escuela Europea de Psicoanálisis y la *École de la Cause Freudienne*, el 25 y 26 de septiembre de 1993, bajo el título "*De l'acting out au temps de l'acte*".

## Segunda Parte\*

### I

Este trabajo presentaba otro título:

"La posición del analista". "La tibia connivencia entre lo bello y lo monstruoso."

Esa era su denominación primigenia. Pues si, como analizante, me costaba detenerme a pensar el psicoanálisis como una Causa no-idealizada, por fuera de toda belleza espiritual, no era menos cierto que en el fondo del alma no se estuviera advertido.

"El analista tiene horror a su acto", acto que apunta a la belleza del semblante y al horror que su efecto produce en el sujeto.

Horror de la *Spaltung* en el sujeto dividido.

Tal título suponía, entonces, una esquizia, una escisión, una *Spaltung* entre dos vertientes de una estética y porque no de una ética.

Una hiancia entre el bello juego de las representaciones en la escena analítica frente al buen dicho en lo real de la falta.

Juego de los semblantes, lo imaginario, versus, lo dicho bien en lo simbólico.

Es decir, que el enunciado mismo, sugiere, como un analista tendrá que arreglárselas, en el territorio de las apariencias que la transferencia le ordena representar. Lado imaginario, metonímia de semblantes con relación a una táctica. Borde del saber hacer con la transferencia en la clínica analítica. Frente a lo real mismo de la ética psicoanalítica, costado de lo simbólico, la estrategia y el buen decir. Lado de la articulación de la teoría analítica.

Anudamiento, por tanto, de una táctica de los semblantes -cara estética- frente al puntuar lo bien dicho -cara ética.

Hay otra cuestión en esa primera forma de titular éste trabajo, la palabra connivencia.

"Connivencia: ...Toda inteligencia clandestinamente habida entre dos o más, con perjuicio de tercero."

Ultima definición que de tal término nos entrega la Espasa-Calpe las cuatro existentes.

Connivencia, cuestión ha evitar en una práctica donde la ficción tiene un lugar prominente.

Visto así, el analista en la necesaria acomodación al engaño que la transferencia del analizante le propone, obligado a ocupar al servicio de la cura tal lugar, deberá anteponer una ética de no-connivencia, es decir, a no posicionarse contra ninguna terceridad.

Dicho aún más claramente, el analista está obligado por su práctica -despojado de sus tiernos ideales- a habitar el semblante tácticamente más adecuado al momento transferencial, pero en el marco de una estrategia de no-tomar partido contra nadie; su único partido es La Causa Analítica.

La connivencia es por donde la víctima de los conniventes recibe el testimonio de la división subjetiva. Los canallas, por el contrario, aquellos que pretenden burlarse de los efectos de tal esquizia en su constitución como sujetos.

Visto así, en los años que llevo practicando el psicoanálisis por fuera de cualquier opción personal, he visto que La Causa Analítica no es diferente a otras; es un semillero de conniventes. Realmente, la canalla rodea al discurso analítico como a cualquier otra actividad del ser.

Pero no hay que llevarse las manos a la cabeza, es un síntoma estructural que permanentemente se reclama el cierre del inconsciente, con más éxito que fracaso. La articulación de una estética de la representación de los semblantes con relación a una ética analítica no es un hecho frecuente en nuestro quehacer. Parece no ser materia de una gran reflexión y en general su falta es reemplazada por las prácticas más miserables y repugnantes por la gran mayoría de nuestro colectivo psicoanalítico.

Abuso del uso del material trasferencial, en la relación entre analistas, ante la impotencia por no producir un verdadero saber.

Creo que contra esto deberíamos dirigir todos nuestros esfuerzos. Esfuerzos que seguramente irán contra muchos de nosotros. Pero vale la pena pues son contadas las ocasiones donde la estructura estalla por su propio peso canallesco, abriéndose allí por donde se la ha obturado.

## II

La división subjetiva en acto no es una experiencia agradable cuando se la padece. Se habla poco de ella –tanto, en la clínica de los casos como en los relatos de la propia experiencia analítica y sólo tenemos en líneas generales vagas referencia de ésta en la irrupción del pudor de nuestros colectivos psicoanalíticos.

La ingesta alucinógena, de los años mozos de algunos, tampoco merece la menor atención para el colectivo.

Por tanto, tal síntoma disociativo es difícil que sea comentado desde una experiencia vital directa.

Sin embargo, todo el mundo en nuestro medio analítico pareciera defenderse de algo que ni siquiera dice conocer.

El conjunto de analistas hace silencio de su propia división.

Más aún, si algo se habla, será en lo ajeno de la locura mental o del goce de las santas.

En definitiva, en las formas de la debilidad del yo o en la presunción intelectual, francamente ridícula en los términos que generalmente se la expone, del estudio de los místicos.

Pero la división del sujeto está allí, más allá de la pobreza de los comentarios de nuestro triste mundillo analítico.

Sujeto burlado en las fintas de la vida, apareciendo apartado del placer, la felicidad y el triunfo.

Si la connivencia es el testimonio de la división subjetiva en la víctima, es precisamente el horror que tal efecto produce la causa por la que la canalla causa el perjuicio, para evitar en ellos mismos el efecto que producen.

El deseo apuntando al perjuicio del tercero es la dirección fundamental en el intento de soldar la propia división subjetiva.

Si el quehacer analítico -en el reverso de la común direccionalidad deseante, es decir, como un nuevo deseo en la historia humana- apunta a poner en acto tal

división, es lógico que la canalla psicoanalítica tenga horror al propio acto que produce.

No hay que llevarse las manos a la cabeza, es como se ve un efecto muy simple del funcionamiento de la estructura.

Luchar, para que esta división subjetiva prevalezca en la experiencia analítica, es un deber de primer orden en la estrategia de una política en psicoanálisis.

Sin llevarnos las manos a la cabeza, sólo nos queda afirmar, que frente a la connivencia de obturar la división subjetiva a través de la segregación del tercero, resta anteponer una ética analítica, una ética de la no-segregación.

Una ética de la agregación como la que pudo producir la construcción de la Asociación Mundial de Psicoanálisis hasta la fecha.

No es simplemente un elogio, es un hecho que se constata, pero que nada garantiza su continuidad en la dirección correcta. Es decir, en el sentido de preservar este nuevo deseo producido por el discurso analítico y que se halla en el anverso de cualquier intento de obturar la división subjetiva.

En este punto, como ven, no soy muy lacaniano.

Al dicho de Lacan:

"...creo más en el funcionamiento que en las personas."

Antepongo, un creo más en algunos en cierto funcionamiento.

La oscuridad de mis últimas palabras se enmarca en el simple hecho, de unos discípulos de Jacques Lacan, que han podido producir una política de la agregación translingüística y que todos conocemos con nombres y apellidos en la expansión del *Champ Freudien*.

Política que no garantiza la misma intencionalidad de dirección en los otros del enjambre.

Hoy ya pueden observarse los primeros reclamos serios a lo peor del padre, en muchos puntos de nuestra abigarrada comunidad.

### III

Volvamos a nuestro título. La connivencia como efecto mismo de estructura en la segregación del goce del otro y que nos preserva de nuestra propia división subjetiva, es la forma obsesional del síntoma de la subjetividad.

Mito "eneano" del sostenimiento paterno y donde el propio sujeto de la histeria aparece segregado por la adjetivación que implica la estructura obsesional.

Es decir, la neurosis obsesiva es siempre un adjetivo que calificará de una manera bastante radical la estructura histórico-paranoide fundamental de todo sujeto.

La histeria que como estructura revela la verdad de la división del sujeto es materialmente mandada hacia abajo, en una radical *Unterdrückung*, por la estructura obsesiva que se le adosa.

Lo obsesional, desalojando, tapando, segregando, la histeria en su goce y saber.

Connivencia, entonces, que enmascara de forma obsesiva la división del sujeto.

La estructura obsesional, que tapa fortificando al yo del sujeto de su estatuto histórico, fragmentario y dividido, es puesto al servicio de la canalla. Es la forma más general en que se expresa la connivencia, a la que tan acostumbrados estamos en la relación con nuestros colegas psicoanalistas.

Pero existe otra connivencia, más analítica si se quiere, relacionada con la histerificación y que, en lugar de apuntar al padre, al significante, se lanza a la diana del vacío, a lo real mismo del goce, a la interrogación sobre el deseo.

W. Ronald D. Fairbairn, nos comenta en su texto "Factores esquizoides en la personalidad" (1940):

"...En mi opinión, de cualquier modo, cierto grado de disociación del yo está invariablemente presente en el nivel mental más profundo o (para expresar lo mismo en términos tomados de Melanie Klein) la posición básica de la psique es invariablemente una posición esquizoide."

Léase sujeto barrado, estructura histérica y donde lo obsesional vendrá como una adjetivación segregacionante de la verdad del sujeto.

Jacques Lacan escribe en un comentario no muy afortunado:

"Este individuo, Fairbairn, vive en un mundo perfectamente definido y estable con los objetos que le estaban destinados..." "no nos introduce de ninguna manera a una división subjetiva que haya que referir a significaciones reprimidas." "Se trata de un *Ego* organizado, el *Ego* libidinal orientado hacia sus objetos."

Sin embargo, a pesar de este señalamiento viendo el panorama cacofónico actual, que Lacan no imaginaba ni remotamente en 1955, en la transmisión de su discurso, Fairbairn, en este punto, es más lacaniano que muchos de nosotros. No sólo nos comenta de manera nítida la *Spaltung* del sujeto, sino que la articula de manera inapelable a la producción del saber.

En ese mismo texto Fairbairn, señala:

"...las condiciones esquizoides constituyen las más profundamente enraizadas entre todos los estados psicopatológicos, proveen de una oportunidad sin igual para estudiar no sólo los cimientos de la personalidad, sino también de los procesos mentales más básicos."

Agregándonos muy sabiamente, en lo que seguramente da cuenta del punto de salida de su análisis que:

"...los individuos esquizoides que no han hecho una gran regresión son capaces de mayor *insight* psicológico que cualquier otro tipo de persona normal o anormal."

Lo cual es rigurosamente cierto en la experiencia clínica.

La llamada histerificación transferencial, la supresión de la cobertura obsesional en la relación analítica, como condición sine qua non para iniciar un análisis, no habla más de lo que el texto fairberiano nos comenta.

La producción de saber en un psicoanálisis va ligada a la posibilidad del analizante de poner en acto su división subjetiva, en lo constitucional de su estructura histérica-paranoica.

Y si esta histerificación es lo que está en juego a la entrada de un análisis, será precisamente lo que marque su salida al final.

Es decir, que el Pase deberá poner en juego algo de esto, en términos, del saber.

El Pase, más allá del uno por uno de lo particular de cada análisis, siempre debe dar cuenta del monto de histerificación producida por un analista a la entrada de un análisis.

Dar cuenta de la puesta en juego de lo esquizo del sujeto en su psicoanálisis.

Pero hablar de lo constitucional de una esquizia -que erróneamente Fairbairn pretende deslindar de la histeria- no es hablar de discurso analítico, ni mucho menos. También hay, como comentábamos un poco antes, una connivencia tal vez no tan canalla, más del orden del vaciamiento contra el tercero de la obsesionalidad, la disciplina y el trabajo.

Crear en las personas en un cierto funcionamiento no significa crear en determinadas estructuras clínicas en detrimento de otras. Pues es en el plano de la estrategia de un movimiento donde ambas tendencias terminan siendo

catastróficas para el psicoanálisis. Una, esquematizando el decir, ejemplificado en la mayoría de los discursos lacanianos actuales. Otra, diversificándolo en una mística de la inconsistencia, verbigracia de los llamados post-freudianos. La Causa Analítica necesita de ambas polaridades y de otras gamas de frecuencia más inaudibles en su táctica, pero en el horizonte estratégico del discurso analítico. Es decir, en el plano de una agregación frente a los efectos permanentes de la segregación estructural del sujeto. Agregación convergente de los saberes recogidos por las diferentes estructuras clínicas en el anudamiento producido en una pública dimensión del Pase. Sin en cielo abierto de la estructura este anudamiento se torna imposible. Hay que retomar el espíritu de las sesiones clínicas que Jacques Lacan hacía con sus enfermos en la luz pública. Es la hora que los analistas dejen el cómodo *voyeurisme* y traspasen el demonio del pudor con el *exibicionisme*. Solo así podrían articularse los diferentes saberes en las diferentes estructuras clínicas.

#### IV

Dice Jacques Lacan en su texto "El psicoanálisis y su enseñanza":  
"...Los institutos no son la institución y de ésta habría que hacer la historia para captar en ella las implicaciones autoritarias por las que se mantiene la extraordinaria sujeción a la que Freud destinó a su posteridad, a la que apenas nos atrevemos en este caso a calificar de espiritual."  
"He invocado en otro lugar los documentos biográficos que nos permiten concluir que esto Freud lo quiso deliberadamente; hasta el punto de aprobar por escrito que fuesen censurados por un colegio *secreto* aquellos a los que encargaba de las más altas responsabilidades por el solo hecho de legarles su técnica."  
"No es difícil mostrar que desprecio de los hombres sentía Freud cada vez que su espíritu llegaba a confrontarlos con ese encargo considerado por él por encima de sus posibilidades."  
"Pero ese desprecio quedaba en aquel momento consolidado por los abandonos repetidos en los que había medido la inadecuación mental y moral de sus propios adeptos."  
"...Creo pues que aquí Freud obtuvo lo que quiso: una conservación puramente formal de su mensaje."  
Por tanto, con canallas y sin ellos no hay que llevarse las manos a la cabeza, extensión psicoanalítica, transmisión formal de su discurso, reproducción universitaria del mismo, son logros nada desdeñables. No hay que retroceder frente al deseo freudiano de una conservación formal del discurso analítico. Y no sólo no hay que retroceder, sino profundizar su vía, verbigracia en la dinámica que nos muestra el departamento de psicoanálisis de París VIII y de sus desarrollos alcanzados fuera de sus fronteras; con las secciones clínicas y seminarios instaurados en las diferentes ciudades de España y otras de Europa. Modalidad extensible a la propia comunidad hispano-americana. Reproducción universitaria del discurso psicoanalítico que permita, si cabe, una transmisión más sólida de sus aspiraciones formales.

## V

Es en este contexto, de aspiración formal de transmisión de los textos freudianos y lacanianos, en la cacofonía tan típica en la transmisión psicoanalítica, que se torna necesario desbrozar el efecto que tal transmisión entraña.

Pues frente a las repeticiones de las inadecuaciones mentales y morales de ayer y de hoy, el Pase debería ser pensado como un paso más en la vía de una transmisión que recorte el territorio de una intención más precisa y por fuera de una repetición formal.

Es decir, una política del Pase en el territorio de una transmisión creativa de conjunto de la comunidad analítica, en nuestra articulación al lazo social.

Pues, si ya es un gran progreso lograr una transmisión formal más allá de la letra impresa de los textos. Como se viene realizando en el marco de las actividades desplegadas en seminarios y secciones -una transmisión que supera a como pudo Freud hacer perdurar su discurso en la historia- no es éste el filo de la verdad que el psicoanálisis debe introducir en el acontecer de los hombres.

Es verdad, que la letra impresa freudiana preservó formalmente un discurso a la espera de un casual lector, como efectivamente sucedió. Pero hoy, otro es el reto frente a la letra impresa del Dr. Lacan, desafío que no se salda reproduciendo oralmente su discurso en explicaciones repetitivas de sus propios comentarios.

Hoy, el reto, es de una política de Pase.

Nos encontramos en la historia del psicoanálisis con una verdadera retroacción a nivel discursivo. Lo que nos permite hablar, no de un retorno a Freud, sino más bien de un verdadero *après-coup* de la obra lacaniana sobre la freudiana.

Retroacción que disuelve a ambos sujetos, Freud y Lacan, para arribar a lo bruto de la frase.

A la dignidad del discurso analítico, a la nobleza freudo-lacanianana que recapitulábamos en las "Jornadas del tiempo".

Es en relación entonces a esta articulación, que podemos resituar al sujeto de la enunciación acentuando su aspecto esquizoide.

El sujeto de la enunciación es un sujeto barrado, es decir, afecto de la *Spaltung* que lo constituye y es precisamente escindido entre lo que enuncia y lo enunciado con la diferencia de que lo que dice siempre es consecuencia de lo dicho de su constitución como sujeto parlante.

Por lo tanto, lo que enuncia siempre es resultado retroactivo sobre lo enunciado, en la paradoja del reverso de una doble y opuesta dirección sólo concebible en una teorización topológica del discurso.

En otras palabras, el sujeto de la enunciación siempre retroactúa sobre el sujeto del enunciado y al mismo tiempo éste -el sujeto del enunciado- actúa en la dirección inversa, sobre la enunciación, para disolver al sujeto mismo; dando lugar a la frase bruta.

Es por ello que el Pase debe dar cuenta de un saber de este orden.

Saber que hemos ubicado en la propia historia de la producción psicoanalítica, entre el enunciado de Freud y la enunciación de Lacan cuando se producía en su momento histórico.

Saber sobre lo que causa horror del acto analítico, ha saber de la *Spaltung* que siempre se suscita a ser reactualizada en toda producción de discurso.

*Spaltung* que da cuenta precisamente de esta retroacción topológica que imaginariamente se nos presenta como de una doble vertiente, de la enunciación sobre lo enunciado, en la medida que lo enunciado ha antecedido a la enunciación



en la constitución del sujeto; en definitiva, en la constitución de lo particular del discurso de cualquier sujeto.

Es por esta razón que el inconsciente es ateizante, no se cristaliza en el sentido. Ateizante en tanto que el sentido no es más que efecto de su funcionamiento pero no de su constitución, ya que en la misma, es decir, lo que constituye la estructura inconsciente no se basa más que en el golpe de esta retroacción topológica de la *Spaltung* sobre el sujeto; que al igual que el rasgo unario -pues es lo similar- marcará para siempre la imposibilidad de encuentro entre la enunciación y lo enunciado.

Es decir, entre ambos sujetos -sujetos de la enunciación y del enunciado- y en donde el deseo no será más que el propio automatón repeticional de la estructura tratando de soldar la hiancia en la constante retroacción de la enunciación sobre el enunciado.

Retroacción, entonces discursiva en el ámbito significante, pero no a nivel de la significancia. En el registro de la significación no hay encuentro entre el enunciado y la enunciación.

Por ello un discurso, es simplemente la parte que, en su lógica, nos remite a la globalidad del texto aún antes de ser desplegado.

Lógica retroactiva significante que como parte afecta al todo.

Así, la entrada en análisis marca el lugar de su salida antes de que se despliegue la cadena discursiva en el mismo curso de la cura.

“Sobredeterminación”, en fin, que marca el texto para no ser leído como nos comenta Jacques Lacan, pues la parte en tanto retroactiva ordena al resto del desarrollo.

Obscura cuestión, ya presentada en el anterior capítulo y que desarrollaremos a través de un nuevo ejemplo, aquel que inaugura nuestra era, la cristiana, en la cuarta parte de nuestro trabajo.

Es un inconsciente que no cesa de complejizarse, de progresar en su complicación. Enriquecimiento permanente producido en la retroacción creacional del sujeto de la enunciación sobre el sujeto del enunciado.

Así la transmisión en psicoanálisis, debe finalmente rupturar su orden formal, su seriación lineal, su repetición cacofónica, para alojarse en lo que le es propio:

*Su retroacción discursiva creacional.*

Así la retroacción del discurso es lo que permite la invención.

Retroacción discursiva que facilita la complicación, el progreso de la estructura. Es decir, del saber, pues propicia la combinatoria necesaria para la invención.

## V

La invención en psicoanálisis, como en cualquier otra rama del saber, la ciencia, la ética o el arte, se aloja en esta capacidad de retroacción, del sujeto de la enunciación sobre el sujeto del enunciado.

Y es por ello, porque en toda invención está implícita la disolución del sujeto de la enunciación en el sujeto del enunciado -es decir, la disolución misma del sujeto para arribar a la frase bruta- que la invención en psicoanálisis, se resitúa por fuera del prestigio yoico y se articula a un territorio ético.

Un territorio que da cuenta de lo real del "Malestar en la Cultura".

Un territorio que no es fácil de producir en nuestra comunidad de analistas, pues la verdadera invención psicoanalítica se aloja por fuera del yo.

La palabra invención es un significante particularmente apto a engendrar sentidos diversos.

Sentidos de omnipotencia frente al otro, de poder frente a lo natural, de creencia en la ciencia.

Así la palabra invención es peligrosa en nuestra comunidad pues tiende a estar al servicio de engendrar fama yoica más que un real saber por fuera del plagio repeticional de los textos.

Si pensamos la invención exterior a un prestigio, por fuera de un dominio, externa a la razón de una lógica, aportando un saber verdadero, es decir, por fuera de la razón de un sentido ¿a qué ética la articulamos?

No basta con decir a una ética psicoanalítica. Tampoco nos basta resituando esa ética en los fundamentos de la retroacción discursiva, que hemos establecido.

Pues esta retroacción de doble sentido y que es propia del discurso -y que desarrollaremos teórica y clínicamente en el devenir de este libro- debe ser situada, con relación al saber y la verdad.

Es decir, la ética psicoanalítica, en tanto no implica un sentido, o sea, una respuesta cristalizada o unívoca, debe caer en el reverso del saber.

Del lado del acto que se inscribe retroactivamente, posición resultante de todo hacer analítico verdadero.

En definitiva, acto que se instala en el costado del sin sentido que implica el objeto "a", que burlando el yo del sujeto, ocupa un lugar paradigmático entre el saber y la verdad.

El yo del sujeto siempre está un poco ajeno a la producción verdadera, más bien su tarea es a posteriori, estudiando, comprendiendo y supervisando sus propios textos.

En primer lugar, diremos que, si pretendemos que la invención implique una ética, ésta aparecerá determinada en el contexto del reverso del saber.

Aún para el yo del propio autor.

¿De que forma?

Si la invención implica una ética con relación a la verdad, la transmisión formal del discurso analítico implica un saber en el que está comprometido el yo del sujeto.

El saber, en tanto transmisión formal, cuyo anclaje de mayor exactitud se logra en el discurso universitario, ocupa un lugar polar con relación a resituar el filo cortante de la verdad, si este saber no emana de un acto, es decir, de la verdad misma que le hace fintas al propio sujeto.

El saber articulado a la verdad en el propio acto analítico, es la única forma verdadera de transmisión psicoanalítica y dicha cuestión debe ponerse en juego en el Pase.

El Pase es en esencia el corazón del acto analítico por excelencia.

Dicho de otra manera, ética inconsciente que sostiene la horrorosa verdad de la división subjetiva versus saber formal universitario con lo que aplacar sus efectos.

En psicoanálisis, por tanto, saber y ética se polarizan. Y allí el Pase será el pivote articulador de tal oposición.

Articulación entre ética y saber por el acto que entraña el Pase.

Acto que en psicoanálisis muestra la escisión y que propicia un anudamiento entre la polarización del saber y la verdad.

Es del orden de la evidencia que una política verdadera en psicoanálisis debe ahondar en la dimensión del Pase como acto.

Es decir, en el acto ético que retroactúa sobre el saber ya enunciado.

Al igual que en el tiempo lógico tres escansiones, en la articulación del saber y la verdad en el acto de la invención:

*Primer movimiento.*

Acto como verdad en el lugar de la enunciación retroactuando sobre el saber que ocupa el estatuto de lo enunciado. Aquí el yo del sujeto es en parte ajeno a la dimensión de su propio acto.

*Segundo movimiento.*

El sentido, irrumpirá desde una topología de lo inverso en dirección al sujeto de la enunciación, disolviéndolo en la dignidad de la frase bruta. El sujeto queda por lo tanto destituido.

*Tercer movimiento.*

Momento de conclusión en la reintroducción del sujeto, pues desde la dimensión del acto que supone el poner en marcha el mecanismo retroactivo que marca su disolución en el encuentro imposible a nivel de la significancia, reaparece ésta en lo que se despliega en el decurso posterior de la globalidad del texto.

Nueva dimensión del acto que como discurso del bien decir ya aparecerá comprometido el propio yo del sujeto.

Cristalización así del acto analítico.

Entonces, el Pase como acto implica un decurso posterior, un discurso al infinito, en el que irrumpirá el sujeto.

El Pase es un acto que finalmente se focaliza en el *Bewusstsein*.

## VII

¿Pero como pensar la articulación de un Pase en donde el saber y la ética se encontrarían polarizados?

¿No alcanza señalar la *Spaltung*?

¿No basta con remitirnos a la dimensión del acto retroactivo sobre el saber?

¿Y a renglón seguido adjetivar a éste de analítico?

Pues si hablamos que el acto es lo que articularía en psicoanálisis la oposición entre saber y verdad, en tanto retroacción, entonces cabría la pregunta ¿de qué índole es este anudamiento?

¿De qué índole, es esta retroacción topológica?

¿Cómo se halla comprometida la división del sujeto en ella?

Es esto precisamente lo que abordaremos en la próxima parte al finalizar el presente segundo capítulo.

Sin embargo, parte de la respuesta ya nos la dio Jacques Lacan jeroglíficamente; es el acto del buen decir alojado en la consciencia lo que esta en juego al final del análisis.

Retroacción que engendre un muy buen decir por fuera de la acción.

De allí entonces que el Pase se transforme en el acto analítico por excelencia.

El Pase no es un acto masificable.

Es un acto solitario, pero a diferencia del onanismo del idiota, frente a pequeños otros.

¿Pero cual es el estatuto fundamental, la articulación *princeps* de este buen decir?

Buenos decires hay muchos, en la política, la literatura y hasta en el discurso moral.

Así, el decir implicado en el discurso analítico será aquel que, de cuenta del fracaso del ser, del profundo fracaso del sujeto en la articulación de su historia.

Del acto que da cuenta de la escisión que conlleva al fracaso.

De allí la gran dimensión, la extrema importancia, que adquiere el acto en la producción del discurso psicoanalítico.

Es en este registro del acto, que debemos pensar la articulación de la producción, de la invención, en nuestra disciplina.

El acto analítico siempre implica el fracaso, es el acto fracasado, en el reverso de lo aparentemente bien logrado en los demás decires.

Acto analítico sosteniéndose en una ética del sujeto fracasado, en una ética de la ausencia de una respuesta tendiente al éxito, el cinismo o ambos.

De allí que en el final del análisis puede existir el advenimiento de la posición cínica, pero ésta excluye entonces al sujeto por fuera del Pase, es decir, por fuera de una articulación en la producción verdadera al discurso analítico.

No hay mucho que decir en referencia al éxito en un análisis.

Acto fracasado entonces frente al acto logrado, siendo las ruinas del ser lo determinante en el anudamiento que permite una verdadera invención en psicoanálisis.

Pues el sujeto para inventar en psicoanálisis debe trascenderse a su propia historia, su personal bagaje inconsciente es insuficiente para tal tarea. Únicamente la irrupción devastadora de la *Spaltung* dando cuenta del fracaso de su ser puede marcar tal insuficiencia en la producción de saber.

Por ello, sólo el fracaso le apuntará a tal articulación.

Sólo la irrupción exponencial de sus propias ruinas le mostrará la carencia de su inconsciente para producir saber por sí mismo.

Los restos de su ser son insuficientes por sí solos. Le es necesario apuntar al propio discurso analítico ya producido articulándolo a su destituida constitución y personal historia.

Es precisamente por ello, por lo delicado de tal dirección, por la facilidad de caer en la reproducción simplemente repeticional o la picardía cínica frente a una real invención, que se torna necesario una acertada articulación del fracaso del acto en el decir al final de todo análisis.

Fracaso del acto que le muestre la "necesariedad" del objeto para producir un discurso analítico.

Otrora era su analista en su análisis, después, al final de su análisis, el discurso analítico que le antecede, pero desde su propia *Spaltung* que le mostrará la insuficiencia por sí misma.

Así en esa retroacción al final del análisis el discurso psicoanalítico tiene estatuto de objeto "a".

Es el discurso para no ser leído, es para ser amado.

Resumiendo, el fracaso de su ser debe retroactuar sobre lo ya producido del discurso analítico para engendrar un nuevo saber.

Esto es el Pase.

## VIII

¿Pero como pensar la articulación de un Pase en donde saber y ética se encuentran polarizados?

¿Cómo pensar el acto articulando tal polarización?

¿Que estatuto juega el fracaso para preservar allí una verdadera producción?

Creo que son todas cuestiones de una extrema densidad.

Sólo es posible encontrar una respuesta dirigiéndonos a la propia historia del psicoanálisis.

En "Variantes de la cura tipo" Lacan nos comenta:

"...Pero lo que quiere decir ese *quiere decir* es también de doble sentido y depende del oyente que sea el uno o el otro: ya sea lo que el hablante quiere decirle por medio del discurso que le dirige, o lo que ese discurso le enseña de la condición de hablante..."

Se ve como Lacan juega entre lo enunciado de ese discurso y lo que enseña al sujeto de su propia condición de hablante. Para agregar líneas más abajo:

"...Ahora bien, el analista se apodera de ese poder discrecional del oyente para llevarlo a una potencia segunda."

¿Y no es acaso a una potencia segunda como elevo Jacques Lacan el propio discurso de Freud a través de su propia producción?

¿No ocupó el texto freudiano el lugar de una supervisión a la propia producción lacaniana?

Lacan se dejó orientar por Freud, lo leyó concienzudamente en alemán, pero lejos estuvo de una transmisión formal de ese discurso.

El aportó el propio, de una manera creacional, en una invención donde el texto freudiano vértebra supervisando todas las articulaciones.

Así el par transmisión e invención, saber versus ética, se articulan en lo que podríamos denominar una supervisión del propio texto producido.

Resorte último de toda producción psicoanalítica y por donde articulamos otra faceta en el problema del Pase.

El Pase no es un discurso del registro del análisis, ni tampoco esencialmente una evaluación del saber hacer de un sujeto en la clínica analítica, es algo que va mucho más allá; el Pase en verdad es una supervisión, un dar cuenta del propio análisis allí donde el analista no puede decir nada.

Es la supervisión que el analizaste realiza de su propio analista sin decir nada de él, en tanto se sostiene desde una verdadera ética analítica.

Pues no se trata de la crítica, ni menos aún del encomio, sino de lo que el analista no puede decir de ese análisis.

Del saber que no puede transmitir, pues la particularidad de su propia historia le hace obstáculo.

Por tanto, se ve como el Pase no es generizable, ni socializable, sólo es para aquellos que están en condición de arrojar algún saber más allá de su analista; más allá de ese inconsciente que ha estado en juego en la cura.

¿Acaso la supervisión no es un control de un discurso que producido en la escena analítica retroactúa sobre un tercero encargado de supervisar el caso?

¿No se ha observado siempre la facilitación de saber que entraña tal posición clínica sobre la del propio analista?

El estatuto mismo del crear este dispositivo de análisis de control, dispositivo de retroacción de un discurso constituido en la escucha analítica sobre el ya producido en la teoría psicoanalítica que como saber se le supone al maestro, le permite a éste inventar.

Lucimiento de sabiduría de clínica psicoanalítica inevitable frente al novel analista. Saber clínico que muchas veces depende más de este dispositivo de retroacción que de un real saber acumulado en la práctica de una experiencia del supervisor.

Pero dejemos por ahora la explicación de esta estructura retroactiva para un tercer momento en nuestro trabajo.

Recalquemos simplemente el articular el Pase como una retroacción que supervisa el conjunto de un análisis. Y hagamos de esto una dimensión pública.

Que los analistas sepan sostener en la dirección de la cura el día que su analizante reclame su Pase, su supervisión y que esto sea a cielo abierto por fuera de la obscenidad.

Inauguremos la era de que lo que pasa en el secretismo de las cuatro paredes de las consultas analíticas podrá ser ventilado al servicio del psicoanálisis.

Un verdadero análisis de control que, de garantías, al sostenimiento de una ética analítica verdadera.

Una verdadera ética que le permitía a Jacques Lacan pensar que después de todo el inconsciente de sus pacientes merecía mostrarse públicamente.

Vamos a proponer entonces una real subversión del sujeto en la Asociación Mundial de Psicoanálisis para que se logre una nueva retroacción como la producida por Jacques Lacan. Pero esta vez en una tarea de conjunto.

Esta es la apuesta.

### **Reverso**

El hijo, ya se sabe, no es un problema del hombre y esto no deja de crear un resentimiento profundo.

Cuanto esfuerzo para desoír al padre. Recuerdo al mío advertirme de no intentar querer transformar el mundo:

- "Ya se sabe...", me decía, "Cristo quiso cambiarlo y lo crucificaron".

Hay iluso analizante, imprudente. ¿Quién puede cambiar a los miserables?

\* Trabajo expuesto en la XI Jornadas Nacionales del Campo Freudiano en España. Madrid, 29 y 30 de enero de 1994.

### **Tercera parte**

Es necesario advertir al lector, que "el largarse a las calles como vendedor", vivencia juvenil comentada en la introducción de este libro, tuvo poco de romántico y mucho, nuevamente, de imprudencia temeraria. Imprudencia sólo posible por la particularidad de un especial aparato psíquico.

*Efectivamente, iluso analizante, siempre has estado en un ir perdido al lugar de siempre, Das Ding.*

*¿Quieres rumbo quieres virar escribiendo un libro? Que poco entiendes de este mundo.*

Vieja costumbre, entonces, no ajena a los efectos devastadores del propio fantasma.

De allí la constitución del deseo de psicoanalista, para dirimir escuchando a otros, un diagnóstico personal de histeria, no siempre fácil de sistematizar cuando a hombres se refiere.

## I

Antes de continuar –por tanto- con la retroacción discursiva, anunciada en la anterior parte de nuestro trabajo, daremos un personal rodeo en la clínica de uno de nuestros analizantes. Bucle con relación a la división del sujeto y a la articulación del significante.

Vuelta que efectuaremos desde la teoría en los avatares de la clínica de esa escucha del otro que arrojó diáfana luz sobre nosotros mismos.

La frase que Jacques Lacan nos brinda en su texto de la "Subversión del sujeto...": "Un significante es lo que representa al sujeto para otro significante."

Es en su valor esencial un saber sobre la palabra más que sobre el propio sujeto.

Esta pertinencia del sujeto -por otra parte, tan poco trabajada en nuestro medio a pesar su constante repetición- arroja un saber sobre el signo.

Es decir, que cataloga por un lado parcialmente al sujeto en unos de sus registros, el simbólico, pero ejemplifica mucho más el estatuto mismo del significante.

Significante cuya naturaleza es más misteriosa que la simple pertinencia lingüística a la que muchas veces se lo quiere reducir.

Lacan nos agrega al mismo tiempo, al finalizar la frase expuesta, que:

"Este significante será pues el significante por el cual todos los otros significantes representan al sujeto: es decir que, a falta de este significante, todos los otros no representarían nada." "Puesto que nada es representado sino para."

Esta enunciación del falo como significante *princeps* organizador del conjunto de la batería significante que representará al sujeto, no se explica necesariamente por su lugar primero en la serie, sino por el estatuto diferencial que de lo unario podría extraerse de él.

Es decir, por estar fuera de toda la serie que puede estructurar el conjunto de la misma.

Obscuridad, la del rasgo unario, vuelta a encontrar en el resto del conjunto de los significantes pero que en el falo se reduplica en las vertientes de lo que se enuncia como falo simbólico y falo imaginario.

Falo, por dentro mismo del conjunto, como primer elemento, -j (menos fi) y lo que de dicho conjunto queda por fuera, F (fi mayúscula).

Cabría entonces la pregunta a modo de hipótesis, de si la propia naturaleza del sujeto no nos iluminará sobre la característica de unos de los registros que lo constituyen, el simbólico.

Pongamos a prueba nuestra metodología retroactiva del discurso, antes de continuar su explicación y articulación.

Es decir, postulemos para ver si podemos demostrarlo, que hay una cierta comunidad homeomórfica entre cierto estatuto del significante y el propio sujeto del inconsciente, en la medida que éste último funciona como si fuera un discurso. Y si esa batería lo representa, es porque él mismo revela cierta naturaleza de la estructura del lenguaje.

Para ser más claros, el sujeto como tal, en tanto sujeto dividido por el lenguaje da cuenta al mismo tiempo de cierta división existente en la lengua misma.

Pensar esta división lingüística desde el punto estrictamente del algoritmo reforzado saussuriano que nos entrega Jacques Lacan, pareciera insuficiente. Es decir, que la *Spaltung*, la hiancia infranqueable entre el significante y el sentido no da cuenta por ella misma de la verdadera división existente en el orden del lenguaje.

Tal vez hay una división mucho mayor en el significante mismo.

De allí que la barra saussureana entre la palabra y su sentido. Barra de la que Jacques Lacan nos advirtió de su radical imposibilidad de franqueamiento, sea insuficiente para explicar la envergadura de la radical *Spaltung* que implica el lenguaje.

He aquí también, porque el propio golpe del significante en la articulación de la lengua, en el sujeto, hubo que dotarlo de otro concepto aún más hermético, el rasgo unario.

Sabemos que el pensamiento lacaniano desechó el concepto de representación freudiano, *Vorstellung*, por considerarlo insuficiente para dar cuenta del verdadero estatuto de la palabra.

Este rasgo, simple en su concepción y que da cuenta de cada golpe significativo, dejando en cada automatón de su repetición los intersticios del *fading* del sujeto, es en el fondo un concepto obscuro.

Pues no sólo da cuenta de la repetición del registro simbólico, sino que articula éste a lo real mismo que se abre en cada uno de los intersticios que produce. Es, en una palabra, la razón misma de la *Spaltung* del sujeto, el concepto por excelencia que debe ser articulado a la propia barra saussureana.

Así pensadas las cosas, nos encontramos entonces con una escisión que no sólo implica a la significancia de lo significativo, en el registro simbólico, sino, a una hiancia entre el significante como palabra inscrita en el sujeto y el resto real imposible de ser negativizado; y del que el rasgo unario da cuenta en el mismo concepto de *fading* del sujeto.

Es decir, separación imposible de franquear entre el sentido y el significante, por una parte, y entre lo real y lo simbólico de él mismo por otra.

Lo expuesto es difícil abordarlo desde una abstracción teórica exclusivamente, sin el auxilio de la clínica y es por ello que daremos un aparente nuevo rodeo revisando los conceptos de elección de objeto y de neurosis.

Comencemos, por tanto, nuestra demostración retroactiva.

## II

Es en los rasgos de la condición erótica donde el individuo se articula a lo real de su goce. Esta *Objektwahl* -elección de objeto- indica antes una posición del sujeto en la estructura con relación al significante fálico, que nos permite más el diagnóstico diferencial, que una supuesta cualidad intrínseca del paciente por el objeto elegido.

La elección de los rasgos de la erótica es la resultante del anclaje del sujeto a lo real del significante y por donde surgirán las diferentes significaciones por donde -j (menos *fi*) se anuda en la forma del cuerpo, desde sus diferentes vertientes.

No debemos olvidar que el falo como puro significante es lo real del goce mismo. Freud, mantuvo precisamente, para explicar la posición sexuada del sujeto el criterio de la elección de objeto, antes que las características de pasividad y actividad.

Sostuvo, la gran actividad desplegada por la niña para lograr un fin pasivo, cuestión que no daba cuenta de la estructura de la feminidad. Tampoco Freud explicaba, al revés de Abraham, la posición homosexual del varón en los fines pasivos o activos de la misma. No obstante, no mantuvo el mismo criterio frente al lesbianismo, donde prefirió centrar el tema -allí sí- en la actividad o pasividad de la protesta, la inhibición y la envidia, dirigiéndonos brillantemente al terreno de la obsesionalidad femenina por fuera de la estructura perversa.



Vemos como el pensamiento freudiano, se mueve en la prehistoria de las coordenadas simbólicas de estas elecciones de objeto -en una lógica de la sexuación- donde hay que inscribir la articulación del propio pensamiento de Freud de la *Objetwahl* y la resultante *Neurosenwahl* -elección de la neurosis. Entonces, es en la relación "identificatoria" secundaria de la estructura edípica que se producirá -en razón del interjuego que se dé en la metáfora paterna, entre el puro significante del deseo materno y la ley supuestamente sostenida por el padre ideal- la elección sexual del lado hétero u homo para el hombre y del no-toda para la mujer; es decir, desde la inhibición o en un goce más acá o más allá del falo. Aclaremos que el puro significante del deseo materno no es otra cosa que sexualidad pura, a saber, lo real del goce por donde el deseo femenino se significa. Y que lo hétero cae del lado de esa búsqueda, lo que ama a las mujeres sea cual sea el sexo, es decir, lo que ama a las féminas marcadas por la castración que supone ese real de goce; y que lo homo es el repudio de esa indagación por antonomasia, es el intento del encuentro imposible con "la mujer toda universal". Mujer por fuera del real significante fálico y pletórica del narcisismo de la imagen especular "pénica", en fin, del goce de órgano en su estado de mayor pureza. Se ve entonces, ante lo expuesto, como es en la dialéctica de la significancia que supone el odio y el amor, en el significante que representa al deseo materno con relación al padre ideal sostenedor de la ley, donde se jugará la *Objektwahl* para el sujeto.

Es por esta vertiente, que Lacan retomará el problema de la elección de los rasgos en la erótica del sujeto. Remarcando la función principal del falo en la estructura que da cuenta de las modelizaciones de la sexuación.

Modulaciones diversas del deseo materno que con relación al padre ideal conformará la marca fálica que constituirá el deseo siempre del Otro para el sujeto. Encaminándonos más específicamente al terreno donde las neurosis terminan su total estructuración en la vertiente masculina y que servirá de introducción a la ejemplificación clínica que expondremos. Ahí se ve como la falta de deseo materno al padre ideal no hará más que entronizar la función paterna, dando por resultado estructuras sumamente estables tanto en su modelo de goce como en su rigidez sintomática.

Es decir, cuadros donde es difícil la irrupción de la división subjetiva comentada en nuestro anterior capítulo.

Estructuras que como en el caso de algunas perversiones, la estabilidad, fortaleza y entereza yoica alcanza un registro mayor que la propia adjetivación obsesiva.

Es así, como se deslinda el ideal del yo bajo los auspicios del amor materno sobre el niño y el modelo de goce que se fija como homosexual y que es una formación reactiva a la falta de amor en el deseo femenino hacia la figura del padre.

Lugar entonces determinante de una fortaleza reactiva yoica si esta falta no se reduplica en el propio sujeto con condensaciones extremas en un sentido pedófilo, sádico u otras obscuridades de gozo materno.

Resulta entonces el final del recorrido de la estructura neurótica, su total consistencia como estructura perversa, donde el lazo entre la imagen narcisística en el amor de la madre hacia el hijo y la elección del objeto homo sustituye en lo simbólico lo que del ideal paterno se halla subducido en la estructura.

### III

Sin embargo, ante la cuestión recién mencionada en el punto II: ¿Qué ocurre cuando el deseo materno no está dirigido en apoyo a la estructura narcisista del hijo quedando el sujeto feminizado en el fracaso, en la decepción, ante la propia imagen narcisista que debería sostener el deseo materno?

¿O cuándo dicho deseo se dirige en la crudeza del puro significante del real sexual materno?

Allí irrumpe lo que clínicamente podríamos denominar ciertos puntos de fragilización en las estructuras, tanto neuróticas como perversas.

Irrupción del reverso mencionado en nuestro anterior apartado, reforzando la emergencia de la *Spaltung* y la fragmentación yoica, ante el lazo de la imagen narcisística en el amor de la madre hacia el hijo rupturado en la polivalencia de las irrupciones libidinosas -sin mediación simbólica alguna- del maternaje como sexualidad pura.

### IV

En el presente caso clínico encontramos este avatar.

Un suicidio materno en plena apertura de lo puberal deja al sujeto en la certeza de no haber ocupado ninguna posición sólida en el fantasma materno que le permita fijar otro semblante que no sea el de un estatuto fálico degradado.

Punto de fragilidad que el paciente en cuestión pretende sellar con un lugar de ausencia.

Ausencias de recuerdos, confusión en el pensamiento que le otorgara una cierta mitología a su historia familiar, ausencia frente a todo lo que hace y como ajeno a sus producciones que le vendrían a otorgar un lugar en la vida.

Punto de ausencia cuya angustia concomitante daba cuenta del saber, de cómo esa aparente ajenuidad en las cosas, recubría un punto de inconsistencia estructural.

Es precisamente en el primer movimiento de la fractura de esa precaria homeostasis que el sujeto puede producir por una vez más un nuevo intento de análisis.

Su demanda se inscribe desde un primer momento en la resituación de la angustia frente a no sentirse inscrito en nada de lo que era su historia.

La angustia deja su lugar difuso, con seudas explicaciones obsesionales del trágico abandono materno, para resituarse en la profunda división que suponía su cotidianidad. Escisión ubicada, por un lado, en una aburrida vida matrimonial con una muy pobre vida sexual y una tarea profesional que no acababa de sentir como propia, y el recorrido por una larga serie de relaciones extremadamente promiscuas en donde hallaba un satisfactorio goce clandestino.

Surge así en las entrevistas preliminares una interrogación por vez primera sobre su identidad sexual, recorrido que permite resituar aún más ese lugar como fuente no sólo de placer sino también de angustia.

El asociar esta serie como intento de presentificar al otro de la muerte escondido durante tantos años y que le interrogaba sobre sus reales inclinaciones sexuales, provoca paradójicamente en muy poco tiempo la caída de ese modelo de goce.

Caída que se salda con una nueva formación sintomática que le permite estabilizar un nuevo lazo de tipo heterosexual que en su forma de amor y placer le resultan absolutamente originales en su historia.

Irrumpe así el amor a la mujer universal, que vendrá a ocuparlo todo en su vida. La mujer que le permite un rasgo perverso en la heterosexualidad.

"La mujer toda universal", como intento sublimatorio que fije la dubitación de su narcisismo anaclítico.

Verdadera ortopedia neurótica del yo desde donde apuntalar la fractura narcisística de la relación materna. Sublimación ortopédica, por otra parte, destinada a destituir los ideales paternos, no enunciados de manera marcada en esta historia. Se puntúa entonces la dirección a la que antes hacíamos referencia con relación a la estructura perversa.

Se inscribe, por tanto, en el recorrido de esta cura un apuntalamiento libidinal, ortopédica sublimación, de la figura femenina para fortificar la fragilidad estructural del sujeto. Al mismo tiempo, al igual que en la perversión, es necesario completar el recorrido sublimatorio de la destitución paterna no producido hasta ese momento en la historia de nuestro analizante. Movimiento que terminaría cristalizando un yo más estable, síntoma yoico que permite un reacomodamiento estructural al poder el sujeto gozar de su inconsciente de otra manera.

Tenemos, así como en la doble serie que se había establecido durante tantos años, entre esa cotidianeidad de aburrimiento obsesional ausente y su goce clandestino - donde la condición es un semblante de penetración a un otro masculino feminizado- se ruptura en su orden y se produce una rápida caída del conjunto, en la medida que el sujeto puede producir un cierto reconocimiento de lo implicado allí del goce materno.

El segundo momento de resituación de la angustia sobrevendrá cuando termina de consolidar de manera definitiva su nueva situación familiar.

Anudamiento que se gesta en la caída de los ideales paternos -que como señalábamos hace un momento, completa un recorrido de retroacción discursiva previsto en el orden lógico de las estructuras clínicas.

Esta caída inevitable, en tanto, ha producido el primer movimiento de viraje en la estructura de goce, lo confronta de lleno al otro de la muerte materno. Otro enmascarado, en la significancia del suicidio, en el primer momento de resituación del saber de su angustia.

Recordemos, que la caída de ese goce anterior y la nueva estabilización sintomática, se nos presenta como una formación reactiva al otro de la muerte eludido, en los términos de sus propios actos.

Es decir, su propia posibilidad de muerte hacía obstáculo para inscribir tal cuestión como deseo del otro. Pero no ya para con él, sino como deseo de muerte del otro paternal hacia su propia madre.

Allí, precisamente en ese otro escamoteado, irrumpirá un punto de fragilidad estructural.

Irrupción de fragmentación que no tendrá otra función que cristalizar el nuevo modelo de goce. Es decir, la fragilidad irrumpe en acto para completar el movimiento sublimatorio que al final por retroacción termine dando una nueva, y más fuerte consistencia, a la estructura del sujeto.

En otras palabras, el nuevo placer alcanzado por el trabajo de análisis, cede su plaza a la verdad de la estructura para completar el recorrido y cristalizar al final la diferente posición de goce alcanzada, ya antes, por el analizante.

Esta irrupción es aparatosa.

El sujeto presentará un cuadro de profunda confusión mental o de fragmentación yoica en un lenguaje psiquiátrico, o de una insidiosa división subjetiva en acto en una jerga psicoanalítica poco usada. Este episodio se presenta con lo que le es

típico, desgaste físico, imposibilidad de conciliar el sueño durante un par de semanas, gran agotamiento y confusión mental.

Sintomatología de la que es posible extraerlo, recurriendo a la ayuda de medicación psiquiátrica que aplacará las grandes eyecciones de angustia. El circuito angustioso termina de cerrar su ciclo al producirse la caída total de los ideales paternos; que de sostenedor de la orfandad familiar se recorta el hecho de no haber podido lograr una salida exogámica en ese desgraciado matrimonio. Camino al que el propio analizante se dirige a partir de aquel momento sin mayor dilación y por fuera de toda fragmentación.

Pero en este momento trascendental de la cura, es imprescindible que el analista no retroceda en su acción para que el proceso no acabe en una falsa salida.

Se debe mantener toda la disciplina analítica, en la certeza de la fortaleza de las estructuras neuróticas a pesar de sus puntos de fragilidad. Cuestión que hay que discriminar con relación al reverso, que implicaría la psicosis y donde el cuidado para evitar desmoronamientos en los brotes debe ser máximo.

En las estructuras neuróticas y perversas en cambio sin el mantenimiento riguroso de la escena analítica, se le estaría obstaculizando al analizante el completamiento sublimatorio de la operación. Es necesario, que el analista ni desaparezca, ni ceda su posición, ni se aboque a la pusilanimería. Lugar nada sencillo pues la grandilocuencia del síntoma, de una regresión a los estadios esquizos-paranoides del sujeto, es bastante impresionante.

Cuadro, por cierto, estos falsos brotes en las neurosis, poco descritos en la literatura psiquiátrica y menos aún la psicoanalítica, y que -más allá de la figura del *bordeline*- en los años cincuenta se agrupaban bajo la figura del surménage.

Desestructuración por otra parte, más fácil de encontrar en ciertas crisis de la adolescencia y que dejan materialmente al sujeto al aire de su historia.

También es de hacer notar, que en estos casos donde encontramos los puntos de fragilidad mencionados, muchas veces se torna imposible evitar sus irrupciones en la medida que el sujeto tiende a ellos, más allá de los cuidados que pueda tenerse en la dirección de la cura, pues su emergencia es imprescindible para la sanación misma.

Igualmente, en otros casos para destituir un lugar de goce que pudiera resultar particularmente tanático para el sujeto, el analista en la certeza de un diagnóstico no debería dudar en recurrir a ellos si con tal proceder se evita la autólisis del paciente.

De allí la dificultad de nuestra práctica, en la medida que tales irrupciones, por principio, no resultan aconsejables que emerjan en el transcurso de un psicoanálisis ni mucho menos.

Sólo deberá aparecer en la inevitabilidad de los casos, o en lo estrictamente necesario para preservar a Eros.

## V

Creo que el caso -un tanto espectacular- permite subrayar algunas cuestiones que sistematizamos en la segunda parte de nuestro trabajo.

Es el saber inconsciente de la existencia de lo salvaje de la *Spaltung* del sujeto, por lo que se crean los efectos defensivos más canalleros, no sólo en nuestra pequeña aldea psicoanalítica, sino en la historia de los hombres.

Fuente última de escisión, de fragmentación, es decir, de lo constitutivo de la agresividad humana derivada de lo que se expresa en la irónica frase: "Estadio del espejo...".

## VI

Pero volvamos a nuestro ejemplo clínico, antes de proseguir nuestro camino, que nombrábamos como nuestra demostración retroactiva.

Creo que esta experiencia directa regresiva en la dirección de la cura merece algunas precisiones más.

La primera cuestión es que los puntos de aparente fragilidad del sujeto debemos encontrarlos en la dificultad de fijar un semblante preciso como falo con relación al fantasma de la madre.

Hay en ese punto más que un semblante una interrogación casi analítica:

Un ¿qué soy para mi madre?

¿Qué quiere ella de mí?

Es decir, un hacer semblante que permite una interrogación sobre el deseo materno.

Segundo, que dicho punto -dé lo enunciado como aparente fragilidad en la estructura- se sella con una respuesta. Soy un resto y a partir de allí se establece la lógica fantasmática de intentar ocupar un lugar como objeto en dicho fantasma.

Es decir, desaparecer frente al otro inefable maternal.

Tercero que, si en la psicosis la madre trata al niño como objeto de su fantasma, en estos casos de la estructura neurótica es el propio sujeto quien va a colocarse allí.

Modo de defensa ante lo real del significante del goce materno y que permite el desenvolvimiento de la neurosis y la perversión.

El analista debe cuidarse de no complementar tal síntoma, salvo en el extremo estrictamente necesario.

Es decir que, a diferencia del psicótico, en las neurosis y perversiones el sujeto puede efectuar la interrogación de lo que es para el otro, a pesar de ocupar igualmente la posición de objeto en el fantasma maternal.

Es decir, que la diferencia diagnóstica entre psicosis y neurosis en el caso que nos ocupa es la posibilidad del sujeto de poder o no producir la pregunta de qué quiere el otro de él.

¿El Che Vuoi? Es fundamental en el diagnóstico diferencial de los casos. O cuando nos enfrentamos a ciertas inseguridades por encontrar al sujeto en el lugar del objeto en el fantasma materno.

En las psicosis la interrogación por tal cuestión se torna imposible y sólo se desenvuelve en términos delirantes o en el lugar de la "holofrase". En la neurosis, en cambio, su estatuto es epistémico y cursa como una interrogación misma sobre el origen del ser.

Por último, en estos casos de neurosis donde hay sujeto constituido, señalar que el rasgo de perversión, sublimación o inhibiciones profundas según las diferentes facetas de la *Neurosenwahl*, ocupan el lugar de intentar obturar la vertiente de un sujeto que no encuentra un lugar preciso en ese fantasma.

Es decir, de instaurar una lógica del estar al servicio del goce del otro.

## VII

Volvamos entonces, ahora sí, a lo que hemos denominado nuestra demostración retroactiva habiendo hecho este bucle por la clínica en el caso expuesto.

Cuando en el "Seminario tres" sobre "La Psicosis" Jacques Lacan nos advierte que el loco discrimina que su realidad psicótica es diferente a la del neurótico, es decir, agregaremos nosotros, puede representarse la distancia que media entre lo loco y lo no-loco cuestión sugestivamente impensable para la gran mayoría de los neuróticos, no hace más que retrotraernos al diagnóstico diferencial de la experiencia de la división subjetiva en acto, comentada en nuestro anterior caso, discriminándola claramente de la visión forcluida del mundo.

La mecánica de la crisis del analizante expuesto no hace más que arrojar luz sobre el estatuto mismo de la *Spaltung*. Dado que ésta no muestra otra cosa que la distancia que media entre el sujeto de la enunciación y del enunciado.

Precisamente si en la histeria en su fragmentación profunda o en la crisis esquizofrénica, por poner sólo dos ejemplos de los más frecuentes, el sujeto puede distinguir la disparidad de los universos de él y del Otro, es porque la distancia entre lo enunciado y la enunciación muestran su radical falta de encuentro; no pudiendo el yo recubrir tal estructura de disparidad con el engaño de unidad que él como síntoma supone.

Pero la falla del disfraz yoico a nivel del discurso, no es producida por la misma articulación si nos encontramos ante una estructura neurótica que frente a un caso de psicosis.

Que distingamos tal diferencia es imprescindible en nuestra práctica de analistas. Así, la escucha atenta del relato de estos desagradables estados donde el yo fracasa en su disfraz unificante, también vivenciados por el sujeto en las experiencias de la ingesta alucinógena, revelan la naturaleza de la escisión del sujeto por un lado y la naturaleza del rasgo unario del significante por otro.

¿Podríamos afirmar que tales cuestiones responden al mismo orden de estructura? Una respuesta afirmativa nos conduciría a un error de base.

En la medida que la *Spaltung* del sujeto no es en esencia una división que comprometa al significante exclusivamente sino más bien al discurso mismo entre las articulaciones de su enunciado y su enunciación a nivel de la significancia, y de los conjuntos discursivos significantes cristalizados en las diferentes instancias del yo y del sujeto.

Si el sujeto como tal viene a decirnos algo del orden del significante, lo que nos trasmite de homeomorfismo entre él y la palabra, no es de una manera lineal ni simétrica. Es precisamente a través de su diferencia como nos iluminará de la naturaleza del significante.

Es decir, a nivel de la falla del yo, que como *Witz*, marcará el desajuste del enunciado y la enunciación a nivel de su encuentro por un lado y del estatuto de la falla yoica misma que poseerá una vertiente u otra de acuerdo a la estructura de neurosis, perversión o de psicosis.

Pero esta diferencia creo que sólo es entendible a partir de la escisión del sujeto. En los términos a que esto, el significante, puede representar algo, el sujeto, para otro significante, en la medida que deja excluido todo lo que del sujeto no entre en ese otro segundo significante.

Vemos entonces que los propios efectos de significación, es decir, del saber, no son los que pertenecerían a una pérdida del significante. Esta se encuentra en el orden de los efectos del discurso que hay que diferenciar de los efectos del significante. Aunque ambas cuestiones tienen una relación causal retroactiva de una sobre la otra.

El significante como tal tiene, como el objeto "a", estatuto de resto, de lo caído del sujeto como real, de allí la necesidad que tuvo Jacques Lacan de signar estas dos cuestiones, tanto la del objeto pequeño "a" como la de falo simbólico discriminándola del estatuto del sujeto y del discurso.

Aunque este último es exterior al mismo sujeto no deja por ello de ser finalmente la argamasa que lo constituye con lo biológico consistente y lo pulsional.

Sin embargo, tanto el objeto "a", como el falo simbólico imposible de ser negativizado, ordena el funcionamiento estructural del sujeto pero en los términos de una pérdida que ocupará una exterioridad forcluida en la estructura.

Si el sujeto nos revela algo de la naturaleza significante, es precisamente lo que nos enseña el caso clínico antes descrito. Donde a las claras no sólo se nos muestra las dimensiones de la *Spaltung* y de cómo pensar un diagnóstico diferencial a nivel del discurso sino, cómo en la estructura neurótica hay un funcionamiento que nos delata la existencia de un real perdido del orden significante en la estructura del sujeto.

Es decir, un real del significante no inscrito en la constitución discursiva del hombre y que como resto *Verwuerfung*, forcluido, hace funcionar al sujeto en términos similares a la psicosis.

Cuando hablamos de la forclusión del nombre del padre, lo que decimos es que el falo como tal no puede inscribirse en el sujeto en términos imaginarios, está forcluido en su totalidad y, por tanto, su retorno alucinado o delirante es del orden de lo que en el discurso no se articula. De allí que pueda observarse en la emergencia psicótica el fenómeno de la holofrase.

En la neurosis, en cambio, el significante fálico se halla inscrito e "imaginarizado" en los términos del -j (menos fi) y sólo su parte real se halla fuera de la estructura en lo inasible de un goce.

Por tanto, la crisis disociativa en la neurosis no es el retorno del significante no inscrito, sino la puesta en evidencia de la desarticulación entre enunciado y enunciación que produce el resto real del significante anudado en términos imaginarios a una condensación de goce que irrumpe en momentos extremos de virajes estructurales en la complejización de la estructura subjetiva.

Es lo que muestra la *Verwerfung* del "Hombre de los Lobos", en donde es esa condensación de goce lo que retorna en la escena señalada por Freud del dedo particionado. Escisión subjetiva producida por el fracaso yoico que deja a las claras el resto forcluido del significante fálico e imaginarizado en el ámbito de la erótica del propio sujeto.

Pero sin entrar a dirimir un diagnóstico por cierto, difícil del caso freudiano, señalemos que la forclusión visual nunca es índice fenoménico para un diagnóstico diferencial, dado que sólo la voz, lo que como sonido retorna desde lo exterior es índice fenomenológico de encontrarnos frente a una estructura psicótica.

Mientras que en la psicosis la disociación provocada por la falla yoica es producto de lo forcluido del yo que no ha podido como significante "imaginarizarse" de ninguna manera. Es decir, el yo no está conformado y con él tampoco el propio sujeto, ya que los conjuntos discursivos están faltos de uno o varios significantes esenciales.

Al no haber entonces inscripción su retorno nunca podrá ser imaginario, visual, sino de la materialidad faltante, es decir, acústico. Aunque esto no excluye, que el retorno acústico arrastre detrás de sí partes imaginarias de los contornos que la forclusión señala.

Pero planteadas las cosas de esta manera se abren algunos interrogantes sobre la reflexión lacaniana de los cuatro discursos.

## VIII

Primero señalar que, en tanto algunos de los elementos que componen dichos discursos, están marcados por la pérdida de parte de su composición en lo real, fragmentos de la unidad perdidos en la inscripción, es precisamente esto lo que permite que los elementos no puedan cristalizarse en posiciones fijas.

En definitiva, es lo que propicia la movilidad sintomática, en una palabra, la posibilidad de cambio de discurso.

Segundo que la propia lógica implicada permite discriminar perfectamente el estatuto diferenciado entre cada uno de sus elementos y el conjunto que como tal constituyen propiamente la vertiente de las cuatro combinatorias posibles, más la aberrancia del discurso capitalista.

Y, por último, que la pérdida mencionada en el punto uno, tanto para el objeto pequeño "a" como para el falo simbólico, determina que estos elementos jamás puedan reunirse en la misma fracción del algoritmo, cuestión que desarrollaremos con relación a la posición del analista.

S1

—

a

Esta es la fracción imposible del algoritmo, la que nunca puede ser escrita en la articulación que Jacques Lacan efectúa de los cuatro discursos.

## Cuarta Parte

### I

El número de oro, comentado por Jacques Lacan, para darnos cuenta del universo de la falta, deviene en su problemática del intento de computar el tiempo en la historia del hombre.

Metón, astrónomo griego del 432 A.C., desarrolla una secuencia de 19 años desde donde correlacionar cada fase de la luna con los mismos días del año solar.

Computo que posee 235 lunaciones correspondientes a 6.939 días terrestres, en dicho período.

Ahora bien, siendo la revolución sinódica lunar de 29 días, 12 horas, 45 minutos y 2,8 segundos era evidente que en transcurso de las décadas se le produjera un desajuste en el cálculo, habiendo la diferencia de un par de horas entre la circunvalación lunar y la terrestre alrededor del sol.

Así el ciclo metónico establecía que ante 19 años solares, correspondiente a las citadas 235 lunaciones, éstas había que correlacionarlas con la división por 19, que da 12 por cociente y 7 por resto. Es decir, doce lunaciones por año y el resto distribuirse en los años que terminan de estructurar el período.

El período de Meton equivalía, por tanto, a un calendario de 12 años de 12 meses y 7 años de 13. Estos últimos se distribuían en el 3º, 5º, 8º, 11º, 13º, 16º y diecinueveavo



del período, que los romanos colocaban, éstos y los otros, con letras y números de oro en sus calendarios.

Secuenciación entonces de 19 años en que los novilunios vuelven a suceder en los mismos días de la tierra.

Sin embargo, la diferencia antes citada, previene como el ciclo metónico no es rigurosamente exacto. Meton mismo, al darse cuenta del desajuste, formuló un nuevo ciclo de 6.940 días, en los cuales había 125 meses de 30 días y 110 meses de 29. Esta nueva serie, por cierto, excede en 7,5 horas las 235 lunaciones.

La adopción del ciclo metónico duro un siglo aproximadamente y se retomó cuadruplicándose el período y restando un día al final, cambiando así un mes de 30 días por uno de 29. El error, en la necesidad de correlacionar el período lunar y el solar se reducía, pero en 304 años aparecía ya un día de diferencia.

Se ve entonces como los números dorados son la constante imposibilidad de reducir la falta de correspondencia de los calendarios solar y lunar.

Años antes de esta historia los egipcios se percataron de que había una fracción de día extra al cabo de un año terrestre. El Decreto de Canope(1) introdujo un día de más cada cuatro años. Diferencia que pudo ser establecida por el seguimiento del año solar de 365 días y 1/4, que era el tiempo que se establecía en que la tierra diera la vuelta al sol tomando como referencia la estrella Sirius.

Los judíos al crear el monoteísmo continuaron con su calendario lunar ignorando posteriormente todos los estudios que sobre el tiempo realizaban los egipcios.

Julio Cesar, en el año 45 A.C, incorpora su calendario para evitar la confusión temporal existente en la República Romana. Y de éste deviene, él que, en el año 1582 el Papa Gregorio VIII instituyó en el cristianismo. Actual calendario con la función del año bisiesto juliano y desapareciendo cualquier intento de coordinación de los plenilunios con el ciclo solar. Tal disfunción, fue incorporada en el calendario gregoriano, por el sabio napolitano Aloisio-Llio Ghiribaldi con el concepto de epacta que es la edad de la luna al comienzo de cada año solar.

Extrema síntesis de todo lo conocido de las jornadas del tiempo en la cultura, constituyendo el esfuerzo por hacer un calendario en la historia humana y que retomaremos como ejemplo clínico de retroacción discursiva. Pues este pequeño comentario sobre el avatar del hombre de como medir una cronología, nos muestra su raíz en la propia dimensión religiosa.

Monoteísmo, que fundado por los judíos no reabsorbe con posterioridad el calendario solar politeísta egipcio. Sólo el acontecer del discurso de la religión verdadera permite tal introducción. Es decir, el implante politeísta solar en el monoteísmo lunar.

## II

Sabemos lo difícil que sería dirimir con cierto rasgo de seriedad, el origen semítico o egipcio de Moisés. Sin embargo, puede ser tomado como síntoma freudiano en sentido radical.

Envidia de un discurso por fuera de su origen semita.

Sigmund Freud, descalificando a Moisés como judío no hace más que otorgar a la creación religiosa realizada por su comunidad un origen bastardo, bastardía de la que es legítima portadora, en exclusividad, la religión católica con su mesías fruto de la purísima concepción o de la diversidad y abundancia espermática de Belén.

Y más allá de una respuesta también difícil de dirimir con seriedad, un Jesús rencontrando un padre por fuera de lo terrenal de todos los hombres que prodigaron sus frutos a su virgen madre.

Así Freud entrevió, inconscientemente, el poder demoleedor universal de la retroacción discursiva del cristianismo frente al provinciano y lunático monoteísmo judío.

Tantos años para entrar en la Roma que inaugura un tiempo universal para todos. Pues esta es la real producción del discurso católico, el haber inaugurado un tiempo común para todos los hombres de la tierra, más allá de los provincianos calendarios que mahometanos, semitas y demás comunidades ya sólo reivindican como cuestión religiosa.

No es poca cosa y no precisamente fruto del desarrollo de la ciencia, que los hombres sean chinos, esquimales o europeos no hayan podido substraerse a habitar el mismo tiempo. Tiempo que a veces irrumpe de manera violenta como sucedió en la colonización del nuevo mundo.

No es poco, por tanto, el legado católico y no poca debía ser la envidia inconsciente freudiana al respecto.

### III

La iglesia de Roma nos enseña que la fiesta del seis de enero es el día de "La Universalidad". Es decir, cuando el monoteísmo deja la aldea cultural judía para ocupar un lugar generalizado en el mundo.

El monoteísmo como tal no sólo nos viene a dar un solo Dios, sino que con él, también una sola ética para todos los hombres que se refugian en su creencia.

A la variedad de las diferentes éticas propuestas por un simple hecho de estructura en el politeísmo, la representación de un único Dios, intenta poner un mismo rasero del bien y el mal para todos los hombres.

En el politeísmo los diferentes modelos de goce engendran las éticas, en el monoteísmo se trata de producir una moral más allá de esa dispersión de lo real del goce.

Así entendido entonces no es difícil de entrever que la producción del monoteísmo viene concebida como un factor de aplacamiento yoico, pues a la variedad de tronos propone uno solo, al que todos los sujetos están condenados a obedecer. Es decir, remite al hombre a su propia castración, su falta.

Al desenfreno genital, al sin parar del goce, a la heterogeneidad de la bacanal del becerro de oro antepone unas Tablas de la Ley para todos.

Pero esto lleva en su nudo la paradoja de la segregación del otro. Es decir, que al sujetar al sujeto a las coordenadas de una única ley, vuelve a restituir lo que aplaca en lo individual desde lo social. De allí que podamos hablar propiamente de una nueva variedad del yo social, llamado como ustedes saben en nuestra disciplina el Superyo.

Entre el politeísmo y el monoteísmo media una diferente articulación de los ideales superyoicos, creando unas relaciones diferentes en el discurso del amo. Del Cesar, amo individual y caprichoso, al Rey cristiano sujeto a la ley divina de la corona, que permite un amo del discurso religioso por fuera de la mundanal vida de lo real.

El Superyo toma un nuevo cuerpo en la complejización del inconsciente al instaurarse el monoteísmo.

Pues el Yo que éste aplaca lo revierte en una nueva entronización del padre a nivel de lo social. De allí que a medida que en la historia humana el lugar del padre se debilita en la realidad familiar la función del Superyo se entroniza.

Es lo que permite en definitiva crear la base para que se de curso a una real segregación cultural de todo lo que no es propio.

Lo *goyim*, lo no judío, no es más que la resultante del propio efecto paradójico del monoteísmo. Entronización de la ley ante la imposibilidad de idealizar al padre particular humillado.

Por tanto, no es de extrañar que ese discurso hiciera sostener al pueblo judío el acto de la circuncisión.

Más allá del ponderado hecho higiénico de la *Yiddish mama*, la desaparición del prepucio guarda un sentido simbólico profundo. Se marca al sujeto con la confrontación de su falta, remitiendo su yo al pedazo de carne caído y que para siempre lo emparentará al prójimo de una manera radical; en la cooperación que como pueblo le era inevitable frente a la eterna segregación del enemigo exterior con una tierra.

Así la eterna diáspora, la añoranza de la tierra prometida, tendrá en ese acto el precio de la marca que le hace igual al semejante con su misma pérdida.

Ese es el gran avance que ha significado el monoteísmo en la historia de la humanidad, engendrando un sentido de comunidad, de conjunto aislado, más allá de las marcas de un territorio, de una determinada raza o unas determinadas costumbres circunstanciales de la región de goce que toque habitar.

Padre hebreo humillado sostenido bajo los hombros de toda una comunidad.

Cuestión esta impensable desde la lógica politeísta.

Eneas sólo puede sostener a su propio padre bajo sus hombros desde la lógica de lo real de los dioses, no al padre de su comunidad, y esto al precio de su infertilidad.(2)

Lo simbólico, que engendra el monoteísmo alrededor de la figura del padre, suprime las diferencias de goce y todo aquel que no se reconoce en ello es marcado desde la denegación. No eres judío.

No sostenemos el mismo padre.

Así el cristianismo, bien puede entenderse como un intento de supresión de la denegación que engendra la propia creación del monoteísmo.

Pasar a ser de todos y no solamente un bien judío.

El cristianismo, por tanto, es el lugar que engendra el derecho internacional. Es decir, el reconocimiento de la variedad de los goces y no su denegación.

Para el cristianismo el politeísmo es restituido en el monoteísmo con el mismo concepto de infierno. El ángel caído compitiendo con Dios.

Así, el nuevo testamento revitaliza el concepto infernal del antiguo, con su contrapartida en la figura de los apóstoles y luego los santos.

Subvierte verdaderamente el politeísmo reintroduciéndolo a su seno.

Por ello la irrupción del monoteísmo judaico en el mundo no hizo desaparecer lo real de los dioses. El principio del fin, del politeísmo lo marcó el cristianismo. Aún hoy lo marca en los restos orientales sistoístas y "multeístas".

Y es por ello, por lo que es una religión verdadera.

La única religión verdadera que existe.

Como se ve no es poca cosa, era su destino ser una verdad para el mundo entero.

Entender todas las articulaciones, de lo que estoy expresando no es cosa fácil, ni mi intención hacerlo más allá de las líneas generales que esbozo en este trabajo.

Si comento de pasada la cuestión es para introducir un recuerdo infantil, no tratado en mi análisis personal. Una pregunta epistémica derivada de un terror a lo real de la castración, que se me perfilaba a la entrada de la latencia y que terminó de cristalizarse con la llegada de lo puberal.

Esta cuestión hacía referencia a un comentario paterno en cuanto al calendario, de cómo el comienzo de nuestra era cristiana, es decir, el primer día del primer año se inauguraba con el avatar de la circuncisión de Jesucristo.

Como rey de los judíos parecía lógico, pero si abordábamos la cuestión de que precisamente, el antecedente de esa fecha remite a un nuevo calendario perfectamente diferenciado del hebreo, entonces cabía el interrogante por qué esa fecha y no su nacimiento o su misma muerte.(3)

Y fue algo, esto, que quedó en el olvido hasta el momento final de mi análisis.

Cómo eso podía tener existencia particular, para fundar una nueva era, siendo -la circuncisión- un hábito perfectamente establecido del conjunto de otra, de otro calendario.

Podemos decir que esa circuncisión ya no tenía el mismo valor que las demás, era elevada a una potencia segunda, fundante de un nuevo discurso, pero sin renegar del que le antecedía.

Un acto sostenido en la tradición de todo un discurso, el acto bautismal de la circuncisión recibe la retroacción de otro acto que deviniendo de un fuera de ese discurso, de una lógica del sujeto con relación a lo real, se reinscribe sobre esa anterioridad.

Es así, como la llegada a Belén de los tres gentiles llamados los Reyes Magos al reconocer en Jesús el objeto de un nuevo deseo, este seis de enero retroactúa sobre el uno circuncidado. Produciéndose así la universalidad del monoteísmo, es decir, la "religión verdadera", el catolicismo.

Herodes, al conocer la noticia un par de años después, como todos sabemos enloquece.

Obtiene la certeza, la supervisión, del advenimiento de un nuevo mesías.

Comentaba al final de la segunda parte, de este trabajo, como Jacques Lacan estudió detenidamente los textos freudianos. Como, además, se dejó orientar por ellos, pero que lejos estuvo de convertir su enseñanza en una transmisión formal. Decíamos que él había aportado un discurso propio, reinscribiéndose sobre los propios textos de Freud e inaugurando una nueva era para el psicoanálisis.

También señalábamos como esto era debido a un verdadero *après coup* discursivo del texto lacaniano sobre el freudiano. Como éste último jugaba la baza de una supervisión del propio texto que se inauguraba en esa retroacción.

Como, en toda retroacción discursiva, precisamente entraba en juego una supervisión que se ponía de manifiesto en los análisis de control; por ejemplo, en el lucimiento muchas veces más por el efecto de estructura de esta retroacción que por un real saber de experiencia del supervisor.

Es este efecto de conocimiento retroactivo, precisamente lo que los analistas debemos tener en cuenta en la clínica psicoanalítica para advenir al lugar del objeto y no del amo.

Para poder puntear el saber del otro en el efecto retroactivo del discurso.

Pero ahora, en esta cuarta parte del presente trabajo, traía el personal ejemplo del día de la universalidad cristiana reinscribiéndose sobre lo uno circuncidado, pues en la reducción del ejemplo, se distingue con cierta claridad pedagógica una doble vertiente diferenciada del estatuto del acto.

Aquel sostenido desde un discurso o aquel que sostiene la irrupción retroactiva de un nuevo decir, que como verdad se cristalizará como saber en la vuelta atrás de la anterioridad discursiva que lo sustenta.

Es precisamente el ejemplo cristiano el que nos revela, como la retroacción de un acto verdadero engendra un nuevo discurso que genera un nuevo tiempo. Un tiempo de viraje del goce que trasciende a los sujetos e inunda a toda la comunidad humana.

#### IV

El psicoanálisis desde un plano mucho más modesto, en lo particular de las curas, pone en juego algo del mismo orden al final de los análisis. Una verdadera retroacción fundada en el acto analítico y que inaugura un nuevo tiempo de goce para el sujeto.

Pues el acto analítico finalmente lo sostiene el analizante en la disciplina de su trabajo en el transcurso de la cura y, al final, en lo que será el primer acto inaugural de corte de su discurso más allá de la puntuación de su analista.

El Pase es sin duda el punto final de ese acto, *tercer movimiento* -movimiento de conclusión, que ya hemos sistematizado tomando el ejemplo de "Los tiempos lógicos" de Jacques Lacan- de reaparición del sujeto, en la lógica del buen decir. Diferencia de esa otra transmisión donde lo que se sostiene es la repetición del discurso analítico, pero sin aportar un verdadero viraje de goce en la estructura del sujeto con relación a la producción de su inconsciente. Es de hacer notar que muchas veces no es posible llegar mucho más allá de esto último en los finales de análisis.

Candidatos a psicoanalistas y finales de análisis hay muchos, verdaderos virajes en el goce del sujeto con relación a su inconsciente, al final, inaugurando un nuevo tiempo en la transmisión de nuestra Causa; hay pocos.

Pocos son los sujetos que pueden ser reconocidos en el destino de tal misión.

Es evidente, por tanto, que el colectivo analítico en su conjunto haga una resistencia feroz a una verdadera política de Pase.

Es aquí donde la reflexión de los dos casos clínicos presentados nos ilumina.

El primero marcando a la disociación del sujeto como elemento fundamental para poner en marcha el mecanismo sublimatorio y el cambio de la posición subjetiva de gozar del inconsciente.

El segundo, el cristiano, no sólo para acentuar una vez más y de manera sólida la vertiente retroactiva de todo discurso sino, además, para metaforizar la introducción de lo real de los dioses en nuestra disciplina, el psicoanálisis.

Frente a la uniformidad discursiva de los textos freudianos y lacanianos, monoteísmo necesario, "monodiscursismo" de saber que da cuenta de los orígenes de nuestra disciplina, lo real del Pase que reintroduzca la polifonía creacional de los finales de análisis, en definitiva, el politeísmo del saber de los santos.

#### V

El Pase es el acto analítico por excelencia, como ya hemos enunciado.

Su vertiente tiene necesariamente que tener el valor de inaugurar una nueva dimensión en el discurso analítico. Pues como acto, no deviene de la transmisión de un discurso y que la Escuela puede reconocer en tanto una formación adquirida en el arduo conocimiento de los textos y que, como todos sabemos, se representa bajo la nominación de Analista Miembro de la Escuela; sino que el acto de Pase se

sustenta en lo particular del final de un análisis didáctico retroactuando sobre la globalidad del discurso analítico.

Retroactuando sobre ese discurso que da cuenta de los orígenes y retorno del psicoanálisis.

Al igual que el hecho que inaugura el cristianismo, es un acto que marca la ausencia de discurso, un discurso el ya producido por Freud y Lacan que es inoperante para marcar el filo cortante de la verdad, es decir, un discurso ausente en el fracaso de dar cuenta de lo real.

Así, del fracaso del discurso analítico al fracaso de ser al final del análisis, para que éste retroactúe sobre esa anterioridad obturada.

El fracaso no sólo del ser, sino el fracaso en cierto orden de transmisión del discurso que le antecede.

Pongamos muy alto, por tanto, el listón del Pase, coloquémoslo a la altura de lo real.

Por ello, es necesario insistir una vez más, su dimensión debe ser pública.

Pública en tanto responderá a la lógica de la letra.

Es decir, del buen decir en los *liber* del Pase.

Nada de lo hecho hasta la fecha, en las estructuras de los carteles del Pase, en la intimidad mojigata del relato de los análisis, ha producido efecto creacional alguno.

Es así que no sólo se propone una nueva estructura del Pase, sino, además predicamos con el ejemplo de este texto que no dudaremos de tildar de creacional y de inaugurar, él mismo, una nueva era de renovación permanente en la transmisión del discurso analítico.

Este es nuestro compromiso con La Causa Analítica.

## VI

Compromiso del Pase como innovación en la rigidez de la articulación de los conceptos freudianos y lacanianos.

Lo creacional del Pase en la disciplina de los significantes que nos legara Freud y posteriormente Lacan. Pase en la sujeción a un discurso que antecede al pasante. Sujeción al discurso analítico y a sus palabras, pero por fuera de la cacofonía repetitiva.

No se trata de estudiar Freud, Lacan, comprender sus textos exclusivamente, sino lo que estos pueden orientar, dirigir y corregir de la propia producción inconsciente.

Supervisión del propio trabajo analítico. De la innovación producida en lo particular del propio análisis.

Pero si ya señalamos con anterioridad, que la palabra invención era particularmente apta a engendrar diversos sentidos, no digamos lo que puede introducir la innovación. La mayor secuela de delirios que podamos imaginar.

Por tanto, todo este conjunto de conceptos que venimos exponiendo, que se anudan en el significante invención, inventar permanentemente para transmitir el psicoanálisis, será una cuestión a situar muy precisamente.

No se trata de cualquier invención innovadora, se trata de una innovación surgida en un proceso de reducción del pensamiento.

Lo creacional del Pase en la disciplina de los conceptos que nos legaran Freud y Lacan, en el proceso de no-simplificación de un análisis que, en su término, en su final, de cuenta de su reducción.

El atravesamiento del fantasma supone un nuevo automatismo mental, una verdadera reducción del pensamiento.

Reducción del pensamiento:

Yo no pienso, simplemente escribo.

Y sobre ese escribir, supervisión de lo expuesto con los textos que Sigmund Freud y Jacques Lacan nos han dejado. Es decir, supervisión del propio discurso, en lo que marca la reaparición del sujeto en su frase bruta. Y que nosotros hemos sistematizado como, *Tercer movimiento*, momento de conclusión en la reintroducción del sujeto.

Decíamos al presentar este movimiento:

"...pues desde la dimensión del acto que supone poner en marcha el mecanismo retroactivo que marca su disolución..." "la disolución del sujeto..." "en el encuentro imposible a nivel de la significancia, reaparece ésta en lo que se despliega en el decurso posterior de la globalidad del texto."

"Nueva dimensión del acto que como discurso del bien decir ya aparecerá comprometido el propio yo del sujeto."

Dice Lacan:

"... ¿No habría que concebir más bien el psicoanálisis didáctico como una forma perfecta con que se ilumina la naturaleza del psicoanálisis a secas: aportando una restricción?"

Restricción a no negociar una cura nos advierte Lacan, en su texto "Del sujeto por fin cuestionado."

Lejos de una terapéutica, el Pase se alzaría como un paso más para articular el saber a la invención, la transmisión formal del psicoanálisis versus a su ética, en definitiva, para preservar su relación a la ciencia.

Pues es lo que Lacan nos advierte, que toda vacilación en facilitar la cura de un sujeto, supone el abandono de una ética psicoanalítica.

En la medida que toda cura también autoriza a su aparente director, el analista y no sólo al analizante.

Si la relación del psicoanálisis a la ciencia se opera en el interior mismo de un análisis didáctico que no negocia ningún cortocircuito para facilitar la cura, entonces el deseo mismo del analista puede, en determinado momento, alzarse como obstáculo en los entresijos de una política institucional.

En los intersticios de un prestigio, de aquello que viniera a autorizarlo en tanto tal, más allá de su lista de analizantes, al poseer una lista de sus propios analistas producidos.

De allí, se desprende conceptualizar el Pase como pivote que de cuenta del saber hacer del sujeto más allá de cualquier certificación o reconocimiento de una Escuela.

Más allá de cualquier posible vacilación de su analista, con relación a no negociar una cura.

Como se ve entonces, varios son los sesgos desde donde poder calibrar una verdadera invención innovadora. Desde donde, al mismo tiempo, pudiera ésta travestirse desde una posición cínica y hasta confabulada en el propio análisis. Es en este contexto entonces, en la dirección homeomórfica de las condensaciones transferenciales que los análisis didácticos aportan, reflejado también en el reconocimiento de una lista que certifica a unas almas del discurso universitario del psicoanálisis, que el deseo del analista siempre se alzaría al final de la partida como un obstáculo de la relación del psicoanálisis con la ciencia.

Por ello el Pase debe operar en la dirección contraria. Por esto mismo debe dar cuenta de aquello que el analista no puede decir de una cura. Aquello que al final de su trabajo, de su buena labor, le haría vacilar, en tanto que, el final de su analizante implicaría su propio reconocimiento.

Reconocimiento que, además, tal vez no se ajuste a sus propias ideas sobre el asunto.

Es decir, reconocimiento íntimamente enlazado en la lógica de la propia institución psicoanalítica. Institución que por su propia cadencia "burocratizante" siempre hará obstáculo a todo discurso verdadero.

De ahí que el Pase sea un factor sorpresa, el lugar de una innovación inesperada para el conjunto de la comunidad analítica. Innovación que se acogerá con profunda desconfianza y que sólo el lento trabajo, la precaución y cautela, y en definitiva, el saber hacer analítico del pasante logrará sortear, si hay suerte, la resistencia institucional.

Innovación confrontada al rechazo institucional, siempre en el horizonte de una invención por fuera de la arborescencia y en la dirección de la reducción del pensamiento.

En definitiva, ubicado en una lógica de lo que falta.

Y todo esto en un trabajo, uno por uno, del pasante con sus "pasadores" para vencer resistencias institucionales.

En "Función y campo de la palabra..." Lacan, nos advierte:

"... ¿Está acaso de acuerdo con una concepción de la formación analítica que sería la de una escuela de conductores que, no contenta con aspirar al privilegio singular de extender la licencia de conductor, imaginase estar en situación de controlar la construcción automovilística?"

Indudablemente la respuesta es: ¡NO!

No, a la arborescencia delirante.

No, al dogmatismo repetidor de las citas, o con mejor fortuna, de los razonamientos lógicos del discurso del otro.

No, a sentenciar la dirección que debe seguir una Escuela de psicoanálisis.

Sí, al saber hacer de traspasar resistencias en lo particular de los que pretenden controlar la industria automovilística.

Sí, a dar cuenta de la reducción mental, por fuera de la novela, es decir, de la historia familiar.

Sí, entonces a un Pase más allá del chismorreo mojigato.

Sí, a un Pase público sostenido en la letra impresa.

Sí, a la sorpresa que pueda producirse en la dirección de los acontecimientos.

Sí, a inscribir al psicoanálisis, de una vez por todas, en el filo del malestar del discurso científico.

Al menos vale la pena que pudiese intentarse. Aunque la tarea nos suena en el borde del ridículo por lo imposible de su empresa.

### **Una observación**

Tanta vehemencia, en estas últimas estrofas, estimado lector ¿no es acaso índice de estar frente a un imposible?

Aunque no se controle la fabricación de vehículos ¡aún así! ¿No tendríamos que tener presente que los sujetos comprometidos con nuestra disciplina nunca estarán a la altura del discurso psicoanalítico?



Acaso no ocurre lo mismo con el discurso católico.

Pero más aún, estado advertido de esto último y de la “infalibilidad” Papal ¿alguien en su sano juicio puede pensar, que nadie, se hallará tentado de sostener lo “infalible” de una nominación?

## VII

Así entonces, a no controlar la industria automovilística, tarea por otra parte –hay también que advertirlo- no menos imposible y, no menos aún, ridícula.

¡Pero no! También a tal posicionamiento algo se le cuela en contra de hacer progresar el psicoanálisis en su articulación a lo social.

Allí esta el territorio donde se juega el deseo del analista como resistencia a la relación del psicoanálisis con la ciencia.

A infantilizar su esencia.

Precisamente, por esas condensaciones transferenciales que citábamos en nuestro anterior apartado. Condensaciones transferenciales que son verdaderos hacinamientos de aspirantes a psicoanalistas que, en las salas de espera, esperan, el reconocimiento del trabajo que realizan, condensaciones y miserias de la transferencia presentes en el origen mismo del psicoanálisis y que hoy insisten. Y que seguirán insistiendo en la medida que el discurso analítico tiene el deber paradójico de reintroducir el sujeto excluido de la ciencia.

Por ello el Pase se eleva como prueba de lo ocurrido en un análisis, de cómo éste ha podido evitar los efectos de condensaciones de transferencias de trabajo, cuestión que se visualiza en las identificaciones al analista, pero aparte tiene el plus de su registro de una posición del sujeto.

Posición esta que permitirá, en si misma, garantizar una posible producción en la invención de las articulaciones que Freud y Lacan nos legaran. Articulaciones que versan, más allá de lo particular de cada análisis, sobre un estilo, un estilo universal del sujeto frente a la vida misma.

Un estilo esquizoide en palabras de Fairbairn.

Un estilo en definitiva por fuera de lo peor del padre. Es lo mínimo que debiera exigírsele a alguien que quiere ser psicoanalista.

Pues lo que está en juego en el Pase no es dar cuenta de la *Spaltung* del sujeto -es decir, su síntoma por excelencia- lo que se pone en juego en una política del Pase es que el sujeto pueda enunciarse sobre su división. Dar cuenta no sólo de su fantasma, es decir, de una cierta verdad sobre la existencia del objeto "a", sino, además, llegar a esa región para confrontarse con las ruinas de su ser y observar las insuficiencias de éstas para producir por sí mismas saber analítico; como ya hemos señalado anteriormente.

La invención, por tanto, en la retroacción discursiva a los textos legados por Freud y por Lacan, pero en la anterioridad de enunciarse desde las ruinas mismas del ser.

Así las cosas, debemos efectuar un nuevo bucle en el trabajo que les expongo.

La Escuela psicoanalítica, si se precia de serlo, no puede ser la instauración de un discurso que pretenda infatuar un yo al que paradójicamente denuncia como síntoma de lo inconsciente; pero menos aún la vertiente imaginaria de una producción en donde estaría en juego la supresión del sujeto, que enuncia como suprimido en el propio discurso científico.

Es decir, una Escuela de psicoanálisis que se precie de tal no puede estar en la lógica del grupo, pero, menos aún, ser la instauración de un discurso de la supresión del sujeto. Esto último sería risible en tanto trataría de reproducir el

propio síntoma de la ciencia y, por tanto, sólo tendría la pretensión de una extensión formal de su discurso, o sea, universitario.

Frente a estas aporías casi sin salida, a estas verdaderas *Spaltung* institucionales y discursivas del quehacer psicoanalítico, el Pase se alza como lo que introduce una cierta lógica del estallido a la situación sin salida que lo institucional y el propio deseo del analista plantean como obstáculo.

El Pase viene entonces a aportar una solución.

¿Pero de que tipo?

## VIII

¿De qué tipo entonces, es la articulación que produce el Pase, para extraer al discurso psicoanalítico de la aporía entre saber y verdad?

Respuesta:

De lo que da cuenta de lo no calculable de la operación analítica.

El pasante es el objeto "a" segregado por la Escuela, lo ectópico de ella misma.

Como afirmé en Caracas, con motivo del *VIIe. Rencontre Internationale du Champ Freudien*, el objeto "a" adviene al mundo, tiene la posibilidad de ser pensado por Jacques Lacan, como resultado del real de malestar no calculado que ha engendrado el discurso de la ciencia.

Al final de un verdadero análisis didáctico, el pasante se alza sabiamente como lo no esperable en la operación y de allí su posibilidad de enunciar algo imposible desde el lugar del analista.

Un decir, que persigue una contracorriente discursiva y que, por tanto, como Pase se halla en el filo del malestar para la Escuela psicoanalítica.

Así al final de un análisis el analista y su Escuela advienen al lugar del científico y el analizante al del psicoanalista.

Retomemos las cosas desde escalones más abajo.

Hay en los actuales dispositivos del Pase un furor *curandis*, tuve ocasión de comprobarlo en el citado evento de Caracas en los comentarios de algunos colegas francófonos participantes en dispositivos de Pase.

La exigencia de las disoluciones del lado del síntoma o del lado del fantasma no siempre es totalmente posible -no creo, ante todo lo que venimos exponiendo, que el resultado de un pasante sea medible por el lado de la cura sino más bien por el costado del decir del inconsciente. Lo último, un buen decir de la estructura inconsciente de la humanidad, implica necesariamente una cura, en los términos del psicoanálisis y no en los términos de la psicología del yo.

Es de hacer notar, que los lacanianos tienen una cierta tendencia a despreciar en las palabras lo yoico para luego aferrarse a ello con todas sus fuerzas en los hechos. Distancia inevitable entre el decir y el hacer de la que la canalla lacaniana no es ajena.

Entendidas, así las cosas, el Pase es un dispositivo que debe articularse al servicio del discurso al que sirve más que al servicio de un reconocimiento del sujeto.

Es en esta medida, que puede ser pensable un Pase a la entrada, como nos lo expuso Jacques-Alain Miller -nuestra simpática tortuga- en la pregunta de Madrid, antes de haber concluido una cura.

¿Pero una vez finalizada ésta como pensar la salida?

En la misma medida de las cosas:

*En una dimensión pública del Pase por fuera de lo obscuro y en lo cual este escrito es ejemplo.*

Se trata de qué tipo de articulación podemos pensar para que lo ectópico del pasante produzca el Pase de la Escuela. En definitiva, el Pase del psicoanálisis al dar cuenta de la ciencia.

El psicoanálisis inscrito de una vez por todas como respuesta del discurso científico en el filo del malestar que sus saberes entrañan.

De allí, esta dimensión pública de los fines de análisis en este registro de lo escrito, como intento de respuesta al malestar que la sociedad de consumo produce al estar sustentada en el discurso de la ciencia. Respuesta pública y escrita en lo particular de los malestares puestos en juego en cada uno de los análisis.

Aquí una vez más la literatura se nos ha adelantado, verbigracia, con un Pierre Rey que en "Una temporada con Lacan" nos pone a *cielo abierto* -para quien sepa escucharlo en la lectura- lo esencial del recorrido de su particular análisis en el quiebro de las generaciones con relación a su padre.

*Pater semper incertus est*, que a veces la pasión maternal eleva a lo real mismo del discurso.

Ejemplo que nos ilustra, que no es necesario comentar la historia familiar edípica, es decir, la neurótica novela, para efectuar un Pase, cuando hay realmente un final de análisis que ha producido un verdadero proceso de reducción mental.

Yo estoy aquí, frente a este discurso tan solo como siempre, en lo real de mi síntoma y puedo asegurar que en estos textos he relatado lo más íntimo de mi historia personal para aquellos que sepan realmente escuchar más allá de las novelas.

Pero esto no es nuevo, los tan vapuleados post-freudianos en más de una ocasión no tuvieron pelos en la lengua para dar cuenta de los avatares de sus análisis.

Pero en el Pase sabemos que hay otro tipo de exigencia, que las expresadas en los anteriores ejemplos, una exigencia de un saber hacer más allá del síntoma.

## IX

También hay un furor *sabiendis*. Confundir la ética del buen decir, por decir algo más que lo dicho por Freud o por Lacan, es una exigencia al servicio de obturar lo inconsciente.

Exigencia que puede visualizarse muy bien en los orígenes del psicoanálisis; en los post-freudianos.

No se trata, me parece, en el dispositivo del Pase de arrojar un algo más desde la zona oscura -como comenta el propio Jacques Lacan en la humildad de su genio- se trataría más bien de certificar que el propio discurso analítico es demostrable, desde el testimonio que pueda darse de un análisis.

Que se pueda responder a la ciencia, al malestar que ella genera, con la irrupción de los reales creados en la lógica del discurso capitalista.

Se trata, me parece, de una demostración, palpable -a la usanza de la comprobación científica de un Gregor Mendel o un Claude Bernard- de poner en acto la validez del discurso freudiano-lacanian.

Hay un furor *sabiendis* pudoroso en el Pase; en secreto se reúnen pasante y pasadores, certifican con mejor o peor fortuna para el pasante la cuestión y se van a casa a pensar lo que no está curado o a silenciar lo que de sabido pudo ser transmitido.

También están los que reniegan de los dispositivos e impudicamente sintomatizan una reacción contrafóbica al Pase mismo exhibiendo un saber que pareciera creerse que traen por ser simplemente más cultos, inteligentes y listos. Son los que

confunden la no-existencia del Otro con la libertad. Se creen originales. Hacen ostentación de semblante. Miren señores y señoras como entro en el pueblo con mi carromato pregonando "Los Escritos", que gran saber mémico exhibo y luego por la trastienda que pasen los hipnotizados. Promiscuidad a la que el discurso analítico nunca fue del todo ajeno.

Creo que el psicoanálisis reclama otro tipo de quehacer que estas conniventes prácticas, ya sean institucionales o individuales.

Sabemos que, frente a toda esta porquería, a la que se quiere arrastrar el discurso del psicoanálisis, el Pase se alza como lo que da cuenta de un saber hacer con el objeto "a" en el discurso a la letra.

Si en el fin de análisis está un nuevo amor al padre por fuera de lo peor, en el Pase está en juego el saber arreglárselas con la fraternidad, la transferencia negativa de la segregación de los envidiosos hermanos.

Ante tanta inmundicia qué mejor saber hacer con la negatividad que lo público de la letra impresa y que haya suerte. Sujetarse al azar de lo público.

Un saber hacer con lo que de la estructura misma segrega al sujeto. Saber hacer con el discurso analítico, el único en este mundo que agrega, suma goce, en lugar de segregacionarlo. En definitiva el único discurso por fuera del racismo.

Frente a furores *cuarandis* y *sabiendis* antepone la ética de la posición del sujeto frente al discurso.

El 10 de abril de 1973 después de entregar en su charla anterior las fórmulas de la sexuación, Lacan comenta:

"...Bastaría con que se levantase una mano para que yo, por decir así, le diese la palabra." "Veo que no es así, de modo que tengo que continuar..."

Después de más de dos décadas ¿no habrá llegado la hora de que algunas manos se levanten?

¿O es que no habrá algunos más en cierto funcionamiento?

### Reverso

En cierto funcionamiento han estado indudablemente el padre del psicoanálisis y quien rescato su discurso del oscurantismo, Jacques Lacan.

¿No se puede decir que el análisis personal del segundo y menos aún del primero, sean los ejes centrales de sus producciones discursivas?

¿Podrá el psicoanálisis ser algún día algo más?

Seguramente, no será otra cosa que lo que ya es, el género de una época, que conecta con el inconsciente de su tiempo.

(1) Con el nombre, Decreto de Canope se conoce la estela descubierta en 1866 en las ruinas de San, monumento epigráfico de gran valor por haber servido para completar la clave que Champollion había encontrado en la piedra de Roseta y que sirve para descifrar las escrituras egipcias. La estela de San es un decreto dado por Tolomeo III, Evergetes I, a la ciudad de *Kanopos*, prescribiendo que se rindan honores a él, a su esposa y una hija de ambos, que había muerto; está escrita en griego y tiene su correspondiente traducción en caracteres jeroglíficos y en lengua demótica. Allí consta la reforma introducida en el calendario, intercalando un día

en el año para sostener la salida de Sotis en el día primero de Payni y fijar el año en la posición que ocupaba en aquella fecha. El texto reza lo siguiente:

"...Para que las estaciones se sucedan según una regla absoluta y conforme al orden del mundo, y para que no suceda que los rituales de fiestas celebradas en invierno caigan en verano a consecuencia de la alteración de un día cada cuatro años en la salida del astro Sotis, ni que otros rituales de las fiestas celebradas en verano caigan más tarde en invierno, como ya se ha visto y como acaba de suceder, de hoy en adelante, en el año que transcurra compuesto de 360 días, más los cinco días adicionales, se intercalará cada cuatro años, entre los cinco días *epagómenos* y el nuevo, un día consagrado a la fiesta de los dioses Emergentes."

(2) Eneas, etimológicamente deviene de penoso. Por otra parte, sobre su falsearea infertilidad mitológica hablaremos de ello en la nota (1) de la página 91.

(3) Desde el siglo II antes de J.C, Hiparco permite establecer la posición de los astros sobre la esfera celeste de forma totalmente independiente de la rotación de la tierra. Este concepto establece el tiempo sideral diferente al solar. En efecto el día sidéreo es más breve que el solar en cuatro minutos aproximadamente. Esto por supuesto no altera las coordenadas de los solsticios en lo que se asienta la lógica temporal cristiana, devenida del politeísmo egipcio, donde los muertos resucitaran en cuerpo y alma.

No hay, por tanto, coordenadas matemáticas que fijen un mes como primero de una serie y si alguno hubiese desde una lógica del sentido astronómico debiera corresponder algún solsticio.

Por otra parte, al nacimiento de Jesús siguió inmediatamente la adoración de los pastores, y ocho días después la circuncisión. No así la adoración de los Magos, que fue bastante posterior a la presentación de Jesús niño en el Templo a los cuarenta días de su nacimiento. A la adoración de los Magos siguió inmediatamente la huida de la Sagrada Familia a Egipto y la matanza de los niños inocentes. Otra versión desde la tradición judía, habla de dos años desde nacimiento de Jesús al genocidio de dichos infantes. Según, otra tradición no despreciable, conservada en los Evangelios apócrifos, la Sagrada Familia se refugió en Matarieh, cerca de El Cairo. El número de los niños matados por Herodes difícilmente pasaría los cincuenta. Por otra parte, en el tono rápido de la narración de San Mateo parece que la vuelta de la Sagrada Familia desde Egipto no debió de ser muy posterior a la muerte de Herodes.

\* Trabajo expuesto en las Primeras Jornadas de la E.E.P -*Catalunya, Lligams i solituds*. Barcelona 28 y 29 de mayo, 1994.

## Quinta Parte

### I

La imbricación del sujeto de supuesto saber en el dispositivo analítico, como objeto "a", conlleva a pensar el concepto de transferencia en unos límites específicos.

Al principio de todo está la transferencia y se puede decir que ya hay una forma "natural" de ésta en los antecedentes de la demanda de cura. Por tanto, en la entrada de análisis y en las entrevistas preliminares, de lo que se tratará es de tornarla operable para que advenga en discurso psicoanalítico.

Esta es la histerificación del paciente.

Lograr esto no es tan problemático.

El dispositivo analítico, como tal, funciona. Es decir, que por sí mismo, con la sola actitud moderada del terapeuta producirá un trabajo de sugestión, sujeción trasferencial y concomitantemente la cristalización sintomática del sujeto de supuesto saber en la figura del médico o psicólogo; etc.

La propia mecánica del encuadre psicoanalítico, tal como lo estableciera Freud, produce en la mayor parte de los casos, en el demandante, la significación de un psicoanalista en posición de saber:

$$\frac{\$}{S2}$$

Esta fracción del algoritmo es imposible y trataremos de demostrarlo.

El matema enunciado produciría una correspondencia entre el falo como tal con relación al objeto pequeño "a", lo que implicaría una gran desviación de la articulación que Jacques Lacan pretende demostrarnos en sus cuatro discursos.

El falo y el objeto "a" no se articulan en la misma fracción en la lógica destrógrica y levógrica de los discursos.

Son dos conceptos de muy diferente naturaleza.

Por ello, en la clínica psicoanalítica lo que sucede con demasiada frecuencia, al darse los productos de histerificación que el propio dispositivo produce, es que en lugar del significante de saber con relación al sujeto -cuestión imposible como demostraremos de manera detallada- aparezca el significante amo:

$$S1 \dots \text{Saber}$$
$$\frac{\text{---}}{\$}$$

La histerificación reclama su amo con el que revertir el propio proceso de división subjetiva y aplacar estos efectos con la obsesionalidad que el significante uno, en la posición del analista, produce.

De lo que se trata entonces, no es tanto de la irrupción del sujeto de supuesto saber, atribuido en la escena analítica como producto de la histerificación del paciente, por efecto mismo de la estructura del dispositivo freudiano, sino de que el analista no ocupe ese lugar en el algoritmo que lo articularía de una manera directa al significante fálico.

Esto sólo es lográble por un único camino dado que, precisamente, en la lógica de los discursos no cualquier combinatoria es posible.

De allí, que al psicoanalista en su quehacer no le sea difícil, en tanto sujeto, ocupar un lugar de saber frente a su paciente. Pero si quiere desalojarse de ser el amo de la situación sólo le es posible barrándose como sujeto.

Pues como sujeto de yo coherente no le es posible resituarse por fuera del significante maestro o del saber magistral, aún si se articula al objeto "a" sin abandonar su ser de supuesto saber.

Sólo hay un camino en la lógica de los discursos que nos brinda Jacques Lacan, destituirse como sujeto e irrumpir en términos de puro objeto "a" pequeña para el deseo del analizante.

## II

Para producir discurso analítico es necesario efectuar una inversión, apuntar a un cierto reverso, del propio dispositivo analítico freudiano.

Frente al "no sé..."(I) del paciente, "no sé que me ocurre...", el analista debe dar una respuesta que revierta esa posición del que efectúa la demanda.

Pero tal reversión no puede ser de cualquier manera, debe poseer unos pasos precisos en el tratamiento del concepto de la transferencia.

El sujeto histerificado y atribuyendo un saber supuesto al sujeto de su demanda debe encontrar un reverso, muy específico, en el otro, y el "no sé..." inscribirse como saber en el corte temporal de su discurso.

Este proceso produce una retroacción discursiva, si es logrado, que remite al entrevistado para el inicio de un psicoanálisis a aparecer del lado del analista, como saber supuesto en el semblante de un objeto de deseo que le ha sostenido el corte de su discurso e irrumpiendo dicho saber supuesto en saber verdadero desde su propia boca.

El analizante aparecerá así del lado del analista, de saber supuesto a la certeza de saber, quedando el psicoanalista destituido como sujeto en un semblante de un objeto de deseo. Lugar en definitiva de la estructura del discurso analítico.

Así el sujeto de supuesto saber, en la operación del acto analítico, girará siempre en la otra faz del "no sé..." con que se presenta en el mensaje invertido del Otro.

Un "no sé..." que irrumpiendo en oposición al objeto agálmico que el analista representa, éste le tornará en su reverso; ocupando finalmente ese "no sé..." el lugar opuesto al que tenía en su enunciación, un "no sé..." que termina siendo él mismo la joya valiosa. Objeto "a" pequeña de nuevo del lado del analizante cerrando el circuito lógico que acabamos de describir y donde el proceso vuelve a recomenzar para terciar nuevamente los términos.

En definitiva, el analista en un buen quehacer mostrará la denegación implícita que hay en ese "no sé que me ocurre..."

Donde está un "no sé..." debe advenir un sujeto que finalmente sabe sin creer que sabía.

Operación socrática, donde al esclavo se le revela una sabiduría interior que el mismo desconocía poseer.

## III

Recordemos un poco la historia del concepto de transferencia.

Sigmund Freud desarrolla el dispositivo analítico, en tres momentos:

*Hipnotismo, coacción asociativa y atención flotante.*

Es de hacer notar, que son virajes no sólo de perfeccionamiento del método analítico, hasta inventar el dispositivo tal como lo conocemos hoy día, sino respuestas que Freud mismo creaba ante las dificultades "resistenciales" que iba encontrando en su labor legada de Josep Breuer.

Es decir, respuestas frente a la permanente obturación de lo inconsciente.

De este cierre del inconsciente, también se habló ya muy prematuramente en los albores del psicoanálisis; todos sus discípulos tenían francamente problemas al

respecto y no dejaban de tratar de encontrar soluciones desde la técnica activa "ferenciana" hasta los ejercicios reischianos".

Sin embargo, la técnica lacaniana pareciera retomar la serie hipnótica, coercitiva y asociativa acentuando especialmente las dos últimas vertientes.

Primero histerifica, sugestiona un poco, para acto seguido introducir el diván, la asociación libre y la atención flotante en términos de coacción asociativa al proponer el tiempo libre de sesión.

Sin embargo, a la asociación libre, ya antes de esta reinención de Jacques Lacan, cuando Freud la dejaba funcionar en largas sesiones, la transferencia -es decir, los afectos más elementales de amor y odio hacia la persona del analista- se alzaba como obstáculo en la cura, es lo que producía el cierre del inconsciente. Lo que interrumpía el trabajo de la asociación libre.

Aparece así, como este concepto tardío en la constitución del dispositivo analítico, se le deberá transformar por medio del acto analítico en otra cosa que sortee esta resistencia al trabajo.

Surge, de esta manera, el concepto de neurosis de transferencia, que supone una reubicación de estos afectos del analizante, los *Affekibetrag*.

El producir una neurosis de transferencia revierte el obstáculo en herramienta.

Es el cuarto momento de construcción freudiana del dispositivo psicoanalítico.

Pero si en los tres anteriores, hipnotismo, coacción asociativa y atención flotante eran perfeccionamientos de lo anterior, este cuarto paso, la neurosis de transferencia, ya implica una retroacción discursiva misma de discurso ante la emergencia de los propios síntomas pasionales que los anteriores despertaron. Síntomas al servicio de obturar lo inconsciente.

Con este cuarto momento, la transferencia pasa a implicar paradójicamente, de barrera de acceso al saber inconsciente al remedio en la cura.

La demanda de análisis debía revertir la neurosis del paciente, comenzando a producir una nueva neurosis, reedición enmascarada de la antigua y en donde si suprimíamos a ésta última disolvíamos simultáneamente a la primera.

Forma privilegiada de conexión rememorativa entre presente y pasado.

La neurosis de transferencia por rememoración restituía freudianamente la línea asociativa que la transferencia pretendía obturar.

Pero esto finalmente tampoco terminó de andar del todo bien y definitivamente el inconsciente se obturó de la manera más procrastina.

"...Ahora después del análisis, me sigue pasando lo mismo, aunque ya sé por que me ocurre."

Típico chiste de los pasillos analíticos de los años 50 y 60.

Jacques Lacan designa a esa operación, de la transferencia y su reedición en la cura, en otros términos y dona otra forma de articulación técnica a la neurosis de transferencia para vencer la resistencia inconsciente.

Lacan nombra a ese operador, de la neurosis trasfereencial, como el lugar del significante amo hacia el cual converge la neurosis reproducida en un análisis.

Es el reencuentro con ese significante fijado por la repetición -a su vez desconectada de las múltiples formas trasfereenciales en que tal cuestión logra una expresión- donde se halla, según él, el corazón de la experiencia analítica.

Reencuentro de una extrañeza radical por la cual el significante gira sobre sí mismo ante la ausencia del Otro mostrándose irreductible a sí mismo.

Pero arribar a esta absoluta ausencia del Otro, sostenedor de ningún significante, es decir, llegar a este encuentro con el puro significante que constituye al sujeto,



sólo es posible si en la escena analítica se pone en juego el semblante como estrategia del analista en la dirección de la cura.

Así observamos como Lacan incorporó a los cuatro momentos del dispositivo freudiano dos vectores más desde donde abordar la obturación propia del inconsciente.

Primero, tiempo libre y a ser posible breve. Segundo, travestismo en el lugar del analista para dar adecuado tratamiento a la demanda del analizante.

Es desde este lugar que el retorno del saber sobre el significante amo quedaría desconectado en la medida que la operación de disfrazamiento en el ámbito de los semblantes, efectivamente lleva al sujeto a ese lugar de extrañeza irreductible que supone la disolución de la neurosis de transferencia.

Es decir, con la confrontación de que no hay Otro del significante.

Radical ausencia de un otro que represente al Otro de la lengua.

En otras palabras, imposibilidad de travestimiento alguno en el interjuego de semblantes que sostengan la idea que hay un otro de la demanda posible de respuesta:

$$S(A/)\dots\$\langle D$$

Surgiría así el sin sentido, producto de todo atravesamiento fantasmático, o la reacomodación del sujeto atravesado por el fantasma que lo constituye. Por tanto, Lacan propone sortear la obturación del inconsciente en la dirección de la cura psicoanalítica marcando el absurdo por la senda del sentido. Es decir, desde el semblante en la transferencia, para arribar a su falta, en lo real de la ausencia de sujeto con relación a un Otro de la palabra.

Abolición última de todo saber, de toda posibilidad de un Otro del saber, cuando al final el semblante mostrará su vaciamiento.

De allí que el analista de primera hora deba huir de-su-puesto en el supuesto saber y alojarse en el lugar del objeto "a".

Huida del supuesto saber, ante un saber verdadero del vacío.

Al final de un análisis lo que queda son los únicos saberes posibles, saber que no hay saber frente a lo real de La Cosa, de lo real del agujero de la falta, y saber del saber hacer para llegar hasta ello:

*Hasta el Ello del saber pulsional.*

#### IV

La demanda de análisis siempre tomará la deriva que le es pertinente, es decir, resguardar el encuentro con la falta del Otro.

Con la falta que, como vimos, se presenta en que no hay Otro de la lengua o lo que es lo mismo que no hay significante del Otro.

Que todo significante es ordenado exclusivamente por otro significante, cuya articulación última no es mas que un puro significante. El falo, significante de la ausencia de Otro del significante.

Por tanto, el sujeto de supuesto saber es una línea de la significación, significancia del significante, meta de la demanda y, por tanto, aquello que obtura el quehacer analítico en la medida que imprime el semblante de significación de un otro de saber, de un Otro que posee el significante de la producción de la significación.

No se tratará de la instauración y mantenimiento del sujeto del supuesto saber en el discurso analítico, sino de que éste, el saber, tome la deriva opuesta a la demanda.

El matema del acto analítico, sabemos que se representa como, objeto "a" con la barra y por debajo menos fi:

$$\frac{a}{-j}$$

Esto es presentado así por Lacan, en tanto que allí el falo toma valor imaginario. Es decir, su estatuto simbólico y real, los que realmente ordenan los términos, se alojan por fuera de esta fracción algorítmica.

Más aún, no comparten la misma fracción de la fórmula.

Allí menos fi, es el semblante insostenible de saber del analista, que como efecto de significación de su posición de objeto en el discurso psicoanalítico, está condenado a desaparecer; a mostrar su vaciamiento.

En una palabra, acto analítico y discurso psicoanalítico se polarizan al ser el segundo consecuencia retroactiva del primero. Esto mismo es un tope destinado a ser destituido y, por tanto, el analista no debe abusar de su acto.

El acto analítico, no debe tener en la dirección de la cura un uso abusivo, pues su parquedad, el manejo avaricioso en no recurrir a él en demasía, permite remitir al analizante a un tope que evite que dicho paciente se recree en el supuesto saber de su analista.

Así, abuso del semblante en la dirección de la transferencia y por ende de la cura, uso austero del acto analítico.

Acto analítico que, en el final, deberá encontrar su destitución por parte del analizante.

Insistiremos en lo dicho, toda demanda de análisis derivará siempre en un sentido preciso cuando su permanencia se sostiene en el quehacer clínico, resguardar a toda costa la posibilidad del encuentro con la falta en el otro.

De allí que no pueda pensarse ninguna entrada en psicoanálisis desde el lugar de la demanda y de su correlato el sujeto de supuesto saber, por un lado, constituyente del dispositivo, pero a la vez obturante del inconsciente. Sí, por un lado, este saber supuesto precipita un orden transferencial en la constitución de la serie asociativa, por otro, no es menos cierto que tal situación conlleva el orden de una identificación al saber del analista.

Aquí entonces, en esta identificación al analista, lo obturado del inconsciente, lo que no permite una auténtica política de Pase. Política de restaurar el filo cortante de la verdad, en el psicoanálisis.

La identificación al analista, por abuso del acto analítico, consolida la cara obturante de la transferencia para que no irrumpa el saber inconsciente del analizante.

Pero aparte del no-abuso del acto analítico, se necesitará, en las contadas ocasiones de sus irrupciones en la dirección de la cura, que extraiga al análisis de una manera radical del discurso del amo. Discurso, éste último, que se implica en la permanencia de la histerificación en la transferencia por el interjuego de los semblantes del analista.

En una palabra, hará falta algo en el acto analítico que substraiga al análisis del discurso del amo que tal situación implica como tendencia.

Donde el significante amo sobre el sujeto implica al falo como el agente y al sujeto como la verdad, principal determinación imaginaria por efecto de lo simbólico de un otro amo del significante.

No se tratará entonces, en las entrevistas preliminares y en el decurso posterior de un tratamiento, de la instauración y mantenimiento del sujeto de supuesto saber, sino de que éste se articule a una transferencia que tome la deriva opuesta a la demanda; que se de lugar artificialmente a una frustración en la meta del pedido a nivel del semblante; es decir, que surja una neurosis de transferencia lacaniana. Una neurosis en donde se transfiera la imposibilidad de que se atienda a la demanda de saber en el otro.

Resumiendo, el acto analítico deberá remitir siempre, en su límite más ideal, a un tope que evite que el analizante se recree en el posible saber de su analista.

Jacques-Alain Miller, en su presentación del C.S.T, en el *Ile. Rencontre Internationale du Champ Freudien* de 1982 en París, nos señalaba aproximadamente:

“...Que la particularidad de la clínica se disuelve por su relación con la transferencia, encontrándonos con el tipismo generalizante de un sujeto de supuesto saber. Momento inaugural de *cuasi* pase, pues se determina retroactivamente en el paso inicial del analizante, que supone una entrada con un daño fantasmático a la significación de la experiencia, en la medida de la caída del síntoma en el sin sentido por su acoplamiento al sujeto de supuesto saber. Cuestión que ocurre a la entrada de un análisis en contraposición al atravesamiento del fantasma que ocurre al final.”

Se visualiza entonces, como lo que puede ser efectivo en un inicio, para ubicar en el sin sentido el síntoma por su acoplamiento con el sujeto de supuesto saber, es absolutamente inoperante y contrapuesto al final donde lo que está en juego es el atravesamiento fantasmático.

Fantasma del que sólo se podrá desbrozar su sencilla lógica, en el momento de conclusión de todos los encuentros fallidos con el objeto "a", producto del interjuego de los semblantes, más allá de todo sujeto de supuesto saber.

Dubitación del semblante, inoperancia del mismo para sostener el viejo goce y donde emergerá el acto analítico por excelencia como saber del vaciamiento.

Frente a esto entonces, cabría preguntarse cuál sería el punto de presión, el lugar de insistencia e incidencia sobre el cual el acto analítico debiera dirigirse para permitir efectivamente que este acoplamiento metafórico, entre síntoma y transferencia se establezca en la vía del mantenimiento del discurso psicoanalítico. En una palabra, en los términos de una neurosis de transferencia lacaniana.

Vía, en definitiva, que no entronice una transferencia obturante de la falta, por el saber que el otro posee, sino que por el contrario, permita cierta dubitación sobre el saber que a ese otro se le adjudica.

## V

La interpretación en psicoanálisis debe crear necesariamente una interrogación histerificante sobre las diferencias y las posesiones del saber del analista.

Establecimiento de un tope al goce del síntoma que no sólo lo trae, sino del que artificialmente se reproduce en el transcurso de la cura. La intervención “semblántica” del analista debe permanentemente tratar de abrir el camino del gozar de otra manera, de un gozar del buen decir y del buen asociar, que tendría que ver con disparar las posibilidades sublimatorias del analizante y cuyos

resultados de cura, como es evidente, ya no dependerían de nuestra labor de prácticos exclusivamente.

Todo esto no es más que el trazado que, en definitiva, no entronice la obturación de la falta en el otro y que remita a una cierta dubitación sobre el saber que se le supone.

Sin esto, no es posible el ejercicio serio de la clínica psicoanalítica.

Nos comenta Freud:

"...Lo deseable es que el paciente conserve cierto margen de superioridad, gracias al cual la realidad de lo que se reproduce se reconocerá como un reflejo, como la aparición en el espejo, de un pasado olvidado."

Lo escondido debajo del "no sé de mis padecimientos..." es el saber resistencial de que la sabiduría debe hallarse en otro como estratagema neurótica de evitar la falta.

Lo oculto del "no sé..." no es en definitiva otra cosa que desde donde recapitular el pecado original.

Pecado de un saber introyectado y en donde se halla el misterio del amor.

Pues el amor es eso, amar al otro del saber, al otro que nos otorgará el conocimiento frente a nuestros equívocos que nos sumergen en el padecimiento.

El amor al otro con saber, que nos rescate de nuestra carga de goce.

Amor que no tiene, por tanto, nada que ver con el goce.

Es precisamente de ese saber hacer frente al amor donde encontramos el saber efectivo que debe poseer todo analista en su práctica.

Un conocimiento sobre los engaños y pecados del amor.

El saber del diablo.

Saber travestirse y no abusar de los actos, ni de la palabra.

## VI

Por todo lo expuesto se ve que el supuesto saber atribuido, por fuera y por dentro de un análisis, tiene un valor agálmico -de joya valiosa.

Objeto escondido y por lo que, como inexplicablemente, para el amante se lo quiere desde el "no sé..." de él mismo hacia en el sujeto amado. Amándolo profundamente, en lo más escondido de él.

Adentro de él mismo y el otro.

Mutilación amorosa en términos lacanianos.

*"...Yo te amo.*

*Pero, porque inexplicablemente*

*amo en ti algo*

*más que a ti -*

*el objeto a minúscula +*

*Yo te mutilo."*

La falta en lo real, toma en la cadena significante, la significación de la falta de saber.

En su reverso, por tanto, el sujeto "sobrevalorizado" por la atribución agalmática. Resto de la constitución del sujeto mismo, objeto "a" minúscula.

El sujeto de supuesto saber es un semblante privilegiado de la significancia del objeto "a" en su registro imaginario, al mismo tiempo por tal cuestión sólo podrá

pensárselo como la línea de una insignificancia -insignificancia de significación- que es la respuesta en último término de lo real.

La dignificación, por el costado de tal insignificancia de significación, deviene siempre en exhibición.

El sujeto dignificado, por tal camino, podrá arribar muy fácilmente a su desmontaje en la irrupción del pudor -caída de la idealización en el objeto degradado, el resto "a" minúscula.

El pudor, resultado de la mutilación del amor.

Pues el pudor no es más que el resultado de todo exhibicionismo.

De todo regodeo del amado de su lugar producido por su amante.

Es en los términos inversos, de la parada narcisística del amante, que debe ser pensado el Pase al final de un nuevo amor. Y, de todo acto analítico en la estrategia de la dirección de la cura.

Regodeo en la táctica del semblante, reverso para las contadas ocasiones del acto analítico donde la estrategia asoma su cara.

El pudor, la bajada de la mirada del lado del analista, no es el fin del análisis sino el resultado de la parada narcisística del supuesto saber atribuido desde su analizante.

Posición transferencial que hay que evitar, en la medida que ese es uno de los saberes que deben exigirse en la formación de analistas.

Un saber sobre la *Versagung*.

Saber que puede ser evaluado en una dimensión pública del Pase.

Atravesamiento del pudor en el sostenimiento de la mirada frente al mundo.

En el "Banquete" de Platón, Sócrates es la envoltura de la ágalmá y es lo que manifiesta Alcibíades al dar cuenta de su deseo por él. Alcibíades da cuenta allí, que en la medida que haya reciprocidad tendrá el objeto "a" de su deseo, el conocimiento socrático a su merced.

Pero es justamente el haber fracasado en esta empresa, al persistir Sócrates en su *Versagung*, manifestando en no ser objeto digno de nadie, que quien se cubre de pudor es Alcibíades.

*Versagung* igual a rehusar.

Rehusar que el sujeto de supuesto saber pueda ocupar el lugar de ser supuesto en el deseo.

Es en el Pase donde el saber debe exhibir su puesto, atravesando los demonios del pudor.

La clínica analítica en el reverso del Pase, pero manteniendo la misma dimensión de ese acto.

Oposición, en la transmisión pública del psicoanálisis en una política de Pase con relación a la clínica particular del uno por uno, pero en el mantenimiento de la misma dimensión que posee tanto el Pase como el acto analítico.

Quehacer clínico en el reverso del Pase, donde el sujeto de supuesto saber pueda ocupar el lugar de puro deseante. Abstraerse, escamotearse el mismo en relación con el otro de cualquier suposición de ser deseable por el saber que se le supone. Sólo ser deseable por el verdadero saber que transmita.

Destitución permanente de su posición de entregar conocimiento.

En definitiva, destitución narcisística del analista en su función atribuida en la demanda de análisis. Pero manteniéndose en la misma articulación de base como verdad más allá de los efectos de sentido. Es decir, introducción de lo paradójico de la significancia en el contexto de la misma verdad del objeto "a".

Ejemplo. Recordemos, verbigracia, una frase de Jacques Lacan: "...el analista cura menos por lo que dice y por lo que hace, que por lo que Es." Comentario citado de la *Psychanalyse d'aujourd'hui* por Lacan sobre uno de los artículos que a modo de una ácida crítica subraya en "La dirección de la cura". El párrafo citado ejemplifica, supuestamente, una forma nefasta de pensar las articulaciones del tratamiento psicoanalítico, y nos parece que merece, sin embargo, una respuesta precisa que nos muestre la verdad de su reverso. Es decir, intentaremos producir un sentido opuesto manteniéndonos en la misma articulación con relación a lo real de la verdad. Es hora de contraponer el orden de razones de una "*reeducción emocional*" basada en una identificación al psicoanalista versus la buena manera de pensar la dirección de la cura basada en un nuevo posicionamiento en el goce por parte del analizante al final de su psicoanálisis. Es decir, poder sostener un sentido opuesto, paradójico, con relación al supuesto saber de su analista o su maestro, pero manteniendo la misma articulación al nudo donde se gesta la verdad de la pulsión. Debemos reflexionar como el decir influye en aquello que "es" por excelencia, el goce; y como aquello que "es", una determinada manera de gozar influye sobre la posibilidad de interpretar. Hay una real paradoja en la irónica frase que extrajimos de los Escritos de Jacques Lacan, pues si bien es cierto que el psicoanalista no cura por lo que él "es", es indudable que la propia mecánica del dispositivo ya ejerce de primera hora unos ciertos resultados de cura por lo que "es". Muchas veces comprobamos como el propio desenvolvimiento de la transferencia, al ponerse en marcha unas entrevistas preliminares, tiene por sí mismo efectos terapéuticos. Sabemos que esto no es suficiente y que el decir del analista no será indiferente a la dirección de la cura, al logro a largo alcance de este objetivo, más allá de circunstanciales "pacificamientos" del sufrimiento sintomático. Pero no es menos cierto, que la propia posición gozante del analista en el dispositivo no es ajena a los efectos del desarrollo de una cura. Como el goce que por si mismo produce el dispositivo analítico funciona de manera benéfica en la reducción sufrida de los síntomas. Esto es tan elemental, que muchas veces, muchos psicoanálisis se abortan más por lo que el analista no pudo transmitir desde su posición de goce que por lo que pudo haber enunciado. Es decir, que muchos análisis se interrumpen por lo que no se pudo interpretar más que por lo dicho. Pero, no sólo se trata de expresar lo correcto, de darse cuenta de qué decir, sino de enunciarlo en el tiempo de goce oportuno. No es menos cierto, por otro lado, que frente a determinados momentos cruciales en una cura el decir oportuno del analista sólo se garantiza si éste logra permanecer en una determinada posición gozante. Por todo lo expuesto se deduce que la formación del analista en su análisis didáctico es un problema capital, pues sólo un determinado cercamiento de su goce puede garantizar su correcto hacer y expresar. Desde unas determinadas posiciones gozantes, por otro lado, se pueden escuchar únicamente ciertas cosas. Invirtiendo el sentido inicial de la ironía lacaniana podríamos afirmar que el analista en verdad no cura tanto por lo que dice y hace sino por lo que "es" en tanto goce, dado que sólo éste podrá garantizar un cierto decir y un determinado hacer en el momento oportuno.

Así el Dispositivo del Pase no sólo debe corroborar un determinado buen decir, una precisa forma de producción y de elaboración teórica, sino, una específica destitución en los goces iniciales del psicoanalista como analizante. Para decirlo todo, el Pase debe ser la garantía de certificar una real diferencia en el gozar al final del análisis.

Por todo ello el simple decir, o la posibilidad de producción teórica despejada al final de un psicoanálisis no es suficiente por sí misma.

La posición del psicoanalista no sólo se garantiza por la novedosa dimensión pública de su decir, exclusivamente, sino que la localización de la cura en su goce en el Dispositivo del Pase es esencial.

Sólo la certificación innovadora en el gozar del sujeto es condición sine qua non.

Pero por otro lado, y he aquí la paradoja, este cambio de goce en el final del análisis se observa a simple vista en el lazo social, por fuera del dispositivo de Pase.

Es decir, se observa sin más, cómo la pulsión se articula en un quehacer verdadero donde el sujeto a dejado de gozar de su síntoma para gozar de su inconsciente. Y esto es públicamente notorio sin una gran dificultad.

Tal vez la dificultad resida en la propia institución psicoanalítica de poder engendrar una escucha entre el funcionamiento de sus miembros para reconocer tales cuestiones y de allí la necesidad del Pase como dispositivo inscrito en el automatón institucional.

Diferencia de goce que pueda dar una real garantía en el hacer clínico, en la medida que esta nueva traza pulsional permite un nuevo escuchar, un flamante decir y un fresco hacer en los momentos clínicamente oportunos.

Se trata, por tanto, de cercar al goce en lo que tiene de interpretación al final de la cura.

Esto es públicamente visible.

Solamente desde un determinado "ser de goce" se puede apuntar a lo esencial de la Spaltung del sujeto en el quehacer psicoanalítico de la interpretación.

Y solamente esta introducción paradójica del sentido en el contexto de una misma verdad da cuenta del fin de un análisis en la destitución del psicoanalista como sujeto de supuesto saber. Pero manteniéndose en la misma articulación de goce que se supone nunca complemento al gozar del síntoma del analizante, y que un Pase Público en la Dimensión de lo Escrito da cuenta en lo que supone como acto. Destitución del Sujeto de Supuesto Saber al final de la cura en lo que tiene como sentido, pero no en lo que conlleva como verdad de goce. Es lo que pretendimos ejemplificar en nuestro paradójico "Ejemplo" de la ácida cita de Jacques Lacan.

Es precisamente esta dimensión pública, de lo paradójico del sentido al advenir un cambio de signo del goce al final de la cura, lo que se debe certificar "*a cielo abierto*" en el conjunto del dispositivo de Pase.

### **Reverso**

Si el "*cielo se cierra*" se percibirá. ¿Le importaría a alguien?

(1) Expresión tomada de la conferencia "Cómo se inventan nuevos conceptos en psicoanálisis" pronunciada por Jacques-Alain Miller, en el evento abajo citado.

\* Para la elaboración del presente escrito se tomó como base la ponencia presentada en las "Primeras Jornadas de Estudio del Campo Freudiano en Andalucía". Málaga 13 de diciembre de 1987.  
También ha sido publicado en "Cuadernos Andaluces de Psicoanálisis Nº3", revista del Grupo de Estudios Andaluz.

## Sexta Parte\*

### I

Dejemos aún costado las incertidumbres y dudas, retomando, lo que comenzamos exponiendo, en el punto primero de nuestra quinta parte. Continuemos su desarrollo de manera más transparente.

Hay que hacer notar, que los matemas de los cuatro discursos devienen de la propia posición que Jacques Lacan asume frente al lenguaje y que no tiene otro punto de partida que la ruptura del algoritmo que Ferdinand de Saussure presenta en su "Curso de lingüística general."

Como sabemos, es Lacan quien aporta a tal pensamiento la "metonimización" del sentido de acuerdo a la posición del significante en el discurso y la infranqueabilidad -*Spaltung* radical- de la barra.

Es así como en "Los cuatro discursos" se retomará el tema saussuriano para incorporarle una posición precisa a los elementos maestros en la cadena. Hemos ya desarrollado la articulación de que los significantes del discurso poseen otra *Spaltung* aún más radical en el concepto del rasgo unario, en la medida que una parte de ellos mismos cae en lo real de manera irreversible, forcluyéndose un resto en la palabra.

Esto lo encontramos en la articulación del falo simbólico, como lo real imposible de ser negativizado en el significante.

Tal característica torna heteromórfico al sistema, que al igual que en el concepto mítico del Edipo freudiano, la teorización de lo simbólico en Lacan termina siendo una especie de monstruo frankensteiniano.

Heteromorfía que se acrecienta con el concepto de real.

Por lo expuesto, entonces, no todos los elementos son compatibles entre sí para poder relacionarse en la misma fracción del algoritmo.

Se constituyen así unas limitaciones en la posibilidad metonímica de la combinatoria significante. Esto aporta como resultado unos matemas que constituyen cada uno de los discursos de una manera y no de otra.

Cristalización así de las únicas posibilidades metonímicas, que no son muchas por cierto, y que dan por resultado fórmulas algebraicas precisas que dan cuenta de cada uno de los discursos.

Por otro lado, también se visualiza otra constante saussureana que el pensamiento lacaniano, en este caso no abandona, y que son los lugares del primigenio algoritmo arbóreo del "Curso de lingüística general" para las funciones de constancia. En los sitios inferiores -la verdad y la producción- no dejarán de recordarnos precisamente su lugar *princeps* en la significancia, así como el estatuto de "significantización" tanto para el agente como para el otro, en los lugares superiores.



Se cristaliza de una manera rígida una lógica con ubicaciones fijas e invariantes para los elementos en juego -el significante, el sentido expresado como saber, el sujeto y el objeto.

el agente	el otro
<hr/>	<hr/>
la verdad.	la producción

Como se ve, por tanto, de la primaria lógica del algoritmo se arriba a esta otra extremadamente más compleja pero no excluyente de su punto de partida, formulado de manera muy obscuramente intuitiva por Ferdinand de Saussure.

## II

La imposibilidad de que el falo simbólico y el objeto "a" minúscula compartan la misma fracción de cualquier algoritmo, en los cuatro discursos y en cualquier otra matematización de la teorización lacaniana, es un hecho que revela la experiencia clínica, como ya hemos demostrado, pero también un efecto de estructura; es decir, de pura lógica.

Imposibilidad de reunión frente a lo infranqueable de la barra entre el sentido y el significante, y la heteromórfica reduplicación de la *Spaltung* forcluyente en el significante mismo, determinando el desencuentro de los elementos heteróclitos. No-confluencia en la misma fracción del algoritmo, tanto para el sujeto barrado con relación al saber como para el significante amo en relación al objeto pequeño "a".

Lógica restrictiva presente en el intercambio de una a otra posición de los elementos en juego en los diferentes cuatro discursos.

Lógica, en fin, de la castración.

Universo de la falta que torna imposible, que el saber sea efecto de la significación del sujeto.

Igual efecto de imposibilidad para el objeto "a" en la vertiente de la significancia imaginaria, con respecto al significante amo en su estatuto simbólico por fuera del registro imaginario.

Imposibilidad también para su reverso discursivo y, por tanto, imposibilidad de reunión:

\$ S1

---

S2 a

Este algoritmo es imposible, está fuera de la lógica que Jacques Lacan maneja. Es el discurso inexistente.

## III

La imposibilidad de reunir al sujeto y el saber por un lado y al significante uno y el objeto "a" pequeño por otra en la misma fracción respectivamente, viene a dar cuenta de la disyunción en la teoría psicoanalítica del objeto del deseo respecto al significante amo, el falo, desgarramiento primordial de goce.

No debemos olvidar que si el sujeto pasa al lugar del agente en el discurso capitalista sólo lo hace a título de significante amo, es decir, como S1, en tanto real de goce que opera en el malestar en la cultura.

"...Ahora bien, ese sujeto que debe saber lo que hace, o por lo menos es lo que se supone, no sabe lo que de hecho en los efectos de la ciencia interesa ya a todo el mundo."

Es decir, el sujeto como S1 -significante amo-, en tanto real de goce fálico, introducirá por los efectos discursivos generados sobre la naturaleza un plus de goce más allá del falo, más allá del propio significante primordial que él representa; o mejor dicho que él es.

El sujeto, como real de goce fálico opera produciendo un discurso que genera otro goce del desarreglo, del malestar y que irrumpe desde el objeto.

Es precisamente allí, en este discurso capitalista donde la lógica levógira y dextrógira halla su cierre, su inmovilidad, su punto real de cristalización en el malestar en la civilización.

El discurso del capitalismo no viene mas que a procurarnos un nuevo intento de cómo inmovilizar al discurso de la ciencia, por donde retransformarlo en religioso bajo el barniz del progreso, la metonímia del objeto y el liberalismo.

De allí que el objeto "a" no pueda ser pensado exclusivamente como el territorio que, en su límite, sería la traza del trabajo del significante. Hay en la teoría del objeto algo impensable, algo más allá, del propio borde de anudamiento que produce la cadena significativa al delinear su espacio.

Algo perdido en el propio objeto por donde el significante amo se anudará en un real de goce.

El significante amo siendo en su último límite un real de goce, producirá al ordenarse la cadena un real pulsional de lo natural mismo de otro goce, un resto más allá del falo y que reaparece en el objeto "a" minúscula.

De lo expuesto, es de donde se deduce la necesidad para la teoría psicoanalítica, de introducir el registro impensable de lo real.

Por un lado, un goce del dominio, del bienestar, del modelo de la detumescencia del órgano y desde otro borde un goce del profundo malestar más allá de las bienaventuranzas fálicas.

Un real que se nos desdobra en dos modulaciones de goce al articularlo a lo simbólico. Un goce más acá y un goce más allá del falo.

Esto es visualizable igualmente en la clínica de la masculinidad. Donde una etapa femenina onanista, de un goce interminable del órgano sin modelo eyaculatorio que ponga *stop* a la masturbación, se visualiza en la infancia, antes de la ruptura de la pantalla en la pubertad con la maduración gonadal.

Volviendo al comienzo, del trabajo que inmediatamente nos precede, en la teoría lacaniana, la vertiente imaginaria de un sujeto escindido capturado bajo una significación de saber es efecto de otra coordenada simbólica que la imposible articulación S2 y el sujeto en la misma fracción algorítmica.

Es resultado de otra articulación que Jacques Lacan matematizará de la siguiente manera:

$$\frac{S1}{\$}$$

Toda entronización del semblante de saber en el sujeto no es otra cosa que la propia vertiente determinada por el discurso del amo:

S1	S2
—	—
\$	a

O su correlato en el discurso capitalista:

\$	S2
—	—
S1	a

Pero en tanto \$ -el sujeto- está como agente en tanto real de goce fálico, en tanto significativo amo.

#### IV

La demanda de análisis, como hemos establecido en el trabajo que precede, toma siempre la deriva de resguardar el encuentro con la falta en el otro. Esto es el i(a). El ideal del pequeño otro no es mas que el intento de todo sujeto de renegar del lenguaje, de rebelarse contra el orden significativo, tratando de crear un discurso imposible, inexistente, aquel donde el saber fuera un real producto del sujeto. Vertiente que, como hemos enunciado, no hace mas que reforzar la posición del sujeto al orden fálico.

El sujeto así instalado, en lo consciente, en el orden de una creencia de un yo de saber, no hace mas que reforzar la estructura inconsciente del discurso del amo en tanto que todo significativo es ordenado exclusivamente por otro significativo, cuya articulación última no es mas que un puro significativo.

El sujeto de supuesto saber, es una línea de la significación; significancia no del sujeto escindido como aparece imaginariamente, sino del significativo amo -el fallo. Esto es lo que se le revela al sujeto desde la *Spaltung*, desde las ruinas de su ser, la insuficiencia del sujeto barrado por si mismo para producir saber. El saber sólo es producto del azar de la combinatoria de los discursos donde el ser hablante se imbrica, pero esto es articulable si el creador llega a los confines mismos de su "barramiento" como sujeto.

El sujeto de supuesto saber, como efecto de significación del discurso, es la meta de la demanda, pero opacificada en el intento de que tal significación se coloque como ideal del otro.

Meta, por tanto, imaginaria que obtura el quehacer analítico en la medida que imprime el semblante de significación de un otro de saber; de un otro que por tal razón adviene como gran Otro a nivel inconsciente, en la medida que el propio sujeto escindido atribuido de tal ropaje posee el significativo -es la letra, en última instancia- de la producción de saber.

En la sublimación el proceso es justamente su reverso, el ser a través de su fracaso en la articulación de su historia, digiere de manera directa que sólo es representado por un significativo para otro significativo. Desde ese lugar, en vez de elevarse a la categoría de significativo amo del saber, únicamente lo articula al resto del conjunto discursivo y juega con el azar de la combinatoria, para luego supervisar las frases producidas por la cadena simbólica por la que es hablado. Es la otra manera, la buena manera de la producción de la significación de saber. Pues es un saber que previamente pasa por la verdad del vaciamiento, de la insuficiencia.

Es la otra forma del buen decir, la de la ética analítica.

Es así, en su retroacción como significante frente al discurso que le antecede, que puede producirse el salto sublimatorio.

Rotación retroactiva que puede visualizarse en la ejemplificación del pasaje del discurso del amo al de la universidad.

No es necesario dirigirnos al psicoanálisis, en el mismo discurso que lo fundamenta, es decir el de la ciencia, puede verse perfectamente este proceso.

La ciencia también opera desde la combinatoria significante por azar y desde allí produce la rotación levógira desde el amo, previo pasaje de este en un dextrógiro anterior por la histeria.

Así la retroacción dextrógira del discurso del amo sobre la histeria permite en su vuelta levógira arribar al discurso de la universidad:

$$\begin{array}{cc} S2 & a \\ \hline S1 & \$ \end{array}$$

En psicoanálisis, es precisamente esto lo que está en juego al igual que en la ciencia.

De cómo hacer advenir la posición del analista del discurso del amo al discurso analítico tratando de evitar -en el mejor de los casos- enquistarse en el discurso universitario o el histérico.

Sabemos que ambas cuestiones son bastante más frecuentes que el éxito de arribar a la producción psicoanalítica.

Por otro lado, ambos, el discurso universitario y el histérico, son los que permiten un solo giro lógico para arribar al discurso analítico. El primero levógiro y el segundo dextrógiro.

También sabemos del necesario pasaje por estos dos para escapar de los efectos del reverso puntual en relación al psicoanálisis que supone el discurso del amo. Esto es así, pues no es ni el saber, ni el sujeto y menos aún el falo simbólico los que pueden ser agentes del discurso analítico.

El saber es agente del discurso universitario y el sujeto barrado de la histeria.

Lo que el psicoanálisis viene a aportar con el legado de Jacques Lacan es demostrar que hay un saber otro que el saber del significante y es el saber que producido por éste -en tanto un sujeto es lo que es representado por un significante para otro significante- sólo es posible en la medida en que el objeto es su agente provocador, si se me permite decirlo así.

Cuestión esta igualmente presente en el discurso de la ciencia en tanto ella misma no controla los efectos que produce en lo real.

Su sujeto excluido en aras de la objetividad experimental, se le reintroduce a la ciencia por la ventana del malestar.

Los objetos así creados por la lógica de la ciencia arrojan un nuevo saber en el malestar que ellos mismos introducen en el orden del mundo.

Un saber otro, del sin sentido de lo real, que es lo que se nos muestra en el discurso del psicoanálisis:

$$\begin{array}{cc} a & \$ \\ \hline S2 & S1 \end{array}$$

El análisis en su quehacer clínico actúa como un real mismo, un real de un goce otro, un real que -si bien el analista debe dosificar con cuenta gotas- sólo es producible más allá del dispositivo mismo y que es difícil de conservar una vez producido en sus breves y fugaces destellos.

Como en el discurso de la ciencia, el sujeto se encuentra con otra cosa que con el bienestar.

Hay un desarreglo fundamental que tanto más insiste cuanto más quiere ser evitado.

De una nueva articulación, a ese desencaje fundamental, es de lo que se trata en el fin de un análisis.

## V

Pero saliendo fuera del territorio de la práctica clínica, ¿qué es exactamente lo que nos advierte Lacan al decirnos que el psicoanálisis actúa menos por lo que dice y por lo que hace, que por lo que es?

¿Acaso esto no nos lleva a pensar en una “sustancialización” del recorrido de un análisis más allá de él mismo?

Materialización que tendría que ver con la acción del analista, es decir su acto más allá de los efectos de significación de su decir.

¿En lo social acaso no encontramos, en la irrupción de lo real, efectos de un decir más lejano que las significaciones ideológicas que suponen el discurso común en los que los sujetos se hallan envueltos?

Sustancialización que tendría que ver con un saber por donde lo real irrumpe, muy diferente al saber de un sentido propiamente dicho del discurso que envuelve una práctica.

Situación, por otra parte, que el discurso de la ciencia nos lo ha arrojado en plena cara, en los aparentes desajustes que la aplicación de su saber ha producido en lo natural.

Creo que el saber psicoanalítico no tendría que ver exactamente con los efectos de sentido que su teoría entraña, sino más bien con los anudamientos de su discurso, tratando de dar cuenta de ese real de goce del malestar que nos procura nuestra civilización y la ciencia.

Malestar que sólo es encontrable, de una manera catalizada en su rapidez, en tanto se colectiviza la ciencia, es decir, irrumpe lo tecnológico que ha supuesto la emergencia del discurso capitalista.

Después de todo, el atravesamiento del fantasma no es más que eso, un acto de atravesamiento por parte del sujeto más que una significación particular, particularmente estúpida.

Pero todo atravesamiento supondrá no cualquier decir sino uno muy preciso, aquel que da cuenta del nudo de su particular lógica. Lógica cristalizada desde la propia disfunción social.

Fantasmas no hay muchos, la especie humana sólo hemos creado unos pocos, pero es indudable que su lógica ha variado con el transcurso de los tiempos de la historia. Es decir, los fantasmas siguen siendo los mismos que en la Grecia clásica y politeísta, pero el sujeto del cálculo ha variado y con ello su articulación al discurso.

Es, creo, de este saber del que se reclama la formación del analista para articularlo al malestar en la cultura.

Saber por donde el Pase debe hallar su necesaria articulación pública en lo escrito.

## Reverso

¿Si el sujeto nunca estará a la altura del discurso, a dónde irían a parar las intenciones de este escrito?

¡Y sí! Es más que probable, que "la cosa" pueda cerrarse.

\* Trabajo expuesto en las II Jornadas del Campo Freudiano en Andalucía, Sevilla 26 y 27 de noviembre de 1988. Así mismo el presente trabajo fue nuevamente desarrollado en el coloquio de Almería, organizado por lo que sería el germen del Grupo de Estudios Andaluz, celebrado el 3 de junio de 1990.

## Séptima Parte

### I

*...Después del interrogante final, del apartado sexto, dejemos –una vez más- las miserias y retornemos al sujeto del fracaso.*

En este apartado, como en el próximo, continuaremos dando una vuelta por la ejemplificación que muestran las estructuras clínicas, para visualizar la problemática expuesta tanto en el ámbito del objeto como del significante. Abordaremos lo que denominaremos:

*Una teoremización sobre el padre.*

### II

La neurosis presenta lo inseparable del padre, como institución imposible de no ser posible, que el sujeto construye como una elección frente al deseo, no sólo de la madre sino y aún más primordialmente de cara a lo faltante en el padre. En definitiva, toda neurosis es una huida que esconde la verdad de la función paterna. Entre lo simbólico del nombre de padre y la realidad imaginaria de su figura, lo real irrumpe como falta del padre y ante lo cual el hijo en su fuga dará cuenta en cierta medida en los avatares de su constitución.

Lo real, producirá un lugar inencontrable, un fantasma de relleno sado-masquista, expuesto en el texto freudiano de "Pegan a un niño", sobre el cual el sujeto se supondrá como un síntoma.

### III

Verbigracia:

Una hipótesis sobre la novela familiar del pequeño Hans.

Esta hipótesis puntualiza el lugar del *pater semper incertus* en la novela familiar y que nos parece un punto especialmente álgido en la historia de este niño. Hay que señalar que tanto el texto "La novela familiar del neurótico", donde se articula el problema de la incerteza paterna, como el año que el propio Freud indica como descripción del caso de la fobia de un niño de cinco años es el mismo, 1909. Aunque el lugar de sus publicaciones sea hartamente diferente, lo que da prueba

de la prudencia freudiana, con relación a la presentación de sus casos clínicos, a pesar de su íntima relación.

El caso de Juan transcurre en el año 1908, se lo escribe conjuntamente con la novela familiar del neurótico, al año siguiente y al cabo de 14 años Juan se vuelve a presentar a su olvidado analista.

La remarca que efectúa Freud en 1923 sobre el caso del pequeño Hans, con ocasión de la visita de este niño ya transformado en un joven nos parece significativa con relación a este punto del fantasma, lugar de la progenitura en la novela familiar y al estatuto del padre en función a la posición ética de su mujer. Allí Freud puntualiza sobre el decir de Juan, que los padres se separaron, que ambos contrajeron nuevas nupcias y que el niño ya hecho un apuesto joven lamentaba que lo separaron de su hermana desde su más tierna infancia. Ana terminó viviendo con su madre y el nuevo esposo de ésta.

La historia familiar Juan es la de una repartición de hijos como si de bienes gananciales se tratara.

Lacan retoma este punto con la mayor sobriedad, distinción y silencio. En el Seminario IV al finalizar el capítulo de "Las bragas maternas y la carencia del padre" en lo que es el final del desarrollo de la cura, que sobre Juan nos propone Lacan, en la figura del caballo fustigado, nos comenta: "De este modo Juanito empieza a experimentar la verdad de la advertencia de Nietzsche -*Si vas con mujeres, no te olvides del látigo.*"

*Sentencia aplicable en este caso, indudablemente, a la propia madre de Juan.*

Nos agrega inmediatamente que:

"No veamos en esta escansión lo esencial de la lección de hoy..."

Pues lo esencial es la propia castración del padre de Juan que se manifiesta en estas bragas manchadas en otra cohabitación de su mujer, ya que con él no pasaba nada, como muy bien nos lo subraya el propio comentario lacaniano.

Es decir, que al igual que en la mitología Edípica, en que lo esencial no es la escena de seducción en la realidad sino su importancia como realidad psíquica, este *pater semper incertus* de Ana era esencial para Juan como saber angustioso en su psiquismo más allá de toda posible realidad. Realidad que por otra parte el *après coup* de los hechos, en la repartición de los hijos y en el comentario sobre la sexualidad de esta pareja se nos parece confirmar.

El *pater semper incertus* es el caballo, representa al mismo tiempo la incerteza de padre, así como el propio y temido cuerpo materno -las fauces abiertas de esta mamá cocodrilo en las dentelladas del equino. De allí que al final de la cura el propio Juan suba a su hermana al temido caballo antes de fustigarlo como muy bien nos lo muestra Lacan.

Es esta fustigación lo que preanuncia la desaparición del síntoma fóbico.

Nos parece que la particularidad del caso de Juan articula por lo tanto algunas cuestiones bajo dos vertientes:

a) En lo particular del caso expuesto, la intervención de Freud manifestándole al niño que él sabía de su origen antes de que Hans viniera a este mundo, tiene indudablemente bajo esta óptica un matiz pacificante de la angustia. Le ayuda a discriminar, a este infante, el saber que tal angustia contenía. El *pater semper incertus* no iba con él, era problema para su hermana en todo caso.

b) Pero, por otro lado creemos que, en lo generalizable, el caso muestra una articulación universal en cuanto al tema de la interpretación, en referencia a la puntuación y al linaje.

#### IV

Expongamos la tesis:

1ro.) Es incontestable que lo inencontrable en la función del padre por la directriz que marca el deseo de la madre es por donde se establece la *Neurosenwahl* a saber, la elección de la neurosis.

Elección que, en definitiva, vendrá señalada por los acontecimientos cotidianos que sobre tal falta que el deseo materno señala en el lugar incierto del padre, irrumpirá el sujeto, en tanto eso, como un acontecimiento más en el discurrir de la historia.

2do.) Cuando lo señalado por la madre -desde el punto de vista de lo que falta entre el padre de la realidad y el simbólico- es efectivamente encontrable en el deseo paterno como impotencia amante, nos hallamos con la perversión del sujeto, o lo que es lo mismo con una neurosis que ha completado su recorrido en la búsqueda de tal falta.

Allí, por tanto, encontramos el mismo efecto estructural, una imposibilidad imaginaria de discriminar entre el falo y el objeto pequeño "a".

El perverso es, por tanto, un sujeto perdido.

#### V

Conclusión:

El sujeto en la neurosis no puede hacer otra cosa que sostener sobre "sus hombros" la falta paterna. Es su condena, el sacrificio que nos señala el mito de Eneas(1) con relación a su padre y que tan brillantemente metaforiza el obsesivo.

En el control de su deseo lo obsesional nos arroja el saber de la distancia infranqueable entre el objeto "a" y el significante.

Claro, la histeria toma el sesgo inverso, en un pasar del padre por fuera de cinismo, pero a costa del precio de la fragmentación y el exceso. La misma lógica que el perverso, pero sin ocupar el lugar del objeto en el fantasma. Pero cuando así no sucede, es decir, desde la histeria se va a la plaza del objeto, ya lo hemos visto, la estructura subjetiva se fragiliza neuróticamente o se pervierte completando el recorrido.

(1) En referencia al mito eneano, si bien en un vaso antiguo hecho en Nola, que se conserva en el museo de Múnich aparece Eneas llevando a su padre sobre los hombros acompañado de su mujer y su hijo, hemos preferido tomar la vertiente radical de los versos virgilianos en donde Dido encomienda a la posteridad la venganza sobre él, con relación al sesgo que Freud nos presenta en *aliquis* sobre la imposibilidad de engendrar descendencia. Esterilidad de dejar el nombre del padre inscrito en la historia.



## Octava Parte\*

Arthur Rimbaud, que nace el 20 de octubre de 1854 en la ciudad de Charleville, actualmente Charleville-Mezières, es hijo de militar aventurero y de una severa y rígida descendencia de poderosos propietarios rurales representados, sobre todo, por el lado materno.

La madre de Arthur, ocupa en lo moral con relación al deseo lo que el padre de Schreber viene a ocupar en relación a la gimnasia. Es una gimnasta del deber para con sus hijos.

El capitán Frédéric Rimbaud, ávido de experiencias militares y saturado de una mujer tan intransigente, abandona definitivamente el hogar cuando su hijo, futuro poeta, apenas contaba con seis años y su esposa estaba embarazada de su cuarto vástago, la que sería la pequeña Isabelle, a quien no llega a conocer jamás.

Si bien la presente matriz edípica, en la constelación de esta familia, se vislumbra como aquella en donde la neurosis finalizaría su recorrido, creo que sería importante subrayar el acento clínico que Jacques Lacan nos señala, al ubicarnos a la madre del perverso como la madre de la ley pero donde esto es más bien otorgado en la figura de un padre enamorado.

Para el niño Arthur Rimbaud, las cosas son muy diferentes. Su madre no es la representante de la ley, es en principio la ley misma, lo real salvaje de la ley.

Mujeres, que sin llegar a ser madres de psicóticos –y a veces sí- conciben sus embarazos en la realidad biológica; sustancialización del feto como órgano más que como niño.

Niño que, en el fondo, no será más que el objeto de goce de un otro arbitrario de la ley o de una interpretación “biológica” del mundo.

Tampoco el padre aparece como un esposo enamorado, más bien, desinteresado y hastiado de su mujer y de sus hijos.

A diferencia de la madre del perverso, la señora Rimbaud no da lugar a ningún tipo de enamoramiento, sólo es alguien que exige un otro de la obligación.

Haciendo un alto y dirigiéndonos a los avatares de las estructuras clínicas, tal como las postulaba Freud, encontramos allí -en cierta concepción freudiana de las psicosis- un hecho interesante. Freud pensaba la parafrenia como una desestructuración del yo, como un empobrecimiento de éste frente a la retirada de la libido de objeto hacia el yo.

De la melancolía, por tanto, primer estadio en la desestabilización psicótica para Freud, al empobrecimiento de este yo que arribaría a la parafrenia. Un yo, por tanto, que se presenta como aquello que articularía a las instancias Ello y Superyo con la realidad y que en las psicosis perdería tal cualidad ya adquirida con anterioridad.

De allí que nos ubicara a las psicosis como un estadio posterior en el desarrollo de las neurosis y perversiones. De allí también, el hecho de que pudiera plantearse la paranoia como defensa -como momento evolutivo posterior- de las corrientes homosexuales del sujeto.

Sabemos que Lacan se opone a este abordaje en la medida que no existe una relación “monocausal” entre la defensa y la corriente pulsional que la provoca, destacando en cambio que el problema de la homosexualidad en las psicosis debe visualizarse en las determinantes simbólicas del significante no inscrito en la estructura. Por tanto, las psicosis no presentan ningún antecedente de neurosis o

perversión. Es sin duda el fenómeno psicótico una falla primaria en la estructuración del sujeto y así la neurosis o perversión no llegan a advenir. Todo lo que comentamos, es precisamente lo que determina, que el mismo hecho clínico de una elección de objeto tenga un estatuto diferente en cuanto al diagnóstico de las neurosis y perversiones, por un lado donde la elección de objeto es baza segura y en las psicosis, por otro, donde no lo es. Pues una cuestión es el rasgo en una determinada estructura clínica y otra muy diferente la condición cristalizada de la elección de objeto en la erótica del sujeto.

Esto se diferencia al mismo tiempo en una clínica de las psicosis, como la dificultad de constitución de una elección de objeto, ya que tampoco tendríamos un sujeto plenamente constituido. Cuestión interesante y que creo se ejemplificaría en las psicosis. Como los episodios homosexuales poseen un estatuto diferente al de una perversión.

Verbigracia, en la relación homosexual que encontramos entre Arthur Rimbaud y Verlaine, es digno de subrayar el fenómeno clínico, de que es la única relación de este tipo que se le conoce a Rimbaud aparte de la violación a la que fue sometido en su iniciación sexual.

Relación al cuerpo que remite a lo que Jacques Lacan nos comenta sobre Joyce en el dejarse golpear; síntoma inequívoco de una estructura narcisística donde el Nombre del padre se halla forcluido.

Es decir, un padecer los golpes al cuerpo más que un disfrutar del mismo. Es como si el cuerpo en la psicosis se acomodara a gozar lo que le echaran.

Puede estar en cualquier evento de manipulación de su corporeidad sin determinación clara a una lógica de erogenización.

Pero volviendo a esta antinomia entre el pensamiento freudiano y lacaniano en el problema de las psicosis, tal vez sea interesante leer esta contradicción como un síntoma del discurso freudo-lacaniano, pues lo que seguramente está en una cierta posterioridad sea el estatuto de la madre del psicótico en la estructura. Me refiero, sobre todo, para aquellas psicosis que permiten producir una cierta estructura de suplencia del nombre del padre, como es en el caso clínico que nos ocupa.

En otras palabras, la madre del loco confunde al hijo dentro de su vientre con un feto, es decir, tiene una visión realística de la cuestión de su maternidad. En cuanto a la sexualidad, tres cuartos de lo mismo, confunde al falo con el objeto "a".

Para las madres de psicóticos, el falo es su objeto de deseo, pero también en términos realísticos, es decir, confunde por otra parte el falo simbólico con el órgano.

Resumiendo, objeto y significante no pueden mantenerse en lugares polarizados, la estructura se abre, y el significante y el objeto confluyen en un discurso imposible, desarticulado, holofrástico que sólo puede retornar acústicamente como forclusión o delirio estructurado.

Lo que señalábamos en la sexta parte de este libro, como el discurso inexistente, mas bien habría que definirlo como el discurso imposible.

Es también digno de destacar otro síntoma de Freud en su desarrollo teórico, de lo que se denominó, en la prehistoria del psicoanálisis, el desarrollo de las etapas libidinales. Allí nos presenta en cierto momento la lectura de unas fases cronológicas, oral, anal, fálica y genital, subrayando que después de ésta última podría haber otra posterior en la evolución de la humanidad.

Es decir, otra etapa con posterioridad a lo genital y que no habría que leerlo más que como un síntoma freudiano, como una falta en su buen decir y que remitiría a

una concepción de plus de goce más allá del falo que luego fue teorizada por Jacques Lacan.

Esta falta de ubicación de la madre del psicótico en el plus de goce, es el más allá, la posterioridad, que el hijo como síntoma muestra.

La falta de reconocimiento de un plus de gozar más allá del falo de las madres de los locos es lo que retorna en el psicótico. Ellos muestran un goce permanente más allá del falo en el retorno forcluido de lo real del significante.

Es decir, un goce loco con su cuerpo allí con lo primero que este halla, desde los golpes a cualquier tipo de sexualidad más allá de cualquier elección de objeto.

Volvamos al síntoma antes mencionado en la obra de Freud, ése por el cual la psicosis se presentaría como un estadio evolutivo posterior a la neurosis. Acaso esto, que sabemos que no es así, como muy bien nos lo enseña Lacan ¿no podría ser leído en relación al goce del otro maternal? ¿Un otro materno que implicaría un grado de complejización en la estructura mayor con relación a lo real que el otro materno de las perversiones y las neurosis?

Corpus maternal que en relación a la metáfora paterna marcaría su falla pues el deseo de la madre ofrecería un obstáculo a la significación del sujeto como falo, precisamente porque este deseo poseería una relación más brutal al goce en lo real de un más allá fálico, por esta confluencia, confusión imaginaria, entre el significante y el objeto "a" pequeña.

Siendo esta confusión igualmente lo que impediría a las madres de los psicóticos un reconocimiento de un goce más allá del falo. Estas mujeres no entienden del orden fálico, tienen una fractura imaginaria en ese orden y sólo pueden ubicarse como si la realidad de las significaciones fuera lo real y, por tanto, tampoco pueden localizar su plus de gozar como un más allá de nada; se aferran desesperadamente al deber.

Las madres de los psicóticos se alojan por fuera del chiste, sólo entienden de obligaciones.

Desconocen la "ley del deseo" y su plus de gozar es una ley más.

Que Rimbaud era un psicótico, es algo sobre lo que no nos vamos a extender en demostrar en este trabajo. Su brusca ruptura con la poesía, su aprendizaje memorístico de las múltiples lenguas que conocía por medio sólo de la lectura de los respectivos diccionarios, o los avatares de su estancia en Africa y la absoluta imposibilidad de un lazo social estable son todos ellos hechos clínicos que darían un diagnóstico presuntivo de tal estructura.

Su propia relación a su cuerpo maltratado, como citábamos renglones más arriba, en los mismos términos que Lacan nos comenta en el diagnóstico de Joyce, confirma de manera fuerte el diagnóstico de psicosis.

Sobre lo que sí nos extenderemos será en la poderosa estructura sublimatoria del personaje poniendo en acto su propio proceso intelectual en el ámbito de la creación.

Quiero señalar con esto, ese proceso observable en la fenomenología de su historia, en donde las condiciones de producción están íntimamente ligadas a esa constante fuga de la casa materna. Itinerarios de huida francamente calamitosos y vueltas recurrentes al hogar para hacerse alimentar por esa madre asimismo avariciosa, mientras nutría él mismo a la lengua francesa con una de sus máximas creaciones poéticas conocidas. No sólo por la belleza de su estrofa sino, además, por el intenso y cuantioso legado que entrega.

Bello ejemplo de como es el puro acto, no sostenido por antecedente discursivo alguno del posterior producto, lo que pone en marcha el mecanismo retroactivo de discurso sobre la anterioridad.

Ejemplo, en fin, del funcionamiento sublimatorio en la creación de lo absolutamente nuevo y inédito en la cultura.

Es decir, de un uso fantasmático, que en su caso al ser una psicosis, es más bien un uso constructivo del fantasma en el proceso sublimatorio como intento de crear una suplencia, es decir, un fantasma que aloje al objeto pequeño "a" y al significante en una polaridad.

Intento en el que el psicótico siempre fracasará. Y que en él se manifestará como, ese haber estado en la poesía hoy y mañana en otra cosa. Mudanza metonímica radical de una subjetividad, que se repite a lo largo de su corta vida y que resulta impensable por su variedad en un sujeto plenamente constituido en el terreno de la neurosis o la perversión.

Si en la estructura de la perversión encontramos un efecto inverso del fantasma del neurótico, siendo el sujeto quien se determina a sí mismo como objeto en el encuentro con la división subjetiva y colocándose así en función del goce del otro; en las psicosis que logran estructuras de suplencias, encontramos algo del mismo tenor, pero en una puesta en acto en donde los residuos sublimatorios producidos no tengan otra función que constituir una estructura fantasmática fallada en su anudamiento de lo real con lo simbólico.

Anudamiento que al fallar no dejaría en lugares excluyentes al significante y al objeto.

El sujeto así colocado en la posición del objeto causa intenta constituirse con relación a un significante amo ausente que engendre una significación original, suplencia de una subjetividad fallada ante la falta de inscripción del nombre del padre, sin poder, por tanto, lograr deshabitar el lugar del objeto en el fantasma materno.

Es de lógica pensar que la estabilización en la psicosis se logra siempre con la constitución, por tanto, de un rasgo perverso en la estructura. La propia suplencia del nombre del padre así producida podría leerse en este mismo sentido, es decir, suplencia como rasgo perverso.

De allí, además, su labilidad estructural en tanto rasgo, en la medida que no está producido por el propio progreso y cierre de la estructura de la neurosis, ya que en nuestro caso -como señalábamos con relación al vínculo de Arthur con Verlaine- tendríamos una estructura psicótica estabilizada por la producción de un rasgo de perversión.

Acabada esta suplencia, también finaliza por ende su producción poética, y en donde la suplencia se sostendrá con otras actividades bastantes más escabrosas realizadas por el señor Rimbaud. Cuestión que apunta a la metonimia subjetiva señalada renglones más arriba.

Asimismo, tampoco sería de extrañar la emergencia de elementos clínicos perversos en las desestabilizaciones de las psicosis. Para pensar esta cuestión, haremos una escansión y nos introduciremos en lo que ya hemos presentado con relación a los cuatro discursos.

Arthur Rimbaud buscaba el saber, él mismo se proponía consolidarse en aquello que permite la demanda de análisis. Es decir, el encuentro con un sujeto de supuesto saber, que en su caso sería él mismo y que alcanza su mayor expresión en su período de poeta vidente. También hay en él un atravesamiento de este lugar; él

certifica frente a él mismo esta imposibilidad de existencia, causa manifiesta con la que justifica su alejamiento de la poesía.

El nos entrega el saber de que no hay  $S/2$ , como fracción algorítmica del discurso imposible.

Con su abandono poético, su fracaso en sostener ese tipo de suplencia, él nos revela la verdad de su estructura, la imposibilidad de evitar la reunión o cubrimiento del falo con relación al objeto pequeño "a" en las estructuras clínicas de las psicosis.

Cuestión que como veíamos no se articula, ni en la lógica dextrógira, ni levógira de los cuatro discursos. Solo es encontrable en la lógica abierta de la psicosis.

Rimbaud, con su síntoma, muestra que hay una disyunción de base del objeto del deseo respecto al significante amo, el falo; escisión que para él con su estructura psicótica era insostenible.

Solo logró mantener cierta oposición entre su significante forcluido y el objeto "a" a base de un gran esfuerzo y en una estabilización de la estructura sumamente precaria.

De todo esto se deduce también, el hecho ya comentado en anteriores capítulos, que el objeto "a" no puede ser pensado exclusivamente como el territorio, que en su límite dejaría la traza del trabajo del significante.

Hay en la propia mecánica de los discursos tal como nos lo presenta Lacan, una concepción del objeto "a" como impensable, algo más allá del propio borde de anudamiento que produce la cadena significante al delinear su espacio; el espacio del objeto.

Es por ello necesario -en la medida de esta imposibilidad de superposición de representación entre el objeto "a" y el falo, que establece este más allá del borde del significante- introducir en la teoría psicoanalítica el registro impensable de lo real.

Al menos esta sería la razón de estructura, que se confirmaría en la clínica en los efectos que la ciencia engendra en lo real.

Es destacable al margen de lo que nos ocupa en este trabajo, pero en el borde de su demostración, que los efectos de lo real en ciencia son bien diferentes estructuralmente a las irrupciones de lo real en las psicosis, por ejemplo. Y que los efectos de lo real de la religión o de la magia poco tendrán que ver con los anteriores.

El real lacaniano es un real heterogéneo.

El registro de lo real en Lacan está por fuera de toda lógica, es impensable, pero puede deducirse de él su heterogeneidad, lo cual no es saber poca cosa en las oscuridades en las que nos movemos.

Nada de lo homogéneo y menos aún de la lógica se halla presente en lo real para Lacan.

Al menos, esa es su gran pregunta al mundo.

Pero retomemos el hilo de nuestro razonamiento en esta imposibilidad de acoplamiento del significante y el objeto "a" y que la clínica avala en los diferentes estatutos de la irrupción de lo real que antes comentábamos.

¿No es por allí precisamente uno de los lugares por donde se nos pone en evidencia ese real más allá del borde de la traza del significante?

Más allá, que da cuenta de la radical falta de representación posible de lo inmortal de la vida, que siendo lo imposible sexual, conecta con la laminilla, la libido.

En una palabra con Dios como representación de la inmortalidad.

Porque donde Freud no se equivoca, ni hace síntoma, es en su artículo "La feminidad" cuando nos comenta:

"No hay más que una libido que es puesta al servicio tanto de la función masculina como de la femenina. Y no podemos atribuirle un sexo..."

En todo caso atribuirle una divinidad monoteísta. Dado que en el politeísmo hay diferencias sexuales y el objeto neutro no terminó de constituirse. De allí, además, la exagerada tendencia por la mancebación y la homosexualidad en la cultura clásica.

Pues como muy bien señala Lacan es lo anterior a las diferencias, lo inmortal, lo imposible de la realidad sexual -que busca antes de su constitución una expresión en lo real sexual del goce- la evidencia inapelable de la disyunción infranqueable del significante fálico y del objeto "a".

Cuestión central pues en lo real está lo que del objeto "a" corresponde a "La Mujer" como aquello imposible de representación y su más allá en la libido inmortal. Es precisamente por este sesgo por donde podemos situar el lugar de la madre en la psicosis.

Sesgo que hay que reconocer es de tierras resbaladizas.

Al introducir Jacques Lacan en su seminario *Encore* el concepto de un goce femenino más allá del falo ¿acaso no nos presenta un real más allá del goce que se produce en la articulación fálica y que ésta no cierra?

Decir que hay un más allá, no implica que haya algo por fuera; por fuera de la exterioridad topológica del borde que marca la traza del significante. Es simplemente decir que hay algo más, que el objeto "a" pequeña no es un objeto inerte. Que el vacío que circunscribe la cadena significante tiene algo más allá, algo inquietante, la vida inmortal.

El objeto "a" es lo que consiste como la vida, siendo el fantasma de la neurosis el engaño por donde se cree consistir allí en donde precisamente no se consiste, es decir, el significante.

De allí que, en la perversión el sujeto se ubique como objeto de goce de un otro y se crea un no engañado. Y digo una creencia de no engañado, pues precisamente al ocupar el lugar del objeto en el fantasma se cree efectivamente lo que es, el objeto del goce de un otro, confundiendo así lo imaginario con lo real mismo.

Confusión en definitiva entre el estatuto imaginario del objeto "a", con lo real de dicho objeto. Cree así haber logrado la imposible confluencia entre el objeto "a" y el significante. El fetichista da cuenta de ello siendo un aburrido "*pedal*" que gira en falso sobre las mismas repetitivas significaciones.

En una palabra, el perverso queda por fuera de la creación sublimatoria, aunque haya perversos que puedan lograrla por lo que no tienen precisamente de perversos.

Podemos establecer, por tanto, que el objeto en el fantasma tiene algo de la pulsión misma y que ésta es la verdad que revela la posición perversa en su engaño imaginario.

Pensemos entonces la posición materna en la perversión, como el lugar de aquella mujer que tiene un interés o un saber sobre el goce más allá del falo, más allá precisamente del órgano de su marido. Pero no siendo exactamente la histérica insatisfecha puede ser histérica, pero ella está muy satisfecha, muy interesada con

su plus. El insatisfecho en verdad es su marido, quien no cuenta más que como impotente en toda regla sin serlo necesariamente.

El hijo no ocupa una posición en la estructura como falo de la madre, en tanto tal no interesa. Sólo interesa como falo degradado que represente el plus de goce, como un "falito" que haga referencia a ese más allá del falo. Por tanto, su ubicación en el fantasma materno es en términos de objeto.

El homosexual es el objeto y el falo del fantasma materno al mismo tiempo y él atiende a su madre con los máximos cuidados. Fantasma engañoso que pretende hacer creer que el objeto "a" y el falo es una misma cosa.

Pues mientras a la mayoría de las neuróticas el plus de goce puede ser un tanto tranquilizador, ser lo similar a la laminilla, para la madre del perverso ese goce es pacificante en sí mismo, es el goce de la mística, contemplada por el objeto "a" y falo que es su hijo.

De aquí la posición mortificante del deseo de la madre, en donde el amor es ausente en tanto no hay un deseo de un niño sustituto del pene faltante.

Es decir, que la madre del perverso hace obstáculo para que el niño se inscriba como falo de la madre.

La madre del perverso es portadora de la ley precisamente porque sabe que como objeto "a" y falo su hijo no completa nada.

Ley por otra parte de la que no puede decir nada, sólo una descalificación permanente para todo lo fálico y de objeto "a" que su hijo representa.

Es desde esa descalificación del falicismo, de su constante ironizar de todo lo que le rodea, por donde esta tigresa coloca su falo, es decir, su hijo, como objeto "a" degradado de su goce.

El hijo queda, por tanto, deseando lo que la madre prohíbe en su descalificación, todo lo fálico se convierte en objeto de su deseo.

Demos entonces una vuelta más de tuerca, progresemos en la estructura y en las posiciones de goce en la feminidad. Restemos a esta mujer portadora de la ley, de un saber de goce más allá del falo, a ese marido enamorado pero impotente de satisfacer tal demanda.

Anulemos en última instancia la función que puede sostener el padre real impotente otorgando su función a su mujer. Coloquemos allí una ausencia de padre en la misma cara del maternaje, ecuacionemos el falo en términos realísticos de pene, y a éste, como modelo de un goce masturbatorio infantil eternizado en la ausencia eyaculatoria -plus de goce- y habremos arribado a la estructura inducente de la psicosis.

El psicótico, por tanto, se afanará en revertir la estructura en una suplencia constructiva imposible.

Suplencias que en definitiva no son más que rasgos perversos de una estructura fallada, mal constituida de sujeto.

Cuestión que algún día con el avance de la bioquímica nos veremos en la necesidad de deslindar de otros tipos con disímil etiología.

Pero si en la perversión la madre señala ser la ley, no deja por ello de marcar la poca consistencia del falocentrismo pero sin desconocer su existencia. Es decir, que pondera la negatividad del significativo fálico al articularse con lo imaginario. Por tanto, en la perversión se revaloriza la posición fálica. Extremo bien visualizable en todos los perversos, pero más aún cuando la estructura arriba al travestismo; allí se ve claramente como el sujeto quiere ser el falo debajo de las

faldas de su madre. Síntoma en definitiva desde donde aplacar la posición de objeto en el fantasma.

En las psicosis en cambio el otro materno ya se ha establecido plenamente por fuera de la ley, desconociendo o renegando según los casos la ley fálica; borramiento de ésta por la preponderancia de un saber loco del más de goce. Caemos por fuera del travestismo e irrumpe el transexualismo con la castración en lo real del cuerpo.

Mostración psicótica de ser un puro objeto en el fracasado fantasma del otro materno.

El 10 de noviembre de 1891 fallece en una terrible y prolongada agonía Arthur Rimbaud a la edad de 37 años. La señora Rimbaud encarga un servicio de primera clase. Dos personas siguen el coche negro, la madre y su hermana menor Isabelle. Mientras tanto, en esas mismas fechas anteriores a su fallecimiento, es aclamado en París como uno de los grandes de la poesía gala, desconociendo sus seguidores que se encontraba en Francia.

*Madame* Rimbaud consideraba al círculo poético como aquello que había perdido a su hijo y no deseaba comunicar nada a nadie, ni aún durante la prolongada agonía de éste. Sabiendo, por demás, el interés que despertaba.

Jean-Arthur sostuvo la misma determinación, es decir, la determinación de ser un puro objeto de goce para el otro. ¿Como psicótico nunca pudo formularse el *Che vuoi?*

¿Que quiere mi madre de mí?

Sólo mantuvo a duras penas esa posición, ocupar el lugar de objeto en el fracasado fantasma del otro materno.

Lugar esencial de su empresa sublimatoria.

Su historia nos revela así, este lugar específico de toda sublimación.

No hay sublimación sin el significante, pero toda sublimación es de lo real.

\* Trabajo expuesto en el *VI. Rencontre Internationale du Champ Freudien, "Traits de perversion dans les structures cliniques"* París, 1990.

Publicado en el último número de la revista *Noventa*, del *Cercle Psicoanalítico de Catalunya* y "Biblioteca Freudiana de Barcelona".

## Novena Parte\*

### I

Retomaremos en este capítulo un escrito, que fue publicado con una dedicatoria a Eric Laurent en un momento de inflexión irreversible en la dirección de la cura de mi análisis.

Es, por tanto, un texto de amor. Pero, también, es un texto que permite pensar los problemas y obstáculos del psicoanálisis como una cuestión de estructura más que de voluntades de personas.

Tal vez, la voluntad personal sólo tenga estatuto de excepción.

Lo escrito siempre nos preserva un poco de la pasión amorosa, o al menos la mediatiza, al no tornarla una experiencia directa.



Y esto también vale para su reverso, el odio promovido por la sordera de la estulticia.

De allí la necesidad que una dimensión pública del Pase, sea en un anudamiento de lo escrito, una transmisión oral pero anudada en lo escrito, segregando toda táctica de los semblantes en juego.

Que sea, la pura palabra, la que de cuenta de un psicoanálisis.

Este nuevo amor poco tendrá que ver con el otro, aquel que encontramos en el inicio de un análisis.

Ese último, tiene en su núcleo su pasión mortífera.

Por que no su fascismo.

El nuevo amor, en cambio, se sostiene en aquello que detestamos del otro, pero que a pesar de ello sostiene el recuerdo de una historia que ha producido una inédita posición en la "mismidad" de nuestra subjetividad.

En cambio, al comienzo de un psicoanálisis el estatuto del amor tiene la dimensión del engaño y conecta con lo más hondo de Tánatos.

La pasión mortífera del amor es algo más que una simple frase literaria, es una realidad palpable en los cuerpos mismos de las personas.

Es que la materialidad de nuestros deseos se expresa siempre en el trasfondo de la desesperación ante una existencia que nos arroja a la muerte. En todo caso este es el juego de la identificación, donde el niño no puede mas que, frente al despedazamiento que lo confronta la vida, enfrentarse a la dramática de la identificación al otro, al Otro de la muerte.

Pero he aquí que, en ese juego de la anulación de la vida con la muerte, el sujeto no encuentra otra salida que su propia desaparición en un instante de suprema afirmación.

En el mismo fundamento de la identificación encontramos esta mascarada de una anticipación vital, que al no poderse inscribir mas que en la imposibilidad, la muerte se anticipa paradójicamente.

La identificación no es mas que el Otro de la constitución anticipándose a la vida.

El otro no es más que la mascarada simbólica de una muerte y que se anuda en lo imaginario de la forma humana del cuerpo.

Imaginaria supremacía que se entronizará en esa deficiente bipedestación implume, que al hombre sólo le ha servido probablemente para la protección de su indefensa prole ante una existencia paupérrima de recursos alimenticios y que sólo permitieron el nomadismo irreductible en los primeros años de existencia como especie.

Vagabundeo con su cría abrazada al pecho. Resto narcisístico con el cual preservarse de la certeza de la muerte. De allí entonces la difícil acomodación del deseo de progenitura por fuera de la muerte. Deseo de amor mortífero, de un anhelo maternal de un hijo petrificado, un hijo intemporal.

Deseo de muerte a la prole como "exorcización" de la tumba.

La tumba como correlato de una vida que no es más que el trasfondo simbólico de toda identificación.

Ultima gloria de una existencia miserable.

Es en verdad que en esta dramática de tratar de burlar el despedazamiento que la vida entraña, el sujeto se ve remitido a la muerte para salvar su ser en tanto tal. Se confunde así, en una enajenación primordial, al otro del significante como lo que consiste frente a la vida misma.

En este juego de anulación de la vida con la muerte, el sujeto no encuentra otra salida que su propia desaparición en cada instante de afirmación de su ser. Relación sexual que no cesa de no inscribirse en el juego de la identificación. Relación sexual, suprema desaparición del ser, que marcará lo real de la vida en total escisión con la conformación del sujeto -del sujeto del inconsciente. En todo caso el inconsciente obtura en su trabajo el vacío de la vida. Inconsciente lo primero del sujeto; inconsciente lo segundo de toda significación de saber. Dramática de burla y de chiste, en el sortilegio de esquivar la fragmentación que la vida entraña, remisión permanente a la muerte para salvar su ser y poder afirmarse en lo vital por fuera de la vida donde realmente consiste su básica condición como especie que no como individuo. Confusión entre el pequeño otro del discurso, con el gran Otro del significante que sabemos que no existe, como lo que consiste frente a la vida misma. Vida que, en lo real de lo sexual, en el despedazamiento de las pulsiones toma el valor de lo real de la muerte. Muerte que se abrocha en el deseo de pervivencia en la progeneración.

Por tanto, a este sujeto le será difícil substraher a la obscura búsqueda del torturador. De aquel que resuelva el dilema entre vida y muerte.

No olvides el látigo -parafraseando a Nietzsche- pero más que para con la mujer para con el sujeto mismo acorazado por su indefensión. A lo que es, a lo que late vivo es a donde se dirige el látigo de la no-existencia.

Lógica profunda donde la sexuación encuentra su punto final en las formas más aberrantes del goza que eso goza.

Goce de la desesperación y donde el ser encuentra la fuente más elemental de sus afectos.

En todo caso ¿qué otra lógica más profunda de la constitución del ser, que la del paradigma del torturador?

A un torturador antes que su definición por la posición sádica habría que definirlo en el interjuego de la inversión freudiana del padecimiento al hacer padecer. Aquello que se padece pasivamente y que luego se revive en el hacerlo padecer a un otro activamente. Actividad que supone el encuentro con esa resistencia del bien decir del otro y en la cual el sujeto no pudo nunca reconfortarse, en la propia, en los momentos más tempranos de su existencia.

Aquí lo irónico de su simpleza y su limpieza. Simpleza y limpieza que no tiene por qué ser equivalente a los pasos de su constitución.

El bien, el supremo bien de la resistencia, lo resistente de la vida frente a la propia actividad humana de su constitución.

Bien resistente en el pequeño otro, pero terriblemente inefable, desconfiable en la propia certeza de la vida individual del sujeto. De aquí esta búsqueda del mal en el otro.

Un canalla no deja de ser un sujeto que en lo social transgrede la propia moral desde donde predica realizar su juego. Formas extremas donde su última expresión sea su no renuncia a esta transgresión. Sujeto que no renuncia a su deseo, forma precisa de la canallesca y que reencontrará precisamente lo inverso. Es decir, la puerta de salida a esta doble moral, en la propia entrada de su constitución como sujeto.

¿Pero como pensar este movimiento?

Es evidente que los discípulos freudianos no aceptaron la castración que les señaló el padre. Era demasiado pronto para recrearse en una falta evidentísima del

hombre hasta la fecha. El inconsciente recién descubierto siguió la inercia de su cierre.

¿Por qué no pensar hoy el cierre del inconsciente, en la recreación sistemática del pensamiento lacaniano, como el reverso de la anterior posición?

Después de todo, la trasmisión del psicoanálisis sigue la vertiente de una degradación, en modos y usos de simplificación pedagógica que lejos están de demostrar su eficacia en la apertura del inconsciente. De más está decir que escritos en relación polar a esa pedagogía tampoco garantizan nada, como ya hemos comentado en los iniciales capítulos.

Como dijimos, en general no es posible la trasmisión psicoanalítica sin la producción de un nuevo discurso, retroactivo sobre la anterioridad.

Pero ya se sabe, la sublimación es un bien escaso en cuanto a su valor creacional, el odio le hace obstáculo.

Creo que no hay otra forma de leer las desviaciones de los post-freudianos. Leerlo como un síntoma, donde la creación de nuevos discursos se presentía como necesaria para transmitir el psicoanálisis. Claro que esto termina en los desviacionismos más radicales, por la razón de que todo síntoma está al servicio del repudio de la castración.

Hoy estamos, por tanto, en el reverso. La retransmisión garantizada por la dificultad del propio discurso lacaniano.

Pero esto se agotará aun con más rapidez que lo anterior.

De hecho, más allá de la confrontación Asociación Psicoanalítica Internacional y Campo Freudiano, no encontramos en su historia más que el anverso y el reverso de la misma moneda; el saber inconsciente como objeto de amor.

De lo creacional desviacionista infantil de muchos de los post-freudianos -y esto en el mejor de sus casos, ejemplo Melanie Klein- a la debilidad mental repetitiva de los lacanianos, la cuestión es la misma encrucijada de algo que hace obstáculo en las coordenadas del amor agálmico del saber.

¿El amor mismo?

Al menos el dispositivo clínico que necesario, no debe ilusionarnos en tanto condición suficiente en la trasmisión.

Hay algo más, un resto mortífero determinante en las condiciones del atravesamiento del fantasma.

¿El amor mismo?

Otra razón más que suficiente por si misma para justificar esta dimensión pública en lo escrito del Pase.

El Pase no sólo da cuenta de la salida sino también de la entrada, con lo que se entra en un análisis. El analista no sólo se determina en su formación sino en su conformación ética y esto se visualiza a la entrada de un análisis.

## II

El amor no es el reverso de la tortura. Es el reverso del odio. Pero sería un craso error pensar que lo no incorporado del odio esté articulado en la lógica de la destrucción.

Lo que vulgarmente se llama vida animal -o para ser más explícito la vida biológica en su conjunto, aunque pronto deberemos incorporar otras formas como la inteligencia artificial y sobre la cual se enquista una variable imprevisible- padecen los efectos aparentes de una única especie:

El hombre.

Sabemos que esta apariencia funciona con un nivel de certeza delirante, muchas veces difícil de desmitificar.

Pero que hoy, en plena era ecológica nos sea difícil dejar de situar al hombre en el último eslabón de la interacción biológica de nuestro planeta, no quiere decir que esto no sea efecto de una profunda enajenación del sujeto del saber.

Pues el último anudamiento de esa imbricación no es otra cosa -si es que es así- que el inconsciente.

### III

Hay aquí algo que traspasa lo enunciado por Freud en el malestar en la civilización, a saber, el desarreglo del saber con la naturaleza. No por un fin destructivo en sí mismo, frente a lo no entendible sin más, sino más bien como respuesta a lo que podría denominar el asalto de lo real frente a la lógica del saber.

Desarmonía fundamental de lo real de la vida con el sistema identificatorio humano que, como muerte, no se expresa mas que como saber. Esto evidentemente nos lleva a restringir el odio como un producto del no saber.

Cuestión de un orden ajeno a la destrucción que engendra el saber.

El saber -conciencia más o menos efectiva del enriquecimiento del yo, producto de los fantasmas de prepotencia que surgen de la indefensión del hombre- es la evidencia del intento de controlar lo no controlable del despedazamiento que, en el propio movimiento molecular, se expresa la vida.

El conocimiento, como encuentro con una creencia de dominio del sujeto sobre su entorno, no hace mas que arrojarlo al más profundo desarreglo con aquello por lo cual realmente consiste.

Todo saber lleva aparejado un dominio con el temor fantasmático de la verdad que irrumpe resquebrajando materialmente el suelo donde se sostiene; desarreglo profundo de esa técnica con la naturaleza.

Desarreglo no por un fin destructivo en sí mismo frente a lo no entendible sin más, sino más bien como respuesta del asalto del inconsciente como real frente a la lógica del saber.

### IV

Desarmonía fundamental del sistema identificatorio humano que no se inscribe mas que como muerte.

El odio como producto del no saber, de aquello no incorporado en la identificación es lo que tiende a hacer acto en el sujeto, cuestión de la respuesta en acto al inconsciente que siempre se presenta como tendencia privilegiada.

Articulación que debe discriminarse como diferente a lo real no inscrito del significante y que se presentará en la vertiente forcluyente de la alucinación neurótica.

Y otro tercer registro; irrupción de lo real en el hombre como desarreglo de su saber en la naturaleza y que se presenta diferenciada en el reverso de las dos cuestiones anteriores.

Tres lugares estos, muy diferentes pero anudados en el mismo lugar:

La indefensión.

Frente a los efectos del significante en el primer y segundo caso, respuesta en acto efecto de la desacomodación imaginaria de lo real del significante y del acto como efecto alucinatorio del sujeto cara a la unidad o unidades con sus fragmentos *Verwerfung* de la palabra que hubiera en el inconsciente, y en el tercer caso,

indefensión frente a la falta de acomodación entre lo biológico y lo simbólico de la cadena discursiva sin más.

Tercera cuestión que en el fondo se emparenta de manera cercana a las otras dos vertientes de acuerdo al diferente tipo de malestar engendrado por lo tecnológico. Ya sea un malestar en la ideología de la época con los avances de la genética y el discurso médico por ejemplo, o la otra vertiente, más aterradora de los aparentes efectos devastadores en el ecosistema.

La cuarta cuestión, la forclusión psicótica, exclusión ya no de fragmentos en las unidades de la palabra en lo real sino del significante mismo en su totalidad, amplía el saber al existir un mayor desajuste entre lenguaje y verdad.

Pero en el fondo todas estas cuestiones nos remiten a lo precario del inconsciente. En esta precariedad humana, la tortura es un reflejo privilegiado de lo que aquí se expone. El torturador cree conocer los secretos de su víctima. Por más misteriosa que le resulte siempre le adjudicará un grado de error frente a su saber. Es el correlato paranoide del científico.

El torturado del verdugo es un sujeto extraviado, resultado de una innecesaria complicación intelectual. La víctima será el estereotipo del imbécil, que por una u otra razón ha "rupturado" el orden social. Queda por fuera del sencillo orden de su verdugo. Arquetipo neurótico de la debilidad mental del intelectual.

Sin embargo, y a pesar de esto, él siempre tratará de encontrar en su víctima las razones de su conducta; fascinación por el equívoco y la abyección que en el fondo le supone como defensa frente a su propio goce sádico. Pero he aquí, si esto fue lo que nos demuestra la inquisición contra las brujas, en el nazismo encontramos un orden de diferente tipo. Ya no se trata de una disyunción frente al saber, frente a lo ideológico propiamente dicho, como forma transgresiva de un orden supuestamente divino, sino más bien del tipo racial humano. Representación privilegiada de la supresión del sujeto en el discurso científico.

La víctima, en este caso, es una desacomodación biológica a lo que se supone como lo más perfecto en la naturaleza humana, el famoso hombre ario.

Ahora bien, si ambos ejemplos históricos nos hablan de la respuesta en acto frente a lo no entendible del odio -que en nuestro caso es la exclusión del sujeto de la ciencia- lo segundo nos permite dejar entrever la otra cara de esta oscura abyección en el alma de los hombres. Pues es como si toda la filosofía nazi, en su barbarie, quisiera dar a leer a la humanidad la desacomodación, la imperfección de los hombres frente a un supuesto mitológico ser humano concreto que rondaría la perfección biológica y la acomodación más perfecta con la naturaleza. No hay que olvidar que la filosofía nazi era profundamente ecologista. Cuestión que hoy todos parecen querer olvidar, mas bien no mencionar.

Porque lo que nos da a entrever el nazismo es que eliminar el sujeto del discurso de la ciencia implica la supuesta homogeneidad de éste con lo natural, que todo funcionaría para su bien, cuestión que hoy le vuelve en plena cara al discurso científico en el desarreglo del ecosistema.

Pero lo que nos deja ver el nazismo se hace carne en el torturado.

A él se le revela un goce en lo real, un punto imposible en la convivencia humana donde la vida resiste para su desgracia más de lo que él quisiera.

Soporte de un dolor miserable, en donde la muerte no pareciera arribar nunca al final, pero en el cual la vida se le ha tornado intolerable. En la víctima se presentifica un punto de llegada insoportable de la comunidad humana en su funcionamiento con la naturaleza. Es de esta manera que podemos afirmar que el

torturador como el torturado ocupan una común fascinación por el encuentro con lo real y sin embargo desde lugares muy diferentes. Recorrido de un malestar con lo biológico sin más, para el segundo; irrupción del acto sádico ante la impotencia frente al significante, en el primero.

Diferencia que no radica en la oposición masoquismo-sadismo exclusivamente, sino más bien en el recorrido de la irrupción de lo real.

¿No es acaso por estas vertientes qué debemos pensar el lugar del discurso psicoanalítico?

¿No es acaso esta doble vía de irrupción de lo real una disyunción imaginaria de una única cuestión?

Lo que muestra el mundo actual es que el hombre no se desacomoda por una represión de sus instintos en la cultura, tal como lo pensaba Freud, sino que la cultura misma revela, incidiendo en la naturaleza, su trastrocamiento fundamental y alejando a ésta del ser cultural humano.

## V

Decimos con Lacan:

"...la ofrenda a los Dioses oscuros de un objeto de sacrificio, es algo a lo que pocos sujetos pueden no sucumbir, en una monstruosa captura..."

"...La ignorancia, la indiferencia, la desviación de la mirada, pueden explicar bajo que velo sigue todavía oculto ese misterio. Pero para cualquiera que sea capaz de dirigir hacia ese fenómeno una valerosa mirada y una vez más, poco hay de seguro para no sucumbir a la fascinación del sacrificio en sí mismo. El sacrificio significa, que en el objeto de nuestros deseos, intentamos encontrar el testimonio de la presencia del deseo del Otro que aquí llamo el Dios oscuro."

Campo donde se nos alza la dimensión mortífera del amor, en el panorama de la búsqueda de ese objeto cuyo territorio hemos tratado de describir.

## VI

¿Por qué hablar de amor en el exterminio, por qué hablar de amor en un mundo que para nuestra desesperanza ha establecido una forma de relación entre los hombres donde la idea romántica del mismo ha sucumbido?

Relatemos una experiencia norteamericana.

Se trataba de estudiar la tolerancia de un sujeto voluntario, dolorosamente torturado, por una estimulación eléctrica graduable, ejercida por otro sujeto. En verdad, de lo que se trataba, era de estudiar el comportamiento de los que tenían que manejar el aparato de electricidad. Los resultados dejaron consternados a los ingenuos psicólogos que realizaban la investigación. Porque mostraba que la mayoría de los sujetos que maniobraban el aparato de inducción eléctrica, eran capaces de hacer reventar a ese otro, con la condición de que su responsabilidad individual estuviese cubierta por un tercero, con el cual se compartía el ideal común de la más pura investigación científica.

Aclaremos, que como el cáncer de la primera época de Freud, la electricidad era simulada y que el que supuestamente la soportaba era un miembro del equipo de investigación. Este dato era desconocido por el que manejaba el aparato.

No estará de más preguntarnos, entonces, por los compromisos voluntarios en el discurso del psicoanálisis en relación al semejante.

Creo que sabiamente, en ese lugar, frente a lo poco divertido de un fascismo inminente -eminentemente refinado- Lacan nos dejó en la tarea; sin embargo, hoy,

al echar una mirada al panorama psicoanalítico actual, cabría preguntarse por cierta dirección.

¿Acaso el amor no es precisamente en su dimensión mortífera el lugar de apertura del inconsciente, al poner en acto la doxa que mencionábamos con respecto al odio y a la desacomodación de lo natural con lo humano?

## VII

Al menos es de ese resto incurable, dimensión mortificante del amor, en el malestar de los hombres donde cabría reflexionar, hoy por hoy, en toda transmisión seria del discurso psicoanalítico.

Unico lugar por donde tal vez se despliegue la sublimación de una producción teórica, que garantice una transmisión satisfactoria. Transmisión que no tiene otro punto de partida que la llegada y legado de Jacques Lacan.

\* Trabajo expuesto en las Jornadas Nacionales del Campo Freudiano en España, Madrid, 15 y 16 de abril de 1989.

Publicado con posterioridad en la Revista Noventa, en su número de abril, del *Cercle Psicoanalític de Catalunya* y "Biblioteca Freudiana de Barcelona".

# Retazos de intimidad de un psicoanálisis

## III



### Décima parte.

#### **"Nulla aesthetica sine ethica"**

*"(...) sin embargo, que nadie cante victoria a destiempo porque el vientre de donde surgió la bestia inmundada todavía es fecundo."*

Bertolt Brecht, 1947.

Es verdad que frases como estas parecen más producto de un amante engañado por una hermosa mujer, que de abisales profundidades filosóficas del ser. Sin embargo, la cuestión no es para tomárselo tan a broma, pues la denigración del lugar del padre no hace más que entronizar sus efectos.

El 6 de febrero de 1994, el diario español "El País", publicaba en un artículo titulado "Zhirinovsky es la estrella" lo siguiente:

"...¡Hitler tenía razón!" "Pero no sólo la tenía; la tiene también ahora." "Su legado del racismo idealista es tan actual y vitalmente importante como entonces, cuando fue enunciado por primera vez."

Pocas son las cosas, con los tiempos que parecen avecinarse, que podemos exigirles a los psicoanalistas. Tal vez simplemente que no participen descaradamente de la eterna infamia de adoración al padre, a los ideales de la tierra, las tradiciones y los orígenes.

Creo por otra parte, que este es un trabajo particular a desarrollar precisamente dentro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, sobre todo en sus vectores europeos. Donde se escuchan, sin lugar a dudas, los primeros reclamos serios a lo peor del padre.

No dudamos en ver al psicoanálisis como una verdadera acción política con relación al lazo social, una política en el borde de lo imposible.

Un quehacer político en una dirección opuesta a los constantes efectos estructurales, del desenvolvimiento social, de las segregaciones de goce. Son las propias tramas sociales que, a través de los tiempos, siempre han marchado contra las heterogeneidades culturales, enfrentadas a las diferentes maneras de ficción por donde la verdad logra su expresión.

Una verdadera Escuela de psicoanálisis, que pretenda preservar lo subversivo del discurso freudiano-laciano deberá ser una isla a contramarcha de la red social del padre.

La Escuela es el punto de salida del discurso psicoanalítico, en calidad de posición transmisible, entonces esta salida evidentemente estará ligada a la entrada donde se gesta este discurso.

Es en tal sentido, en los avatares del nacimiento del psicoanálisis que mencionábamos al comienzo de este libro, en la huida de la verdad de goce de un Josef Breuer, a la segregación de la etiología sexual de las neurosis que él mismo realizó después de haberla afirmado, que se nos otorga un punto privilegiado desde donde pensar la Escuela, el Pase, en definitiva el tipo de articulación política que queremos para el discurso psicoanalítico con relación a la sociedad que nos toca vivir.

Heterogeneidad de discursos sin un articulador teórico, es lo que no se cansa de denunciar Lacan, de las producciones teóricas de la Asociación Internacional de Psicoanálisis.

Nosotros podríamos agregar que el punto de articulación de todos los discursos de esa institución ha sido una práctica acomodaticia a la moral de la época y al discurso de la ciencia.

Es allí donde encontramos a toda una institución internacional en la posición de un Josef Breuer, huyendo a *toda* prisa de la idea de lo imposible de la relación sexual. La idea de la psicología del yo de adaptar al sujeto al funcionamiento social, a reintegrarlo en la ilusión de la oblatividad genital, no es casual. Responde a una ética de acomodar el discurso psicoanalítico a lo peor del padre y de los ideales sociales y civilizadores del discurso capitalista.

Punto de estructura no muy diferente a lo ocurrido en la historia de la *École Freudienne de Paris*, a pesar de los esfuerzos de Jacques Lacan.

El, se cuidó muy bien de no obsesionalizar la trasmisión de su discurso y de allí su apuesta decidida en la política del cartel. Práctica que evidentemente guardaba en



si misma la particularidad de evitar de no dogmatizar obsesivamente el discurso psicoanalítico. Sabemos del fracaso de su empresa.

La *E.F.P* no tomó la pendiente obsesiva, pero si la heterogeneidad fragmentada de la histeria, de las infatuaciones, de la negación sistemática de los propios postulados del discurso lacaniano, llegando al propio borde del exceso obsceno. Obscenidad que no tenía otra dirección que la del prestigio yoico, lucha encarnizada por el mercado de pacientes y en última instancia para restablecer las coordenadas de la propia trama social.

Es decir, Lacan evita que su discurso no se obsesionalizara, pero no pudo parar, en su Escuela, la reproducción social de las segregaciones de goce.

Podemos decir sin duda, aunque más de un mojigato se escandalice, que la *École Freudienne de Paris* tenía un funcionamiento fascista en el germen mismo de los vínculos entre sus miembros.

Una segregación permanente del otro del goce.

No basta con llegar al sin sentido de las cosas, también en ese borde radical cierto lugar del ideal del padre tiene cabida.

En ese extremo, a donde nos arroja los propios efectos del discurso analítico, no libre de las relaciones de mercado, es donde se torna necesario modificar el dispositivo de Pase heredado de Jacques Lacan.

El Pase debería garantizar una apertura, a un real, en donde la heterogeneidad discursiva hallara necesariamente un punto de articulación.

Una transmisibilidad y por tanto matematizable, pero desde una experiencia clínica directa, por fuera de una política obsesionalizadora.

Es decir, el Pase en el orden de una experiencia del sin sentido donde el saber fuera verdad de goce sin dejar resquicio alguno a ningún ideal de padre.

Al fin del análisis emerge un saber de la verdad del goce en la medida que el sujeto establece otro lazo en su relación con el mismo.

La grata experiencia, del evento que tuvo lugar en París, con motivo del décimo aniversario de la muerte de Jacques Lacan, en el valiente intento público de muchos ponentes de dar cuenta de los análisis sostenidos con el maestro, permiten pensar La Cosa pública del Pase en su Dimensión de lo Escrito.

Nueva articulación del sujeto a su gozar en el fin del análisis.

Es decir, frente a la huida íntima de un Josef Breuer, la luz pública por fuera de lo obsceno que de cuenta del saber adquirido en el transcurso de un psicoanálisis.

¿Será posible en el ámbito de una experiencia colectiva?

Seguramente ¡no! Si no es a costa de degradar la experiencia.

Cuando Sigmund Freud nos presenta en la "Organización sexual infantil" -Adición a las teorías sexuales de 1908- la imposibilidad del niño de tener una inscripción de la mujer o de lo femenino en el inconsciente, no sólo adelanta de manera obscura la premisa lacaniana de la mujer no-toda, sino que, además, postula algo que atraviesa toda su obra. Y que hemos señalado al comienzo de nuestro trabajo al referirnos al artículo "La cabeza de la Medusa".

Allí, insistimos una vez más, se nos presenta un enfoque que podemos sin lugar a dudas tildar de estricto pensamiento lacaniano; el saber punitivo paterno de la amenaza de castración sólo toma eficacia cuando lo real de la falta de la castración materna irrumpe. Es desde aquí, desde donde retoma Jacques Lacan el problema del saber. Frente a lo real, se entroniza el saber amenazante e idealizado del padre como correlato de obturación de la falta, pero con el incómodo residuo del objeto

"a". Factor residual de la verdad de la falta que el ideal del yo paterno ha tratado de obturar.

Esto toma siempre la misma deriva frente a todas las irrupciones que de lo real soporta la humanidad, obturar el malestar de goce de lo real con el saber homogéneo.

Lugar sintomático por excelencia, núcleo último de la función *symptom* del padre.

El fascismo reencuentra en el horror de lo real de los cuerpos ese lugar privilegiado de la constitución humana. Frenética locura de un supuesto ideal de saber en los intersticios mismos de los más salvajes horrores.

Que el psicoanálisis tenga entonces un lugar, "Mas allá..." de su práctica terapéutica, es la condena que ya se le impone al mismo Freud, como verdad del discurso psicoanalítico, como verdad inconsciente que entrega la propia práctica analítica en su "Más acá..."

¿Pero a base de qué este saber irrumpe?

¿No es acaso por ser el envés de ese saber que pretende obturar lo real de la falta entronizando al padre como ideal de todo hombre, de toda nación y de toda comunidad?

¿Acaso no se ve en Europa, cuna del fascismo moderno, las aspiraciones de autonomía cultural multiplicadas en la diversidad de lenguas, bajo el ideario de un padre común?

Pensar una política en psicoanálisis es dirigirse al nudo mismo, que como síntoma, el freudismo-lacanismo denuncia en el corazón de los hombres.

No había nada más heteromórfico sólo en apariencias, con dialectos, costumbres y hasta países, desde Berlín hasta Viena, que la cultura germánica en la década de los años treinta. Sólo necesitaban que un ideal común de padre adviniera.

¡Y vaya si advino!

¿Es que alguien puede creer que eso es un problema del pasado?

¿O que los psicoanalistas debemos estar ajenos a tales procesos?

No hay otra política posible para La Asociación Mundial de Psicoanálisis que aquella que sitúe a los analistas precisamente en el reverso de la idealización del padre.

Que les haga apostar, a pesar de ellos mismos, por fuera de lo peor.

Si algún espacio queda, en los negros tiempos del malestar de la ciencia, para el psicoanálisis, será aquel que privilegie la extensión del análisis, pero en el horizonte de una Escuela psicoanalítica de la destitución del padre por principio.

Rupturar las formas sustitutivas de la función paterna en las que quiere aposentarse el analista en su búsqueda de reconocimiento social.

Una Escuela que articule de manera diferente, ese momento privilegiado de la constitución del sujeto psicoanalista, desde su reverso.

Hagamos sostener al analista su posición de analizante autónomo.

Libertad, que verdaderamente encontraremos al final del análisis. Libertad, *Wahl*, de elección por fuera de la neurosis, del gozar del inconsciente; pero en la profunda esclavitud de la permanente destitución de todo ideal paterno.

Por tanto, heterogeneidad discursiva en la trasmisión psicoanalítica contra la corriente del prisma inverso, la homogeneidad a la que tiende el ideal del discurso social.

Homogeneidad discursiva donde descansa la idealización del padre y por donde palpita "El huevo de la serpiente" bermaniano.

Se ve entonces, que el ideario enunciado de no situarse exclusivamente en una transmisión universitaria del psicoanálisis, no es simplemente un ideal romántico. Es un deber de primer orden en una verdadera política de la subversión del sujeto. En una política de real transmisión analítica.

Así, la Escuela, no puede ser otra cosa que la que enmarque y mantenga lo heterogéneo de los discursos en el anudamiento común de una destitución del padre preservando los fundamentos del pensamiento freudiano-lacaniano. Establecer así, un saber matematizable en un quehacer colectivo, de las modulaciones del goce en la cadena significativa.

Única respuesta posible frente a la direccionalidad de todo vínculo social que tiende a borrar las diferentes modalidades del goce como preservación ingenua de la irrupción de lo real en lo humano. Hoy por hoy, catalizado en una aceleración imparable en los efectos de la ciencia por su articulación a la sociedad de consumo. El horizonte de una Escuela verdadera, por tanto, va muy lejos. Claro que sobre esto no debemos albergar demasiadas esperanzas.

Tal vez, con toda seguridad, ninguna.

Tan grande es la dificultad de nuestra tarea.

## Retazos de intimidad de un psicoanálisis

### IV



#### Onceava Parte

##### I

El 21 y el 22 de marzo de 1981, en el Palacio de Congresos del Parque de *Montjuich*, de Barcelona se celebraban, con motivo de su publicación en español, ¿las Jornadas Ornicar?:

"¿Cómo incide la teoría en la práctica analítica?"

Por la tarde exponía en la misma mesa, con él que sería más tarde mi analista. El trabajo que yo presentaba llevaba por título:

"Práctica teórica y quehacer clínico, una cuestión en retorno".

Podemos decir, por tanto, que la elección de analista fue al "boleo". A él le tocó en mi determinación narcisística, en tanto que el devenir de la organización de aquel evento puntuó la elección, a la usanza de las tiradas de azar marcando por debajo su ley, como muy bien nos lo señala Jacques Lacan en la línea que retuvo la atención de Poincaré y Markov.

Es un hecho contrastable, lo mismo que aquel texto que más tarde, cuando había comenzado mis entrevistas analíticas lo publicara –"Apertura 2" "Cuadernos de Psicoanálisis".

Si comenzaba hablando en la introducción del germen de este libro, *Del acting out al tiempo del acto*, el texto que pasaré a exponer lo podríamos denominar el germen del germen.

Semilla que en los años posteriores del análisis debía florecer en esta obra.

Como un ejemplo más de retroacción discursiva, este era ese trabajo:

*El psicoanalista y sus instituciones.*

*Si el analizante trata de configurar su lugar bajo la espera de la respuesta inteligente de parte de su analista o de la duda sobre la misma, cada vez que se sitúe en lo primero no hará más que remitirse a los límites de su propia consciencia. De ahí que cualquier intervención analíticamente inteligente no será estrictamente puntual con una respuesta inteligente, ya que esta última no siempre es del todo conveniente, pues muy a menudo la mentira suele transformarse con bastante inteligencia para que asuma un aspecto de verdad. Si se busca una certeza, sabemos por Lacan que el analista no podrá encontrar la suya -en lo concerniente al inconsciente- en el concepto de transferencia. Pues la transferencia es el medio por donde el inconsciente se obtura y al mismo tiempo pone en acto su consubstancial realidad, no siendo por ello más que el propio deseo del analista su articulación principal. Sin embargo, la táctica de la mentira que estoy comentando será de sobra diferente a la que se nos propone en la anécdota del judío de Cracovia, ya que allí se constituye en presencia la verdad que se quiere ocultar.*

*Frente a estas dos formas de encubrimiento, la diferencia estriba en el modo de operar. La primera, en torno a un pacto yoico con la figura del saber, y la segunda, entorno a una operación que presenta un máximo de elegancia ya que en nuestro ejemplo anterior el judío de Cracovia no hará vacilar a su interlocutor, pero le mostrará la variedad de movimientos de los que es capaz. Pues en esa pregunta por la ciudad a la que va, el otro es un judío que la formula a otro judío y él le dice, en suma:*

*-Por qué me tratas así, con esa maldad de los no judíos, hete aquí que ahora yo no sé, no siendo tu goyim, por dónde voy contigo, pues si tú me tratas como ellos nos tratan, tú me persigues, y si tú ahora te comportas así sabiéndote judío, yo estoy amenazado, incluso perdido.*

*Si es, entonces, de ese saber paranoide en suspenso del que se trata en el análisis, debiéramos tener en cuenta que en la escena analítica la charla primará sobre el buen decir y la asociación libre sobre el razonamiento. En principio, al analizante se le pide que hable, no que piense, y en la contrapartida de la atención flotante, antes que toda deducción lógica, estará presente la posibilidad de reubicar ciertos puntos ciegos que permitan la reconstrucción de una historia y el camino que señalará el deseo del analista como obstáculo. Que este resultado sea inteligente será, en el mejor de los casos, un lugar clínico no necesariamente forzoso.*

*Ahora bien, reubicándonos en la anécdota del judío de Cracovia, veremos que la cuestión de la verdad quedará también formulada en esa mecánica que nos propone el semejante, en los gestos, las miradas y las entonaciones de la voz. Todo el cuerpo hablará en la escena, "hasta la punta de los dedos". No se trata de otra cosa que de este juego, pues hay en todo ello una pesadez que la reciprocidad misma marca y que automáticamente se torna evanescente; ya desde el enamoramiento, ya cuando se recoge una idea para hacer de ella su fuerza material. La ligereza interior, el vacío inesperado, se colman después de la declaración de amor y pasa a ocupar su lugar una aparente verdad de encantamiento o decepción. Por todo ello, la mecánica del*

semejante no tiende a mantenerse y la tarea analítica en transferencia no es sencilla de sostener, ya que constantemente la balanza de la dinámica de lo intersubjetivo pareciera tender a inclinarse o al amor que recubre la ceguera o al odio que nos habla de lo mismo, de lo no incorporado. Así es entonces como, a menudo, la mecánica de lo semejante procura que la cuestión de la verdad -y por tanto la de un sujeto que se supone que la dice, que vive de ella y que se quema en ella- sea formulada solucionada o resuelta. No hay entonces ningún peligro en decir la verdad, pues con ello, al sumergirnos de lleno en los argumentos, evitamos todo acoso transferencial, ya que coagulamos el análisis en la dialéctica de un pacto yoico de un saber del otro. Diferencia manifiesta con un saber paranoico en suspenso cuando todo esto puede ser omitido en una experiencia de un no hacer y en donde la verdad irrumpe en el contexto de una insoportabilidad respecto al semejante, pues la misma sacudida con que ésta nos atraviesa es aceptada por ser el desecho. En este último caso, la división con que nos tiene la verdad, es el precio a pagar por ser nosotros mismos el terreno de su producción; y en donde aquélla, ésa que es bien nuestra, pasa haciendo resquebrajar el suelo. La vemos asaltarnos en el destino mismo y siempre se presentará bajo la forma del peligro, del ataque, como una verdadera persecución, mostrando por un instante que se está abarrotado de verdades.

De esta manera, la verdad no puede ser nunca una insignia, siempre se inscribe en la particularidad de cada huella individual. No se enseña ni se esgrime -éstas son tareas imposibles- pues toda la cuestión se mantiene en esos puntos ciegos donde se deniegan las verdades para apartar la fractura que sobreviene cuando la verdad se presenta. Y es precisamente este conjunto de cuestiones el otro pez que Lacan nos muestra al desconectar la repetición de la transferencia. La repetición no cesa de no inscribirse, es del orden de lo no realizado, la decepción en acto, el punto ciego de la producción de la verdad y que somete al sujeto a una división inevitable cada vez que la produce.

Habría que preguntarse entonces si el saber anunciado, enseñado, no se configura siempre -en lo que se podría denominar el campo de la institucionalización teórica- bajo la forma de una defensa ante el ataque. Formas en definitiva denegativas por argumentos ecuacionados en un pacto yoico de un común lenguaje y que apartaría a los sujetos de sus particulares verdades. El sujeto no quiere saber nada, nada mas que un saber del yo supuesto en otro, pasando a ser todo nada mas que un necesario, sencillo y simple decorado -un medio ambiente homogéneo, un discurso pautado, una institución. Se vive allí, se funciona allí, se lo acciona para el saber, pero toda la cuestión es y se mantiene justamente en los puntos donde se cosifican las verdades; donde el objetivo primero y único será institucional o covivencial para apartar la fractura inevitable que sobreviene con la verdad. Entonces, ahí, la mecánica del semejante perdería toda su pesadez, las audiencias harían acto de atención desde su propia ligereza interior, se estaría siempre sacrificando a la verdad y el mismo gesto la mantendría oculta, pues su venida sería siempre una persecución desbastadora. Y el sujeto mantendría esta mecánica del sacrificio en aras de rentabilizar su profesionalidad, dando el paso de creer que ese saber que se trasmite se halla inscrito en la cabeza de un otro, que es una sabiduría patentada y de la cual puede hacer uso como forma de defensa; en definitiva, cristalizarse en ese punto donde se garantiza la no-separación del sexo del saber.

¿Pero qué supone poner en otro un saber, para diferir allí los efectos de la verdad e intentar ganar sus favores?

*En principio, no es para introducirse en la intimidad del contrario -de ese sujeto imbuido de todo saber- sino precisamente de lo opuesto, o sea, para mantenerlo a distancia pero haciendo ver que uno se haría ver bien por él, mostrando esa identidad inexistente pero que protegerá frente a cualquier peligro y reforzará el prestigio yoico por añadidura. En definitiva, al igual que en cualquier empresa no ajena a los intereses de mercado o, lo que es peor, a semejanza de cualquier religión, el discurso teórico seguiría siendo inaccesible a la verdad del sujeto; repudio de la falta donde éste se ubicaría en la veneración permanente al texto y en la imposibilidad de cualquier tipo de lectura reveladora. Se ve bien, entonces, lo erróneo que sería suponer que la verdad pudiera estar en el poder. Una verdad puede, sí, crear poder, pero de ninguna manera mantenerse en él, la verdad resquebraja el poder, lo funde entre sus manos, pues la verdad no cesa de progresar. Las verdades mueren e instauran un desarrollo, se entregan a condición de ocultar otras verdades y la cuestión, por tanto, se nos complejiza pues el propio inconsciente no cesa de progresar y de complicar, sus resistencias. La teoría sobre el mismo ha tenido necesariamente que progresar de Freud a Lacan para sacudirse las resistencias, esas que se ven en el hecho de una teoría que ya no escandalizaba a nadie y de la que todo el mundo hablaba. ¿Y acaso éste no es un buen ejemplo de lo que ocurre en el interior de las instituciones psicoanalíticas?*

*No veo, sinceramente, frente a las cuestiones aquí planteadas, de qué otra forma se podría significar cierta irónica sorpresa que Lacan expresa por sus tan abultados auditorios, ni la disolución del cinco de enero de 1980 de la Escuela Freudiana de París. Después de dieciséis años de existencia, se anulan de un golpe todas las redes donde venían a nutrirse un grupo de psicoanalistas. En ese punto, el sujeto que podía allí reconocerse como analista no está más. Allí se marca que en principio el psicoanalista se reconoce como tal en tanto que se designa, pero al mismo tiempo se le dice que, aunque lo sea de hecho o lo haya sido para una determinada escuela, esto ya no le será suficiente. Esta disolución se nos aparece entonces como un acto analítico, en la medida que ha venido a renovar la interrogación sobre la práctica a un grupo de psicoanalistas. Cada uno de los miembros de esa institución ha sido reenviado a ese punto ciego, a ese vacío espacial de ínfima gravedad, en que nos deja la verdad cuando se presenta. El analista tiene horror del acto analítico, nos comenta Lacan, él se resiste y siempre tratará de eludir la cuestión en el mismo punto, allí donde el psicoanálisis está por recomenzar con y contra toda resistencia.*

*Es en este punto donde se trata de coagular esta posición identificatoria yoica con el discurso de un saber enseñado. Donde se pretende trocar la dificultad del psicoanálisis en obscurantismo religioso o en desvirtuar su rigurosidad en un arte de medio pelo. Pero he aquí que ese saber enseñado y puesto al servicio del repudio de la falta anida en lo simbólico de un sujeto, allí donde él mismo recrea su palabra. Y dicho sujeto no puede más que experimentar una amenaza mortal, pues aquí, ante sus ojos, el poder es indestructible, así como la verdad. En efecto sólo las verdades mueren para dar nacimiento a otras, pues es el momento de la verdad cuando allí se instaura un "tiempo", se hace historia y se construyen las historias. Si en esas historias decimos que el analista se resiste, que hay resistencia, observaremos que un buen operar en la clínica será que sobrevenga el escándalo, pues sólo el psicoanálisis nos otorga la posibilidad de fundar sociedades donde el odio y el amor se hallan al desnudo confrontados con la sublimación social. Freud sabía muy bien que sólo podía luchar contra las resistencias desde su escandalosa teoría envuelta en una gran empresa sublimatoria. Creo que este es el conjunto de problemas y el sinnúmero de*

*preguntas que nos señalan que en psicoanálisis la cuestión no se reduce a pensar ideas, sino a algo que tiene que ver con su práctica. Es por este camino por donde deberíamos ubicar la pregunta de la incidencia del pensamiento de Lacan en nuestro quehacer clínico y en las agrupaciones institucionales por él engendradas. Paradójica situación que nos remite a que no habría que descuidar la cuestión resultante de la teoría analítica -en cuanto y en tanto universos ficticios de un único fenómeno, el inconsciente- que se enmarca en esa necesaria institucionalización teórica que consolida La Causa e instaura la dimensión del diálogo entre los psicoanalistas, pero cuya deriva se establece en un sentido opuesto al progreso de la teoría. No estará de más entonces recalcar que el sujeto daría todo de sí para una buena adaptación institucional, trataría de hacerse ver desde su propia obsecuencia y todo se reduciría a la práctica del copista en los textos sagrados. Ilusión en la que se podría decir que se halla fascinado, embrujado, sugestionado y, al mismo tiempo, rebosante de ese júbilo narcisista donde toda escucha es detenida, parapetada tras la repetición digna de la mejor charlatanería que pretende inmovilizar sentidos. El trata de esa forma de eludir una cuestión, aquella de que él, como cualquiera, sólo puede servir al saber para traicionarlo desde la verdad. Los miembros institucionalizados sostienen y dicen sostener un saber, una causa, pero en verdad la están mirando desde su nada y temiendo esa verdad explosiva que ese tipo de poder reclama. La adaptación al poder, el atamamiento y anudamiento a él, no es más que un pálido reflejo de esa defensa al ataque de la verdad, de ese no querer saber nada de su verdad. Todo esto no es el caso del Dr. Lacan en la Asociación Internacional de Psicoanálisis; él se repliega de toda adaptación posible pero no eliminando con ello la impronta que, como lugar de derivación opuesto, juega esta institución para engendrar el movimiento.*

*La anécdota de un Freud reclamándole a Dios la poca inteligencia que le había otorgado, el hecho mismo de su soledad teórica agudizada en sus últimos años de existencia, al igual que la de Lacan, no debieran dejarnos de ser sugestivas. Puesto que, por poco que las cosas se echen a andar, el movimiento se complementa, las apariencias se desvanecen y el sujeto también ve con estupor volverse en contra el saber que decía defender. ¿O es que hay algo más escandaloso y retroactivo en la práctica del analista que el desvío de la mirada en el fin de numerosos análisis? En suma, la verdad, cuando se presenta siempre desintegra poderes, no puede convivir con él y este será el meollo que supone en la práctica analítica una cierta causa perdida y que no deja de tener por ello un íntimo contacto con el saber verdadero. Causa perdida que tal vez sea soportable desde la ironía que supone esa paradoja de instituciones que consolidan La Causa Psicoanalítica desde la degradación del pensamiento a sus formas más infantiles, pero que engendran la posibilidad de un sujeto de progreso en la vertiente que supone el embate contra el orden del discurso social establecido. Vodevil de la historia si pensamos que su condición en la exaltación de una liberación del deseo de saber no acaba más que en el sacrificio absoluto si el discurso no se aferra en su propio progreso teórico al engendramiento de un nuevo universo social, o sea, institucional.*

*El mito de Edipo tiene algo que se asemeja a toda esta situación. El se captura en el poder pues a debido resolver un enigma que la esfinge le propone y, por tanto, decir su saber por su contacto íntimo y privilegiado con ello. Sin embargo, si una ciudad se salva así y coloca a Edipo en el lugar del rey, ese acto lo inscribe en el punto preciso de pernoctar en el saber. Sin embargo, el saber clama a la verdad. Punto del padre muerto ignorado que se reclama constantemente en el hecho de que él se hace tener*

*por la madre. Es allí, precisamente, donde el poder y el saber que ha adquirido reclama una verdad explosiva que le vuelve en plena cara -en esa ceguera que a nivel de lo simbólico se le constituye en real, para iniciar el vagabundeo por el desierto. Al partir ya ciego de Tebas, él nos viene a decir con su acto que ya no quiere ser hijo de nadie -en última instancia mandato de su propio padre quien lo había condenado a muerte por un destino incestuoso. Edipo viene a expresar que la identidad desgarrada en la mutilación de la vista ya no es ningún secreto pero que, sin embargo, la envuelve el misterio del sexo y de su infancia y es así como, además, él puede salvar a la ciudad de la peste.*

*Evidentemente, de no retirarse, y este hijo lo hace demasiado tarde, la verdad resultará por un instante una mirada de lágrimas y sangre. En el Edipo Rey ha habido el tiempo de la ilusión de un poder y un saber, pero si él reclama la verdad, si una ciudad apestada se la reclama, entonces ese encantamiento de sabiduría y poder se desvanece. Sólo queda la ceguera real.*

*Esta ceguera marca más que a ningún otro al movimiento psicoanalítico, a las relaciones entre psicoanalistas, para recordarnos permanentemente que la verdad se juega y se orquesta, en nuestra práctica, bien del lado del escándalo, bien del de la vergüenza y el pudor, es decir, del lado del sexo y de todo lo que en el cuerpo lleva a la erotización. Allí donde se nos señala, y no sin una buena dosis del humor del sin sentido, que de lo que se trata en la verdad es de lo que excede del saber.*

## II

Después de catorce años de haber escrito este texto, realmente clarividente a su época, y no menos ingenuo en sus aspiraciones, pocos son los matices a afinar. Evidentemente el sesgo del escándalo, de la vergüenza y el pudor vira, en el desarrollo de este libro y en la dirección de mi cura, en la dimensión pública del Pase en lo escrito y por fuera de lo obsceno.

Y todo lo demás, el revolotear de la canalla, de los "buscadores de prestigio" en fin, de lo miserable que ronda hoy como siempre al discurso psicoanalítico, no hace más que recibir la confirmación de la clínica de los hechos de estos años.

Que decir entonces de la salida de análisis, siendo ese texto su entrada, únicamente el haber germinado en un desarrollo, el que se me haya mostrado en el decurso del análisis que era hablado por una lengua repleta de verdades.

También, el haber sido, en parte, escuchado por vez primera.

Y después del amor narcisístico de entrada, que el azar siempre ordena hacia la devastación ¿que otra cosa puede ser un nuevo amor que un agradecimiento al haberse desviado lo que como efecto hubiese sido lo "natural"?

Un agradecimiento es en definitiva la única herramienta para evitar lo peor del padre, ya que lo que pueda hacerse con las verdades solamente compete a quien la escribe; es el desencuentro con la soledad inevitable.

Muy poco queda de acuerdo entre nosotros, analista y analizante, en una ética del ser. Que mejor herramienta, entonces, contra el "fascismo" que el agradecimiento, el reconocimiento, es decir, la aceptación de la diferencia; de que el otro goza por diferencial de goce.

Vaya, por lo tanto, desde este texto mi sincero agradecimiento a mi analista y colega Eric Laurent, por el camino recorrido.



### III

Y en la soledad de la extimidad, ya sin análisis, la pregunta:

¿Y si el cartel del Pase se equivoca?

Ningún problema. Si desautoriza una nominación, es certeza, que relanzaría mi deseo de analista.

¿Pero si el equívoco fuese afirmativo?

En ese, hipotético caso, al igual que en el fantasma de seducción de la histérica ¿no irrumpiría lo obsceno por efecto de anticipación de estructura?

¡Prepárate, “ex-analizante”, más para habitar con los obscenos a que te denieguen un Pase!

## Epílogo

### I

El momento de concluir no es sencillo, ni para el analista ni menos aún para el analizante, pues no se trata de nada encontrable en el interior de la escena analítica. Lo que determina un final es un éxtimo reconocible en la historia del sujeto, pero que se juega por fuera de la cura. La cura, aunque necesaria por sí misma, no da cuenta del final de un análisis didáctico. El final de análisis, didáctico o no, no tiene nada que ver con una tradición, ni familiar, ni necesariamente analítica en todos los casos.

La conclusión de un psicoanálisis, en el contexto de una sanación efectuada, es un acto insospechado para el sujeto. No un gran acto, por cierto, pero un acto sorprendente pues al fracasar triunfa. Siempre estuvo en la estructura inconsciente, pero nunca se le tomó en serio. Más aún, es lo último que el analizante podría concebir de sí mismo.

Es la articulación a la ignorancia fundada en un saber con un recorrido extenso.

Desde la realidad no es razonable que un sujeto, por poner un ejemplo cualesquiera, nunca superara ninguna prueba ortográfica o de redacción en lo escrito en su etapa de escolarización, tanto primaria como secundaria y finalice su análisis dando cuenta literaria de los términos del mismo.

Son las paradojas ya presentes en la entrada del tratamiento; sólo posibles de inscribirse en una cura al articularse en acto desde el discurso del final retroactivo. Es lo mismo que el fenómeno de la segregación social, quienes segregan en los actos más manipuladores y repugnantes pueden encontrarse un día excluidos en la imbecilidad mental por el propio discurso del segregado.

En el término del análisis es posible responder a los actos del otro de la exclusión con un discurso potente que revierta el proceso. Un lenguaje que bloquee los actos “segregacionantes” a cambio de sólo palabras bien articuladas en su decir. Es el tipo de extimidades que surgen al final de la cura.

Al fin de cuentas en la historia contemporánea ocurrió algo similar. Hitler sirvió, paradójicamente en su repugnante locura, más al pueblo judío creando la extimidad pertinente que les otorgara una nación que a su propio pueblo alemán, que los dejó con un suelo desgarrado y hasta hace muy poco en la más ridícula de las escisiones. Al final, los horrores vividos por unos y otros, aunque desde

distintas posiciones, no terminaron siendo muy diferentes; pero el pueblo judío consiguió -con su propio trabajo después del hocausto- su ansiada tierra prometida y el alemán el oprobio para todo espíritu razonable -más allá del publicitario plan Marshall.

Pero semita, sajón, latino, amarillo, negro, rojizo, blancuzco o transparente al final de un análisis como al final de una guerra solamente queda el trabajo por fuera de la escena. Se reconocen las ruinas y uno se pone a producir.

Eso es el final de un psicoanálisis.

La verdad es la misma a la entrada que a la salida de un análisis lo que varía es la ficción con que se presenta.

La ficción varía pues, aunque presente en una nebulosa al comienzo, hace acto en el final.

Esta presencia de otra ficción en el contexto de la misma verdad, es el llamado atravesamiento del fantasma.

El fantasma es la verdad particular de un sujeto; al final se le reviste con la ficción insospechada.

La ficción insospechada es el talón de Aquiles del sujeto, el lugar permanente de su fracaso. Núcleo último de la pulsión de muerte.

Al final ese fracaso triunfa, el sujeto hace uso de su fantasma.

El sujeto al término de la cura triunfa fracasando en el reverso del postulado freudiano de fracasar al triunfar, presente al comienzo de una terapia. Tánatos es puesto a trabajar para Eros.

Si Lacan nos habla del nuevo amor, sostenemos en nuestro particular final de análisis un nuevo romanticismo, que en nuestro caso es aquel donde el goce queda comprometido con La Causa Analítica.

Compromiso que sostuvimos en la nebulosa de nuestra entrada en análisis.

Silencio de la escucha de los nuevos vientos que traía el *Champ Freudien* y que a la salida hacemos remarcar con la dimensión pública del Pase en la soledad que implica el registro de la escritura.

## II

La cura analítica no consiste en forjar un yo fuerte, un semblante adecuado para el regocijo de las audiencias, sólo se trata de un yo estable y estético, es decir, sostenerse como sujeto en la ética de un buen decir.

Agregaremos:

*EL ANALISTA SE AUTORIZA POR SI MISMO DANDO CUENTA DE SU ANALISIS EN LA ETICA DEL BUEN DECIR EN LA DIMENSION DE LO ESCRITO.*

## III

Hay que reducir el cuerpo, todo lo que del semblante está presente como táctica en la dirección de la cura. Las fintas "semblánticas" únicamente deben ser puestas al servicio de mostrar su vaciamiento, el sin sentido, al final de un psicoanálisis.

El dispositivo analítico, el diván con un analista desaparecido corporalmente por detrás nos señala, no sólo el genio de Freud, sino el estatuto mismo del quehacer analítico.

En el discurso psicoanalítico no hay lugar para el cuerpo, exclusivamente la frialdad significativa debe ser nuestra insignia.

Es este, precisamente, el punto de saber más valioso que se me ha transmitido en mi análisis por anverso.

### **Reverso**

Si tantos conflictos cargamos, en psicoanálisis, para autorizar nuestro discurso por fuera del protagonismo de un líder, mejor o peor, según las épocas:

¿No será porque algo de nuestra disciplina se resiste profundamente a articularse al discurso de la ciencia?

¿Cómo hacer, para reducir la transferencia en una transmisión verdadera del psicoanálisis?

Tal vez sea esta una cuestión imposible. En definitiva, la “Roca” de la castración de nuestra disciplina.

Real, que, sin más oficio ni beneficio, que el de tener por trabajo y deseo el ser psicoanalista, debo soportar al final de mi cura.